



BIBLIOTECA

AMENA

X

B.P. de Soria



61120502
D-2 23611

2
23611



NUESTROS ANIMALES DOMÉSTICOS

OBRAS AMENAS
DEL
P. VÍCTOR VAN TRICHT
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

NUESTROS ANIMALES DOMÉSTICOS
CUATRO CONFERENCIAS FAMILIARES

I
PERROS Y GATOS



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS



BILBAO
IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS
Muelle de Marzana, núm. 7.

ES PROPIEDAD



SEÑORAS, SEÑORES, AMIGOS:

ENCUENTRO en Buffón estas hermosas palabras: «El imperio del hombre sobre los animales es un imperio legítimo que ninguna revolución puede echar abajo, porque es el imperio del espíritu sobre la materia. Y este imperio no solamente es un derecho de naturaleza, un poder fundado sobre leyes inalterables; sino también un don de Dios, merced al cual puede reconocer el hombre en cualquier momento la excelencia de su propio ser. Porque manda sobre los animales, no por ser el más perfecto ó el más fuerte ó el más hábil de todos ellos, que si fuera solamente el primero dentro del mismo orden, se reunirían los segun-

dos para disputarle el imperio; sino que reina y manda en todos los animales porque tiene naturaleza superior. El hombre piensa, y desde el momento en que piensa, es dueño de los seres que no piensan». Hasta aquí Buffón.

Me diréis quizá vosotros, que esta consideración es muy seria y poco oportuna para inaugurar una conferencia ligera que pueda servirnos solamente de descanso. Hacedme el obsequio de no asustaros por eso; pues me propongo hablaros de nuestros animales domésticos, y os aseguro, que no hay otro estudio en que se manifieste con mayor evidencia el poder inmenso del hombre sobre toda la naturaleza. Claro es que el hombre no infunde en los animales domésticos todas las cualidades que los caracterizan, pero las transforma como á él le place; de cuantas propiedades los ha dotado el Criador, ni una sola hay que el hombre no pueda modelar como mejor le parezca, siguiendo el impulso de sus necesidades ó el atractivo de sus diversiones. Todas las maneja, todas las modifica como un estatuario maneja y modifica la mascarilla de una estatua.

Y no creáis que exagero. Os daré pruebas de lo que acabo de anticiparos; pero ¿cómo hubiera podido dejar de anunciaros desde el principio ese prodigioso poder y su origen verdadero?

He podido llamar «nuestros familiares» á esos animales domésticos. ¿Por qué no? ¿No son verdaderamente de la familia? ¿No viven bajo el mismo techo con nosotros, muchísimas veces en el mismo aposento y alrededor de la misma chimenea? ¿No les damos de comer? ¿No los cuidamos con verdadera ternura? ¿No los amamos? ¡Oh! sí; los amamos, y aun á veces interiormente les señalamos sitios muy escogidos y los colocamos mucho más altos de lo que conviene según el orden zoológico.

En mi tierra se critica y se censura mucho la conducta de ciertas gentes sencillas del campo, porque dejan pasar semanas enteras sin llamar al médico para la esposa ó para los hijos, y se ahogan corriendo en busca del veterinario, porque tosió el caballo al entrar en la cuadra, de vuelta del trabajo.

Yo me inclino á creer que á orillas del Sambre y del Mosa no se dan ejemplos de semejante desorden en los afectos domésticos; pero tanto aquí como allá son muy estimados estos animales, forman parte de la familia.

He comenzado por deciros cuán grande sea el poder del hombre. Sin embargo, no es ilimitado. En primer lugar tiene este límite, que,

para poder el hombre domesticar á un animal, es menester que éste, cuando se halla en estado salvaje, viva en bandadas ó en rebaños, es decir, que tenga ya desarrollado algún instinto de sociedad; á lo menos han resultado siempre inútiles cuantas tentativas se han hecho con animales solitarios, ó unidos á lo más por parejas. Así, por ejemplo, el perro, el buey, el pato y otros viven perfectamente domesticados con nosotros, porque el chacal, la cebra, el yak y hasta el pato mismo, viven muchos juntos cuando están en libertad. Por el contrario, no han podido ser reducidos al estado doméstico el león ni el tigre, que viven solos ó por poco tiempo unidos, cuando viven en las selvas. Se los ha domado, se los ha enjaulado hasta cierto punto, pero no se ha podido someterlos definitivamente al yugo; y por esto, el gato, que tiene los instintos de estos felinos grandes, es doméstico á medias, y bien nos lo da á conocer.

Fácil sería reducir al estado doméstico varias especies de monos que viven en bandadas ó en rebaños; pero no se ha visto aún qué utilidad sacaría de ellos el hombre. Quizás ha encontrado éste su propia sociedad suficientemente proveída de monadas y monerías, de tunantes y de macacos, y no le vienen tentaciones de poner en ella otros más.

Vese pues el hombre obligado á dirigirse á alguna especie de animales sociables, que por naturaleza tengan ya una como base sobre la cual pueda trabajar.

Dada esta base, el secreto y modo de proceder del hombre es éste:

Se apodera del animal salvaje, le encierra ó le sujeta con cadena, le doma ó le amansa, y le convierte en esclavo. Poco serviría esto, porque las más de las veces la educación resulta difícil, y, como va dirigida á sólo un animal, habría necesidad de comenzarla siempre de nuevo, lo cual repugna á la pereza congénita del hombre. Por esto, procura el hombre que el animal pueda reproducirse cuando se halla cautivo, del mismo modo que cuando estaba en libertad, para poderle observar mejor.

Por parecidos que sean entre sí los individuos de cada reproducción, hay en ellos, sin embargo, cualidades características é individuales que los distinguen á unos de otros, habiéndolas tales entre ellas, que se manifiestan evidentemente y hacen al individuo que las tiene preferible sobre sus hermanos ó hermanas, y le disponen mejor para aquel servicio que el hombre se propone obtener. Pues este individuo es el que el hombre escoge para propagar la raza: los demás los excluye, y fundado en la gran ley de

herencia, espera en los hijos la reproducción, y, con frecuencia, una perfección mayor y un aumento bien claro de las cualidades preferidas antes en el padre.

Vamos á fijar las ideas por medio de un ejemplo. En una cria de ovejas aparece una de lana más fina, más larga y sedosa que la de sus hermanas. ¿Era esto, la finura, la largura y la suavidad, lo que se buscaba en la lana? Pues esta oveja es desde luego la preferida; ésta escoge el hombre para perpetuar su rebaño, y entregará las demás al matadero. Esta elección es, como veis, obra de la inteligencia del hombre, de su espíritu racionador que comprende la conveniencia de los medios con el fin que se propone; mas os advierto que la obra del hombre no se extiende á más de esta selección, ni á más que á escoger los reproductores de la raza, porque ni es él quien ha dado á esta oveja privilegiada lana más delicada y más exquisita, sino la naturaleza, ni es él, sino la naturaleza quien se la dará también á los corderos.

Esta gran ley de la herencia es menos conocida de lo que muchos se imaginan, y eso que nos la enseñan á cada paso varios dichos vulgares, como por ejemplo: «De raza le viene al galgo...» «Tal madre tal hijo pare...» y otros. Que nazca entre los ratones pardos de alguna

camada uno blanco, por ejemplo, y todo el mundo se admirará y lo considerará como una excepción de la regla; pero esa misma admiración confirmará el convencimiento que se tenía de la ley. Y sin embargo, yo os citaré mil casos en que la regla misma produce en nosotros la admiración dicha, lo cual prueba claramente que no tenemos mucha fe en la ley de que os voy hablando. Pero de tantos casos como os podría aducir sólo voy á citaros el siguiente: Un desventurado inglés vino al mundo con seis dedos en la mano izquierda, fenómeno bastante frecuente para que los médicos hayan podido bautizarle con el nombre griego de *polidactilia*; este pobre dedo sexto volvió á aparecer en la mano izquierda del hijo; este hijo tuvo varios otros que también tuvieron seis dedos, pero ahora en ambas manos; en la tercera generación se observó el mismo fenómeno en tres hijos, y uno de éstos tuvo además otro dedo supernumerario, el pulgar, en el pie izquierdo; en la cuarta generación todos los hijos tuvieron seis dedos en los cuatro miembros, y sin embargo no tenían sino la sexta parte de la sangre del primer polidáctilo antepasado. Tal es la fuerza de la herencia en la naturaleza. ¿Lo hubierais imaginado?

Ved otro ejemplo. Lord Oxford tenía una

raza de perros, elegantes sí, pero flojos y desprovistos del más insignificante arrojo; mas cruzólos con otros de presa, y á la sexta generación ó á la séptima, no había ya ni el menor vestigio del perro de presa, en cuanto á la forma, pero en cambio todos los descendientes habían adquirido la energía, el valor y la perseverancia deseadas. Porque, notadlo bien, no solamente se propagan por este medio las formas materiales del cuerpo y de los miembros, sino también las cualidades del instinto, los hábitos adquiridos y hasta la educación recibida.

Y qué, ¿no vemos al cachorro perdiguero plantarse la primera vez que sale á caza, y al cachorro del pastor rondar desde el primer día al rebaño en vez de espantar y correr á las ovejas? Voy á contaros al tanto una de las observaciones que más me han llamado siempre la atención.

Todos vosotros conocéis la perdiz gris, y sabéis que no hay otra ave más cobarde. Pues cuando hacia fines de Mayo van el padre y la madre guiando sus perdigones por los trigos, alfalfas ó yerbas altas, sienten á cada instante mil temores y angustias: el menor ruido de las hojas los asusta, un paso lejano que oigan, una rama que se rompa y caiga al suelo, una urraca que vuele, un grajo ó un cuervo que atraviere

por el cielo, basta para que al momento lancen un grito los padres y se junten los polluelos: por muy grandes que éstos sean, procura la madre cubrirlos con las alas, y el padre, todo asustado y temblando, volviendo á todas partes sus hermosos ojos, ribeteados de grana, levanta con sumo cuidado la cabeza, y á poco que se aumente el temor ó se acerque el peligro, salen todos juntos como una flecha, á una señal convenida, con extraordinario aleteo general, bajan el vuelo más adelante y emprenden por el suelo, alineados, una carrera desesperada.

Pues ved ahora otra cosa que todos los años observo yo y podéis vosotros mismos observar. Anda por cierto paraje una banda de perdigones; mas de repente y á todo vapor, retumbando como el trueno y serpenteando por la montaña, llega la negra locomotora de nuestros trenes arrastrando pesados vagones que van saltando por los rails; pasa el monstruo extendiendo por los campos, á manera de oscuro manto, la nube arremolinada de humo; el suelo todo retiembla, repiten los ecos el estruendo, y ¿nuestros perdigoncillos?... ¡Ah! vedlos... tan cobardes y tímidos como son, y colocados á diez metros de la vía, no hacen sino levantar sin miedo ninguno la cabeza ó, á lo sumo, correrse unos cuantos pasos más allá con sus delicadas patitas...

¿Cómo explicar esto, Señores? Las perdices han necesitado tiempo para saber que esas máquinas terribles son para ellas inofensivas, y el de su vida no ha podido bastarles. ¡Cuántas se habrán muerto antes de saberlo! Pero la herencia les ha ido poco á poco comunicando esa costumbre, como les ha trasmitido el instinto, enriqueciendo la de las generaciones pasadas con las experiencias de las generaciones presentes.

De modo, Señores, que para la formación de las razas domésticas el hombre recibe de la naturaleza el animal; escoge, entre los caracteres individuales que distinguen á unos de otros animales, aquellos que le ofrecen alguna ventaja, y espera, de la naturaleza también, que los conserve y perfeccione por vía de herencia.

Aquí tenéis el secreto y el poder del hombre, que, como vais á ver, es inmenso. Empecemos ahora con nuestros animales más conocidos y caseros.



PERROS Y GATOS



Quien me quiere á mí, quiere
á mi perro.

(Dicho anónimo.)



LOS primeros que se ofrecen á nuestra consideración, ya los habéis nombrado, son los perros y los gatos: no solamente pertenecen á la familia sino que además son de la casa, que es cuanto hay que decir.

Hoy no podremos estudiar más que éstos; pero más adelante estudiaremos los inquilinos de la cuadra, del establo, del corral y del palomar.

¿Sois por ventura fisonomistas? Pues vedlos venir hacia vosotros y al momento conoceréis qué cualidades tienen.

El perro, luego que os ve, por muy lejos de vosotros que se halle, viene á todo correr moviendo de mil modos la cola, ladra de alegría con variadísimos latidos, os salta á los muslos y á las manos, da vueltas y revueltas, vuelve á saltar, vuelve á ladrar sin saber qué hacer para manifestar su alegría: está loco de contento, su cuerpo se estremece y su corazón palpita de satisfacción.

El gato es mucho más moderado y gasta menos cumplimientos en tales ocasiones: no es seguro que os salga al encuentro, y dado caso que lo haga, es con paso lento y grave, y con una especie de dignidad desdeñosa y de fría reserva...; su mayor fineza de cariño será daros la bienvenida con algún *miau miau*, quedito, sin entusiasmo, ó enarbolar tiesa la cola, ó arquear algún tanto el espinazo.

Vamos adelante... Poned en vuestro regazo estos animales.

El perro, dominado por la locura de la alegría, no piensa sino en vosotros; os mira de hito en hito, mueve todo el cuerpo, pone las manos en vuestro pecho y os llena de besos las mejillas, los ojos, la nariz, los labios, en fin, que no acaba nunca. Convengo en que todo ello será algo inconveniente, sí, pero el pobre animal ¡lo hace con tanto cariño!...

También piensa en vosotros el gato, pero... sin olvidarse de sí mismo; arquea el lomo, y al frotarse suavemente sobre vuestros brazos y vuestro pecho para haceros caricias, se acaricia á sí mismo. En todas estas cosas busca y prefiere á todo... su gusto; y así le veréis frotarse con igual contento contra la pata de vuestra mesa, como contra las jambas de una puerta.

Acariciadlos también vosotros en justa reciprocidad... y el perro veréis que se entrega por completo á vuestra disposición, se extiende cuan largo es, se echa sobre la espalda y pone en alto las patas, señal, según Darwin, de la sumisión más completa, puesto que en esta situación se ve privado de toda defensa. El gato se deja acariciar también; pero de la manera que á él le convenga, es decir, conservando ó recobrando la postura que él ha escogido; y si llega á tenderse, aunque no sea más que de medio lado, estad alerta, porque esta es para él la mejor postura de defensa: así tiene libres las cuatro patas para jugar bien sus aceradas uñas, siempre dispuestas á salir de sus vainas.

En suma, Señores, que el perro tiene un corazón de oro, un alma abierta y transparente, preparada siempre para amar sin desconfianza de los hombres, pensando bien siempre, entregándose y abandonándose sin reserva, porque

siempre cree en la bondad y en el amor de quien le quiere.

El gato es un animal prudente, experimentado, que no se entrega sino con mesura, y ésta siempre recelosa; que no cree en la bondad de nadie, porque él mismo no la siente en su corazón... Es un descontento que, por decirlo así, no ama sino á duras penas; ¡tanto le cuesta entusiasmarse á ese corazón frío! es un alma reconcentrada en sí misma, un alma que vive sólo para sí, un alma que no se entrega á nadie, y que aun en sus afectos manifiesta no sé qué especie de reserva desconfiada y glacial... ¡Cuidado con los gatos!

Si de alguno había yo de maldecir, sería del gato; ¡jamás me han gustado estos animales! Pero hace algunos años me han reconciliado con su especie dos gatos de nuestra casa. Esta predisposición en contra, natural en mí, y el deseo que tengo de no murmurar de nadie jamás, me han obligado á prepararme más especialmente antes de hablaros de este animalejo. Me he propuesto deponer todo prejuicio contrario, todo apasionamiento, y limpio mi corazón, juzgar desinteresadamente su causa. Os aseguro de todas veras que seré sincero.

No conocemos la especie salvaje de donde descienden nuestros perros: los autores disputan y están divididos en esta cuestión. Los perros que en algunas comarcas viven á su libertad por bosques y praderas, son perros cimarrones y descienden de los domésticos abandonados. El verdadero perro salvaje ha desaparecido y su especie se ha extinguido. Según Blainville este perro ocuparía un lugar medio entre el lobo y el chacal, más cercano al lobo en la forma, y más parecido al chacal en las costumbres.

Pero si ha desaparecido y se ha extinguido el perro salvaje, el doméstico no, y sería menester todo un tratado, y largo, sólo para describir las formas divergentes que ha ido adquiriendo bajo la educación del hombre.

Ved el lobo: pelo gris, amarillento y sucio, blanquecino el vientre, cuerpo flaco, costados entrantes, patas delgadas, ojos traidores, oblicuos, que se abren y cierran con frecuencia, lacia la cola y pendiente entre las patas.

Se oculta de día, porque tiene miedo, y no sale sino de noche. Cuando no tiene detrás una buena manada en que apoyarse, huirá, no solamente del hombre, pero de una vaca y hasta de una cabra. Si un lapón se ve perseguido de algún lobo, coge un pedazo de tela azul ó encarnada, pero de color muy vivo, lo ata á una

cuerda y lo va arrastrando detrás de sí; cuerda y tela se van moviendo, saltan y se tuercen por la nieve, y con esto basta para que el lobo, al ver agitarse aquello azul ó rojo, se detenga con los ojos abiertos y fijos, y tiemble... No hay ejemplar de haber vencido un lobo este espantoso obstáculo.

Pero que en vez de uno haya diez, veinte, ciento, como á veces se juntan, y la presa sea impotente para defenderse... ¡oh!... entonces se envalentonan, se lanzan aullando, con ojos de furia y la boca abierta.

Es astuto y falso. Cuando van en manada sobre nieve, caminan en fila, como los indios, poniendo las patas en las huellas de los anteriores con objeto de que no se sepa cuántos son. Es muy cruel, muerde con tanto mayor encarnizamiento, cuanto es menos temible la víctima; muerde por el gusto de morder y por el de beber sangre; no abriga en su corazón ningún sentimiento bueno.

Domesticó Buffón dos lobeznos que, al principio, parecieron muy aficionados al amo y llegaron hasta hacerle algunas caricias; mas á los dieciocho meses se hicieron tan crueles y tan salvajes, que hubo necesidad de atarlos con cadena. De-Valmont domesticó otro hasta ponerle tan manso y cariñoso, que le dejaba dormir al

pie de su cama; mas una noche despierta sobresaltado por lo agudo de un dolor que sintió. ¿Y qué era? Que el gentil del lobo acababa de darle un terrible mordisco en una pierna, y se estaba relamiendo la sangre que aún tenía caliente en los labios.

El chacal mismo no es sino un lobo de poca talla; su pelaje tira á negro en el lomo y á rojo leonado en el vientre; la garganta es blanca y la cabeza roja gris. Á semejanza de los lobos, sale solamente por la noche y en manadas, aullando y chillando incesantemente, devorando la caza menor y robando cuanto puede. Si encuentran alguna persona, se dispersan y esconden por todas las direcciones, y luego que ha pasado ó no la ven, uno de ellos da un chillido, le contestan todos, y se rehace la manada para seguir su rapiña.

Pues entre estos dos tipos habéis de colocar al primer padre de nuestros perros caseros; modificado por ambos, tenía la misma forma exterior que el perro de pastor, mejor dicho, esa forma que el perro de los esquimales ha conservado con constante fidelidad; finalmente, era astuto y sagaz, como sus progenitores, atrevido y cruel con el débil, pero cobarde y flojo con el más fuerte.

De este tipo, seguramente poco amable, ha

sacado el hombre esa infinita variedad de razas caninas que se ven hormiguar por ciudades, pueblos y campos, y cuya propagación, siempre en aumento, no han podido impedir contribuciones á veces bien fuertes.

No vi la exposición de perros que hubo el año último en Bruselas, habiéndome contentado con oírlos con paciencia no pequeña, durante las dos horas mortales que me estuve paseando al lado de ella, que no es poco. Ni sé si han publicado la reseña de todas las razas distintas que allí se habían reunido; pero sí sé que hace algunos años reunieron en París, en el Jardín Botánico, solamente las razas francesas, y se contaron 120, exactamente descritas y bien distintas; y sé también que un naturalista contemporáneo, queriendo hacer una descripción breve de las mismas, comienza por eliminar las que no ofrecen sino un interés secundario, y, hecho este descuento, le quedan aún muy cerca de 200.

Por tanto, no lo olvidéis, estas 200 razas—y, mejor dicho aún, estas 400, porque no hay que despreciar esa variedad sin número que anda corriendo por nuestras calles y cuya genealogía intrincada nadie puede seguir, pero que por casuales coincidencias nos va dando otras razas á su manera nuevas—estas 400 ra-

zas de perros, repito, han salido todas de ese tipo único que ha poco os he descrito.

¿Y qué ha hecho el hombre? En primer lugar coger el perro salvaje, domarle después, y por último domesticarle. Quizás no le costase mucho trabajo en un principio apoderarse de él, porque el animal salvaje, al principio, no teme al hombre ni desconfía de él, llegando sólo á fuerza de experiencias á entender que el hombre es temible. Cuando visitaron por primera vez los marinos de Byron las islas de Falkland, les salió al encuentro un enorme perro-lobo que vivía allí en libertad: el terror estuvo de parte de los marinos, los cuales se echaron vestidos y entre gran gritería de espanto, al agua, bien preparados con las armas para emprender un combate en que el pobre animal ni aun soñado había.

Después de haberle cogido y domesticado, el primer uso que sin duda hizo de él el hombre, fué uncirle á su trineo, para cuyo servicio le halló desde luego dispuesto. Con esto ya le tenía bien domesticado y le bastaba. El perro de los trineos de la Laponia no ha cambiado aún.

Con la experiencia no tardó en comprender de cuánto le podría servir para la caza su exqui-

sito olfato, y encaminando á su alumno por este lado, formó, al cabo de selecciones sucesivas y cruzamientos convenientes, esas razas magníficas de caza, tan diversas entre sí y tan bien dispuestas, unas para la muestra, otras para la carrera, otras para la tierra, otras para el agua ó pantanos; de aquí el perro de ciervo, el perro raposero, el perro de jabalí, el perro-lobo, etc., etc.

Á unos les alarga las patas, les pone más fino el cuerpo, les infunde acero en los músculos y en los pulmones, como sucede en el lebrél de Persia, Escocia y Rusia, que va saltando á través de la yerba, como la flecha voladora que atraviesa el aire silbando.

Á otros les acorta las patas y se las encorva, consiguiendo hacer de su cuerpo un cilindro largo, inclinado hacia el suelo y á medida de las madrigueras, por donde cómodamente perseguirán la caza que quiera guarecerse de ellos en tales ciudadelas.

Los dientes tan blancos y tan finos de sus mandíbulas comprendió también el hombre que le prestarían un gran servicio en la defensa; y pronto las mandíbulas se convirtieron en arma terrible, los dientes en ganchos acerados... Díganlo esas razas de dogos y molosos y el mastín inglés.

El perro tiene la voz clara y sonora. En el

estado salvaje solamente aullaba y gemía, mas no ladraba: el hombre fué quien le enseñó á dar gritos y echar la voz como por golpes sucesivos, en señal de alarma, y así, mientras formaba perros de caza, mudos en el momento de la muestra, formaba también los de guarda, acostumbrándolos á ladrar durante el tiempo de centinela, con ese ladrido atronador é infatigable, cuyo ruido amenazante repiten con espanto los ecos en la lobreguez de las noches.

Mas cuando el hombre no buscaba ya en el perro sino un recreo, una diversión, un objeto de mera curiosidad, vino esa muchedumbre de razas caninas singulares, de todo tamaño, de toda forma, de toda clase de pelo, que vemos correr por las calles y hasta olfatear los salones, como los *setters*, carlines, chinos, pachones, ¿qué sé yo cuántos?, verdaderos juguetes de niños en manos de ociosos. Se ha llegado á obtenerlos tan pequeños, que se los hubiera sin dificultad podido colocar en el número de aquellos que con soberana ridiculez llevaban tiempo atrás las señoras, con la mano puesta en el pecho, envueltos en un pañuelo finísimo sostenido de una punta, y colocados en postura de la más rebuscada humildad y modestia.

Pues poned ahora, os ruego, en presencia del primitivo tipo por mí descrito, todas esas for-

mas variadísimas, los lebreles y mastines, dogos y zarceros, podencos, alanos y terranovas, todas las razas, en una palabra, que ha sacado el hombre de aquella raza única; y decidme si he exagerado, al afirmar que el hombre modifica al animal como quiere, y le maneja como el estatuario maneja su mascarilla de yeso ó de arcilla.

Ha necesitado, sin duda, mucho tiempo para llegar á ello; pero ¿qué importa? ¡el hombre ha tenido delante de sí, siglos y siglos! Sobre los monumentos de la cuarta dinastía asiria hasta los de la duodécima se hallan representadas varias razas de perros, próximas casi todas á la de nuestro lebel, lo cual nos hace remontar á mil cuatrocientos años antes de nuestra era. ¿Y el pobre perro de Tobías?...

Pero ¿creerán algunos que esta pasión por los perros de raza sea de hoy? ¡Pues sepan que Alcibiades pagó por uno de sus perros de caza la friolera de 7.000 dracmas, ¡unos 5.500 francos próximamente de nuestra moneda!

Si os parece ya hora, digamos ya algo del gato.

En los umbríos bosques del Condroz y de las Ardenas sucede á veces, que al caer de la noche, los paseantes rezagados ven pasar por

delante de su vista, rápido y deslizándose por entre las hojas secas, un bulto indefinido, algo gris, que á saltos ondeantes va huyendo hasta dar con el tronco de algún añoso árbol. Á través del claro-oscuro de la noche vénle trepar y trepar, haciendo crujir la corteza, y á poco rato desaparecer... Síguenle con la vista, en medio de ese sobresalto natural y característico que produce siempre en nuestro espíritu por la noche todo lo desconocido... Allá, en lo alto, sobre el hueco de dos gruesas ramas negras, centellean fijas, inmóviles, siniestras y amenazadoras dos estrellas de color verde fosforescente... Son los ojos del gato salvaje.

Si el que va de paseo no es cazador, le aconsejo que siga su camino; si lo es, pero no está diestro en la puntería, también le aconsejo que pase adelante; si está seguro en el tiro, que apunte entre esos dos ojos y descargue... Mas ¡ay de él si no le acierta!... porque entonces se baja el gato, y furioso hasta la rabia, encrespado el pelo, enseñando los dientes y con una especie de estertor rajante, salta al pecho, á la cara y á los ojos, y clava en todos ellos hasta la raíz sus acerados dientes y los garfios de sus uñas... Se ceba con furia, y despedaza con rabia aquellas carnes, que por mil heridas dejan brotar sangre caliente y humeante.

Ahí tenéis el tigre, ese tigre espantoso de nuestro país. Es la tercera parte mayor que nuestro gato doméstico: su piel, de un gris leonado, tiene rayas negras á los lados y en las piernas; es feroz, cruel, sanguinario, y se divierte con la presa que ha cogido, como para prolongar su agonía.

Nuestro gato doméstico no descende de este salvaje, sino que viene de Egipto, donde llegaron hasta levantar altares en su honra.

Vieron en él los egipcios caracteres divinos. «Se parecen los gatos, decían, á los dioses en que reciben caricias y no hacen ellos ninguna; tienen mirada de cielo, porque ven de día y de noche, y todo su cuerpo es luminoso». Fundaban sus oráculos en los maullidos de estos animales, á los cuales, luego que morían, los embalsamaban y envolvían con cintas. Todos los sepulcros egipcios guardan encerradas sus momias. Refiere Diodoro de Sicilia que, como un pobre romano hubiese muerto á un gato en Egipto, punto de estancia de su legión bajo el mando de Ptolomeo, fué en seguida asesinado por el populacho, sin que fuesen bastante á librarle ni la autoridad de Ptolomeo, ni las amenazas de los soldados sus compatriotas, ni aun el temor que infundían las águilas romanas.

En Europa fué importado hacia el siglo X de

nuestra era, y era tan extraordinario su precio y tal el deseo de propagarle entre nosotros, que el Código de Gales dictó penas y multas contra quien diese muerte á un gato.

Un gato que se hubiese matado ó robado, había de pagarse con una oveja y su cordero, ó bien—alternativa muy singular—se colgaba al gato por la cola de modo que tocase el suelo con el hocico, y el acusado debería poner alrededor un montón tan alto de trigo, que cubriese todo el cuerpo de la víctima, inclusa la cola. Nótese ahora que por esta época tenían los bosques de Inglaterra millares de estos gatos salvajes ordinarios, y se verá con evidencia que no descende de él nuestro gato doméstico, aunque por el frecuente cruzamiento del uno con el otro hayan salido algunas razas con la piel del salvaje.

El del Egipto, que es el tronco verdadero del nuestro, es el gato enguantado, *felis maniculatus*, algo más fuerte que el nuestro, amarillo-leonado en el lomo y costados, con una faja roja en la nuca y algunas manchas negras; la cola, amarilla también por encima y blanca por debajo, termina en una punta negra precedida de tres anillos del mismo color.

Vamos ahora, si os parece bien, á hacer con los gatos lo mismo que hemos hecho con los

perros, quiero decir, vamos á recorrer las diversas razas y á compararlas luego con la primitiva de donde tienen su origen.

En primer lugar advierto, que las diferencias algo salientes entre las diversas razas de nuestros gatos caseros se reducen á dos, al tamaño y al color, y nada más; la diferencia de tamaño es poco notable, y así, no veréis nunca entre dos gatos domésticos esas diferencias que podéis observar entre un perro de Terranova y un faldero de salón: de modo que el tamaño es diferencia muy secundaria. Más aún lo son las diferencias en cuanto al color; son como el sello de la domesticidad, pero hereditaria ninguna. Se ha notado, sin embargo, que todos los gatos de tres colores son hembras; los machos se contentan, á lo más, con dos para sus elegancias. Y ahí están ya todas las diferencias. La longitud del pelo caracteriza muy bien una raza elegante, conocidísima, la de Angora; y en la isla de Man, en el mar de Irlanda, caracteriza otra raza la carencia total de cola.

Por donde aparece haberse reducido en suma toda la habilidad del hombre respecto de los gatos, á colorearles caprichosamente y alargales algún tanto el pelaje y acortarles la cola. ¿Y cómo explicar ese limitado poder en vista de los prodigios obrados con los perros?

No costará mucho trabajo encontrar la clave de este misterio. El único servicio que del gato espera el hombre, es la destrucción de los roedores que le infestan su morada, como ratas, ratones y topos, y para este oficio está ya bien dispuesto el gato desde el estado salvaje, sin que haya habido necesidad de añadir para ello nada ni en su agilidad ni en su astucia. El hombre le ha encontrado muy á propósito y le ha dejado tal cual es. Mas ahora añadiré yo, que aun cuando hubiese intentado el hombre hacer alguna transformación en el gato, se hubiese visto detenido por un obstáculo invencible... y es, que el gato no se somete sino á medias, y despreciando cualesquiera ventajas, conserva siempre sus hábitos de fiera independencia. En sus excursiones nocturnas recobra el gato su libertad nativa, y con estas condiciones, el medio de la selección de las razas que el hombre se propusiera propagar, vendría á parar en continuas hecatombes opuestas en absoluto al interés que ante todo buscaba su dueño.

Fácil es, pues, de comprender que haya permanecido fiel el gato á sus formas tradicionales, teniendo el hombre sobre él dominio tan limitado.

Hasta aquí, Señores, hemos seguido la acción del hombre sobre el perro y el gato, atendiendo solamente á las transformaciones que ha sabido producir en las formas exteriores del uno y del otro. Pero la acción reformadora llega á más; penetra esa cubierta material que los envuelve, y en los pliegues recónditos del cerebro del animal que está educando modifica hasta el instinto.

En ese perro salvaje, medio lobo y medio chacal, astuto, maligno y cobarde, descubrió el hombre, andando el tiempo, cierta ternura en embrión, una especie de reflejos de bondad y de afecto, barruntó que de ese esclavo que le servía podría conseguir ser amado; y dicho y hecho, puso manos á la obra y obtuvo que el perro fuese no solamente modelo de inteligencia fina y pronta, sino además de obediencia, de cariño constante, de fidelidad y de bondad.

¿Ha transformado del mismo modo el instinto del gato? ¿Ha conseguido hacerle tan cariñoso y tan fiel? No; y el motivo de ello siempre será el arriba dicho, que no ejerce sobre el gato la acción que se necesita para someter el instinto natural.

El gato doméstico nace en cualquier sitio de la casa, y fuera de algunas tradiciones de sangre, atenuadas ya quizás por algunos cruzamientos, sale ya con su carácter natural, que nó

difiere del salvaje. Sin embargo, ese gatito, que entreabre apenas sus ojillos al borde del cesto en que su madre le da leche y le calienta, está destinado á recibir educación del hombre, el cual quizás logre con su trabajo ablandar el corazón de salvaje é inspirarle sentimientos de civilizado.

En el perro todo esto se encuentra hecho; porque su natural se ha formado durante la larga serie de las generaciones domésticas: la educación sólo se reducirá á añadir algo para que salga perfecto.

No sucede así con el gato, cuyo natural es, con poca diferencia, tan adusto ahora como en sus primeros tiempos, y por consiguiente la educación tiene que hacerlo todo, puesto que no encuentra desde el primer día nada que no deba destruir.

Y á pesar de todo obtiene felices resultados.

Comparad, si no, un gato campesino que todo el día pasa durmiendo en la granja, y la noche corriendo graneros, cuevas y campos, alto y enjuto de cuerpo, de pelo duro y crispado, vivo, alerta y astuto, con ese otro palaciego, de pelo suave y lustroso, echado en forma de ovillo al pie de una buena estufa, dentro de un canastillo mullido con sedas y forrado de ricos bordados... Á lo mejor estos dos individuos han na-

cido á la vez de una misma madre, pero la educación... ha abierto entre ambos un abismo.

Vamos á ver otro prodigio obrado por el hombre.

Proverbial es, como sabéis, la inteligencia del perro, y á las muchas pruebas que de ello tenéis, me vais á permitir que os añada algunos ejemplos nuevos.

Muchas veces se me ofrece ocasión de observar desde una ventana próxima á mi aposento, además de la gente, muchos perros de la vecindad. Hay entre ellos uno, medio carlín y medio dogo, rojo, de pelo corto, fuerte y bien plantado, de un genio lo más singular que en perros se puede imaginar; porque siendo de suma mansedumbre con los hombres, y sobre todo con los niños, es furioso y de genio áspero con los perros, sus hermanos, sean pequeños ó grandes, que se acercan á tentar su susceptibilidad salvaje. Varias veces he visto agarrarle por la cabeza ó por la cola y darle vueltas como si fuera un trapo; mas ni por esas..., nuestro bueno de Fox jamás demuestra pesar de la broma. En cambio á cada momento se le coge empeñado en batalla sangrienta con sus hermanos de raza, y no hay más remedio que emprenderla con él á puntapiés para separarle de la víctima.

No hace aún mucho tiempo que mi valiente

Fox estaba á la puerta, cuando comenzó á lloviznar, y en seguida acudió á su astucia de siempre, que era... ponerse delante de cualquiera que pasase por allí, hacerle mil caricias, llevarle poco á poco á la puerta y pararse, enseñando con sus ojos el picaporte de la cerradura ó el cordón de la campanilla. Pero en esta ocasión, tuvo mala suerte Fox; porque pasaron tres ó cuatro personas y ninguna pareció comprenderle... el pobre animal estaba desesperado... Llega una pobre anciana y... claro, Fox sale á su encuentro, le echa las manos, salta y brinca alrededor de ella y continúa estas caricias hasta la puerta de su amo, donde, parado un instante y de modo que lo viese la anciana, da un salto hasta tocar el picaporte. ¿Cómo no entender ahora? La mujer comprendió la intención, levantó el picaporte, abrió la puerta y Fox entró en casa.

Me han asegurado que hacen lo mismo los gatos, que mayan á quien pasa cuando ven cerrada la puerta, pero no hacen tantas demostraciones de cariño como el perro.

Conocido de todos es cuánto desprecia un perro grande las zalamerías de los gozquejos; á veces llegan, sin embargo, á enfadarle y á irritarle, y pierde al fin el gigante la paciencia; entonces de un manotazo hace rodar por el suelo

aquella monada de perro y deja en él impreso su desdén con señales inofensivas, sí, pero demasiado inconvenientes para decirlas aquí.

Un gran dogo, mejor educado sin duda, mostró más delicadeza, pero no menos talento. Hacía ya una hora que le estaba impacientando con sus maulas y descarados ladridos cierto grifillo insignificante; el dogo ya le había avisado con ciertos ronquidos y con enseñarle los dientes, pero nada había adelantado. Cansado, en fin, le coge por el cuello, le lleva á veinte pasos y le arroja al río... Mas la corriente era mucha, y el fiero dogo notó, que en vez de un baño calmante que había tenido intención de dar á su importuno hermano, le había puesto en evidente peligro de la vida. Salta entonces al río él mismo, vuelve á pescar al grifillo, le deja en la ribera, y creyendo suficiente por entonces la lección, se va, aunque no sin mirar hacia atrás para averiguar si venía el ahogado. ¿No es verdad que esto es obrar como hombre de talento y de corazón?

Mosca es el nombre de un bonito perro, delicia de toda una familia; lo cual no quita que tenga su manera propia de darse á entender y sus ratos de rabieta muy singular.

Tiene Mosca su cestito en el cuarto del amo bajo una ventana, que á veces suelen dejar en-

treabierta. Generalmente, al llegar la noche, entra en casa, se va derecho al cesto, olfatea la alfombra con que está forrado y relleno, da tres ó cuatro vueltas, dobla por último las patas y queda echado formando un ovillo. Mas, si por casualidad ha llovido ó han caído por la ventana algunas gotas de agua y le han mojado la cama, Mosca, que lo conoce á la primera vez que huele, se va derecho al amo y le da con el hocico unos cuantos golpes en las pantorri-llas... ¿Qué quiere decir esto? ¡Aquí tenéis ciertamente un lenguaje que no se comprenderá al principio! Mas, cuando el amo ha puesto ya cuidado en esa acción, el pobre animal, la comenta de este modo: se va al cesto, levanta con el hocico una punta de la alfombra, se para, y espera á que su amo le dé vuelta y le tape con ella.

Cierto día que se iban á paseo los hijos de su amo, manifestó Mosca vivos deseos de ir con ellos, pero en vano: así que tuvo que quedarse en casa, y triste y contrariado, fué á tenderse junto á la puerta que le habían cerrado.

Para contentarle, le echó el amo un terrón de azúcar; mas siendo así que Mosca se moría por esta golosina, se levantó, la olió con desdén y... ¡se sentó sobre ella!

No tendría gracia ninguna insistir en la obediencia del perro; pero no sé si se piensa en lo mucho que á veces le cuesta al pobre animal obedecer. Acercarse al amo á una señal, cuando espera recibir alguna caricia ó algún bocado, ni es acto de mucha virtud ni victoria de mucho mérito; de esta manera, el hombre también es obediente: pero obedecer cuando todo incita á la insubordinación, obedecer cuando por premio de la obediencia sólo se espera un castigo ó un tormento!... Y sin embargo, aun en este caso obedece el perro.

El primer ímpetu natural é instintivo del perro de caza es echarse sobre la liebre que pase por delante y seguirla con furor. Puen bien, fijaos en ese perro domesticado y bien adiestrado: se quedará quieto, aunque sea un cuarto de hora, delante de la cama de la liebre sin deshacerla, sin tocarla; pasará la liebre, tocará el hocico mismo, como quien dice, y se le meterá en la boca, pero el perro no la cogerá... obedece á pesar de su deseo, de su inclinación...; sabe que echarla es gusto que debe dejar á su amo, y se la muestra.

Estaba una vez una perra de muestra delante de una banda de pollos de perdiz, colocados á largo de una zanja muy ancha; se acercó el cazador y saltó entonces precisamente una liebre:

la perra se quedó como si hubiese recibido una descarga eléctrica, y dió un salto; mas á una señal del amo se detuvo y se quedó parada con los ojos vueltos á la liebre, pero temblando de impaciencia. Levántanse los pollos y mata dos el cazador, y la perra, entonces, dando saltos y atravesando zanjas y campos, se lanza á todo correr para alcanzar la liebre que, por obediencia, había dejado huir hacía tanto tiempo.

¿No es esta la obediencia victoriosa? Pero aún hay más, y aunque sea historia de todos los días, confieso que no puedo jamás contemplar la escena sin cierto movimiento de viva compasión.

Volviendo de un viaje, me hospedé en el castillo de unos amigos, con quienes solía pasearme como en familia por sitios deliciosos y á través de los campos. Siempre nos acompañaban un perrillo de raza poco definida y un hermoso perro de caza, *setter* inglés, de cabeza larga y bien delineada, de mirada franca y noble, uno de los perros más bonitos que en mi vida he visto y del cual llevo con gusto un retrato en el álbum. Pasó de repente una liebre, y al momento se puso el perrillo á ladrar como un tonto y á seguirla. Arrastrado por el ejemplo y quizás por el primer ímpetu de su instinto, el *setter* la siguió también... Un silbido que el amo dió, debió haberle hecho parar, pero

la fuerza de la carrera le arrastró... Pasados unos momentos se presentaron los dos perros... y llegó la hora del castigo... El pobre *setter* lo entendió y se fué acercando avergonzado y como corrido de su falta: bajó la cabeza, mirando de reojo; le llamaron, y vino muy despacio, contrito y humillado; á los cinco pasos antes, se detuvo en actitud suplicante, paseando sus ojos desde la vara que le amenazaba, hasta los ojos de su amo. Bien evidente era que el pobre animal imploraba perdón... Se le mandó acercarse; se arrastró deslizándose con la cabeza entre las patas, el pelo bajo, las orejas gachas, pero vino, vino á ponerse él mismo, temblando, al alcance de los golpes. Se veían en aquellos sus ojos tantas lágrimas y tantos ruegos, tanto arrepentimiento y tanta humildad en sus posturas, tanta resignación, por último, para obedecer, que me dió verdadera lástima. Afortunadamente era la castellana quien manejaba la vara, y la lección tan bien merecida se llevó á cabo con cariño bastante tierno. Mientras tanto, el perrillo, ocasión de todo aquel daño, miraba la escena con ojos de admiración, las orejas tiesas y la actitud más estulta de quien no tiene la más mínima idea de la necedad que acaba de hacer. No insisto más.

No sé yo si se podría llevar á tal grado la educación del gato. En la India han aplicado á la caza una familia felina, el guepardo ó lobo-tigre, pero ¡qué cazador tan triste! Hay que cubrirle con una caperuza, como se usaba hacer antes con los halcones, y lo primero que hace en cuanto coge la pieza, es degollarla y beberle la sangre. Con el gato propiamente dicho, nunca se ha intentado hacer tal experiencia.

Tampoco tengo yo memoria de que se haya visto nunca á algún gato venir á una señal dada por el amo, á recibir los palos que le tenía preparados; y esto no obstante, de ese gato por naturaleza fiero y temeroso del hombre, se puede obtener un animal sumiso y muy obediente, un personaje á ciertas horas amable, y en sus buenos ratos afectuoso.

Ya lo hemos visto; conoce á su amo, se acerca á él, tiene gusto en sentarse sobre él haciendo ese murmullo ronco tan conocido y señal en él de la mayor satisfacción.

Ese gato camorrista, siempre dispuesto á enseñar las uñas y dientes, puede convertirse en personaje de gran paciencia. Yo mismo le he visto ser arrastrado y martirizado por unos niños... y aunque refunfuñaba y mayaba, porque esas diversiones no le hacen mucha gracia, nunca hizo el menor daño ni en aquellas mani-

tas rollizas ni en aquellas mejillas de rosa que le presentaban sus amiguitos.

Á este gato tan instintivamente enemigo del perro, le he visto yo, y lo mismo le podéis ver vosotros, jugar y divertirse con él como pudieran divertirse dos chiquillos á la puerta de la escuela. ¡Curioso espectáculo verlos jugar de ese modo! Había un sofá muy ancho en donde solía descansar el perro; salta esta vez el gato, el perro se endereza y hace ademán de morderle quedándose el gato quieto, aunque dándole suavemente algunos golpes con la mano y guardadas las uñas: retrocede el perro, y el gato, arrimándose al respaldo, se echa; salta entonces por encima el perro, y conservando el gato su distancia y levantando hacia arriba y extendiendo las cuatro patas, comienzan uno y otro á dar vueltas y revueltas, hasta que caen ambos desde su campo de batalla al suelo. Á veces sale mal el juego, y resulta que un ladrido agudo manifiesta claramente que el pobre perro ha sentido en parte delicada las garras de su amigo, pero ¡vaya V. á averiguar si comenzó ó no primero el perro por darle algún mordisco sensible!

Á este mismo gato, tan ávido de sangre, tan deseoso de coger esos pajarillos tan queridos por nosotros, tan inofensivos y tan hermosos,

se le puede, Señores, enseñar á que nunca jamás los toque. Aquí veréis ahora un caso que Brehm refiere, con todas las garantías de exactitud que se puedan desear. Vivía una gata en tanta intimidad con el canario de su amo, que no era cosa rara ver al pajarillo posarse sobre el lomo de ella.

Me echáis el alto y decís que eso es imposible, ¿no es verdad? Pues yo os digo, Señores, que en Lieja he tenido yo mismo en una misma jaula nueve ardillas y un gorrión viviendo con ellas con tan grande amistad, que las picoteaba y como espulgaba sobre el lomo y la cola; y cuenta, que la ardilla es tan amiga de la cabeza y de la sangre de los pájaros, como el gato de todo su cuerpo de ellos. Más de veinte veces he intentado meter en la misma jaula otros gorriones, y, á los pocos instantes, al nuevo le cogían, le estrangulaban y le devoraban, pero al viejo... ¡oh! á éste le guardaban todas las consideraciones debidas á una familia!

Vuelvo, pues, al caso de Brehm. Minette, así se llamaba la gata, se lanza un día sobre el pobre canario, le coge entre los dientes y de un salto se pone sobre un pupitre. Salta también el amo y acude con grandes amenazas y gritos donde ella estaba, por ver si salva su querido canario; pero Minette se estaba muy quieta,

inmóvil, con el pelo erizado, gruñendo de rabia, con la mirada fiera y fija en una puerta á medio abrir. Mira por ella el amo y ve... un gatazo tremendo, forastero, que se había entrado en el aposento... Le espanta, cierra la puerta y se vuelve á su Minette... la cual, asegurada ya de la ausencia de su enemigo, acababa de soltar á su pajarillo, intacto y sin el menor rasguño, después de haberle salvado.

Por cierto, Señores, que esto es más que instinto; ¿no diríamos que esto es rara inteligencia de bestia?

He dicho inteligencia de bestia, y lo he dicho de propósito; porque me repugna, efectivamente, profanar esta palabra aplicándola á una bestia, pero no encuentro otra más adecuada, y como por otra parte no me cuido mucho de emplear las palabras con toda la precisión de la filosofía en estas conferencias, me resigno á usar la de inteligencia.

Para quitar toda ocasión de escándalo, voy á citaros una experiencia que indica claramente el profundo abismo que hay entre eso que en resumidas cuentas es solamente instinto y entre la verdadera inteligencia.

Uno de los grandes gustos del perro es ponerse cómodamente en la cocina con los pies junto á la lumbre y delante de la llama.

En cuanto llega, da unas dos ó tres vueltas sobre sí mismo oliendo á la vez el sitio, se echa y se extiende, primero con los ojos abiertos, luego medio cerrados y por último cerrados del todo, se queda dormido y aun sueña... ¡Le gusta tanto aquel calorcillo! Pues bien; la experiencia que os propongo es esta: haced los preparativos para poner lumbre, y luego, en presencia del perro, encended algunas virutas... y cuando ardan bien, ponedlas debajo de la leña... y el fuego prenderá. Haced esta misma operación todos los días por espacio de una semana, de un mes, de un año entero... el perro verá qué hay que hacer para encender lumbre... y después que hayáis hecho esto un año, dos años y todo el tiempo que queráis, encended un día las virutas y esperad á que el perro las coja y ponga él solo debajo de la leña... Ya podéis esperar sentados, y preparados para sabaliones.

Y no pretendo con esto, notadlo bien, negar que se pueda enseñar á un perro á encender lumbre, porque estoy convencido de lo contrario; sino que quiero decir esto, que después de haber visto cien y cien veces el perro la misma cosa, como no le excitéis á ella vosotros, jamás se le ocurrirá á él hacerla.

Hecha esta salvedad, y para acabar con la

historia de la famosa Minette, permitidme contaros una prueba más de su gran inteligencia.

Tenía ocultas sus crías entre la leña vieja, bajo un horno ya abandonado de la casa, y hacía tres semanas que no se separaba de ellas. Se presenta un día trayendo entre los dientes un gatito, le deja á los pies de su amo y se marcha; al poco tiempo vuelve con otro, y por último con el tercero. Entonces la pobre gata se puso á dar vueltas alrededor de sus gatitos, tristes y temblorosos, y á mayar con tanta pena que inspiraba lástima: á veces se paraba para mirar al amo, y luego volvía á su tarea de rondar y rondar, y mayar y más mayar.

¿Qué tenía la pobre Minette? ¿qué quería decir? El amo, sumamente perplejo, llega por fin á adivinarlo, y sin más tardanza coge un poco de leche en la cocina y se lo pone á los gatitos. Minette cesa al punto de mayar: salta llena de gozo á las piernas de su amo honrado y atento, le acaricia, va á sus pequeñuelos, luego al amo, medio loca de alegría y de gratitud... Tuvo, sin duda, el amo una inspiración... adivinó el secreto, y era que la pobre Minette no tenía ya gota de lechel...

No basta que la obediencia sea inteligente, sino que ha de tener también una cualidad más elevada y más digna, la nobleza y el respeto del propio derecho.

¡Respeto de su derecho! Escuchadme.

Dos perros de una raza singular, pachones de asador, prestaban sus servicios hace tiempo en el colegio de Plessis. Admirablemente amaestrados, conocían por el husmillo el momento en que el asado estaba en su punto, y entonces se ponían á ladrar para dar al cocinero la señal. Este cargo lo tenían repartido entre los dos, de modo que el primero estaba de servicio los lunes y miércoles, y el segundo los domingos, martes y jueves; por tanto el trabajo era desigual, pero el uso así establecido les hacía aceptar sin murmuraciones la injusticia de ésta su suerte. Llegó un martes en que, no encontrando á mano el cocinero el perro de turno, quiso poner á la rueda al compañero que había servido el día anterior. Pero el animal no pasó por ello, sino que se negó á servir, se marchó y se acurrucó en un rincón. Persíguele el cocinero, y el perro se pone á gruñir, eriza los pelos y enseña los dientes: al verle coger un palo, salta por encima, coge el tránsito y la puerta y se va á la calle. Por aquí, por allá, por esta calle y por la otra recorre la población hasta

que halla al compañero divirtiéndose en grande en la plaza de Cambrai con los canes del vecindario: le empuja, le da vueltas, le muerde, y por último le encamina y lleva al colegio á los pies del cocinero con cierto gruñido de satisfacción como diciendo: «¡Aquí está el perro de hoy, á él le tocal»

¡Nobleza! Seguid escuchando.

Cierto cazador novato llegó á casa de un su amigo á lucir sus primeras habilidades con las armas de caza; al efecto le dieron un perro de muestra, modelo, por nombre Basco. Sale el Basco, y al cabo de unas cuantas vueltas, se para delante de una pollada de perdices, las levanta al ver la señal del cazador; éste dispara... y no cayó nada, ¡ni una pluma! Basco frunce el ceño, mira con marcada admiración al cazador y prosigue olfateando. Torpezas como la dicha, jamás le acaecían á su amo, uno de los mejores tiradores de la comarca. Después de otras nuevas carreras, para otra bandada de perdices el Basco, dispara el cazador los dos tiros de la escopeta, y... nada, ¡segunda vez! Mas ahora, satisfecho de su proceder, se vuelve, mira de pies á cabeza con un soberano desdén al cazador, y emprende el camino de su casa, dejando plantado á nuestro buen hombre en medio de un campo de alfalfa.

¡Y qué de cosas podría yo contaros acerca de la fidelidad de este noble animal, acerca de la constancia imperturbable de su cariño, vivo siempre en la vida y aun en la muerte de su dueño!

¿Quién no conoce la historia de aquel verdugo libertado de las aguas por el mismo perro á quien pretendía él ahogar en ellas? ¿Y la de aquel terranova que estuvo dos años, día y noche, echado en la tumba de su amo? ¿Y aquella del grifillo cuyo amo iba á ser fusilado, que fué á echarse á sus pies para ponerse frente á las balas y morir con él?

Dícese que el gato no tiene cariño más que á la casa, y que es indiferente para con las personas. Pues dos gatos que yo he conocido no eran así: seguían á sus amos por el pueblo y por la casa, é iban con ellos aun al mar y siempre con toda fidelidad. Por lo demás, en la mayor parte de los casos tiene su explicación ese apego á la casa solamente; porque muy á menudo el afecto del hombre hacia el gato se limita á darle abrigo, y á veces con pretexto de obligarle á cazar ratones, se dispensa de echarle de comer. Y naturalmente, el gato entonces le paga al amo en la misma moneda;

no le dan más que la casa y abrigo, y no tiene cariño más que á la casa y al abrigo.

La nobleza de corazón del perro jamás llegaría á medir así el amor... pero ¿el corazón del gato?... Bastante he dicho ya de bueno acerca del gato, para poder decir ahora algo malo... ¡No, el gato no es amable! Y no se atreverá á contradecirme quien haya visto, aunque no sea más que una vez, cuán cruelmente se divierte el gato con el pobre ratoncillo que acaba de atrapar... Vedle, se sonríe con el pensamiento del banquete que va á celebrar; le echa al desventurado ratón desde una pata á la otra como para hacerle sentir todas sus garras, le suelta, le vuelve á coger, le vuelve á soltar para volverle á coger, le aprieta entre los dientes, le deja caer al suelo, y dura está diversión tres, cuatro, cinco minutos; y en tanto que el infortunado ratón está pasando por todas estas crueles alternativas, en tanto que se ve torturado con todas las angustias de una agonía siempre nueva, el verdugo se complace y se queda loco de contento con tratarle de esa manera. ¡Dadme una razón de semejante conducta, que no sea el brutal placer de ver sufrir y de atormentar cómodamente!

Yo le perdonaría, Señores, sin embargo; perdonaría, sí, á ese corazón sanguinario, si él tu-

viere, á lo menos, la franqueza de tanta crueldad; pero no la tiene, es hipócrita por esencia. ¿Lo queréis ver de una vez? Pues vedlo.

Acababa una cocinera de meter en el horno una buena pieza para asarla; la pieza se iba pasando poco á poco entre ese chirrido de la sal y manteca hirviendo, que para los oídos del gastrónomo se convierte en música deliciosa. Á cierta distancia se hallaba un hermoso y enorme perro olfateando aquel aroma y relamiéndose los labios. Ya le había visto la cocinera, pero confiada en el calor del horno, que estaba hasta el rojo, se marchó sin más seguridades completamente descuidada. Cómo se las compondría el perro, es aún un misterio; sin duda, dejó allí las puntas de sus mostachos; sin duda, se quemó allí algo las patas y el hocico, pero ello es que, cuando entró la señora cocinera, la sal continuaba chirriando y la manteca deshaciéndose; pero el asado... que si quieres. El célebre can lo había guapamente arrastrado hasta el patio, y allí, entre cielo y tierra, estaba con toda lealtad esperando á que se enfriase un poco. ¿No os parece que es un alma transparente y abierta del todo la de este perro?

Pero que, por el contrario, venga un gato en iguales circunstancias á robar un pichón ó una chuleta; se irá en seguida muy socarronamente

y refunfuñando á alguna cueva, ó se meterá debajo de la leña, ó debajo de algún armario y se comerá allí, muy tranquilamente y bien oculto en la sombra ó por la noche, lo robado; y después, con la cara más santa de gato y los ojos medio cerrados, como un alma virginal y sin mancilla, bien relamidos, por supuesto, los hocicos y las patas, volverá con mucha calma á ocupar su sitio junto á la lumbre.

¡Oh! ¡hipocritón!

Aquí tenéis todas las diferencias de carácter.

No, no es sincero el gato; os tiende la mano de terciopelo, pero... ¡tened cuidado, que bajo ese terciopelo se esconden unas garras! ¡Ah! Conozco que vuelvo á aborrecer al gato.

«La fisonomía humana más hermosa sin un reflejo de bondad, dice en alguna parte Lacordaire, me haría siempre el efecto de una cabeza de Medusa».

Puede uno ser inteligente, amable, leal y sincero, mas si quedan estos dones emponzoñados por alguna añaña levadura de egoísmo, bien poca cosa valdrán: la nobleza verdadera del corazón, toda está en la bondad.

El perro es bueno y en esto precisamente se descubre el verdadero prodigio de la acción

del hombre, porque ni era así el perro salvaje, ni se ve sombra de bondad en el carácter del lobo y del chacal, sus ascendientes. El hombre es quien le ha hecho como es; el hombre es quien, cultivándole el instinto como le había cultivado el cuerpo, le ha dado esa virtud dueña de los corazones: la bondad.

Paseábame yo un día en compañía de mi hermana por las antiguas ruinas de una fortaleza desmantelada de Lovaina; era por la primavera y bañaba á la atmósfera un ambiente delicioso. Tumbados al sol sobre la arena de una explanada, con la misma satisfacción que las gallinas cuando se espolvorean, estaban unos cuantos niños, hijos todos de pobres, pasando el tiempo y divirtiéndose: algo separada de ellos, se divertía también una niña, como de unos siete á ocho años de edad, risueña, con toda la cara sucia, descubiertos los brazos y descalza de pie y pierna, vestida con un trapo todo roto y sujeto á la espalda con un botón medio suelto, único que sobrevivía á los de toda la fila.

Entre los brazos tenía un bonito perro, casi tan grande como ella, con el cual se revolcaba por el polvo; la niña juntaba sus manos sobre el cuello del perro, se quedaba mirándole y le besaba; el perrillo, á su vez, lamía á la niña, y saltando el uno y la otra se echaban á rodar por

la pendiente, enredados de un modo singular brazos y pies de la niña con patas y piernas del perro.

Luego que llegaban abajo, se sacudía el perro entre alegres ladridos, y la niña se echaba hacia atrás el cabello y se arreglaba sus jirones entre grandes é inocentes carcajadas, diciendo: «¡Ah, perrillo, guapísimo perrillo, querido perrillo mío!» y como si entendiese aquellas palabras el perro, la miraba con más ternura y movía más aprisa la cola bajo las impresiones de la más profunda alegría.

Nos detuvimos á contemplar esta escena y, no os lo ocultaré, quedamos conmovidos.

«Muchas veces he pensado, me decía mi hermana, en las pobres madres que, cuando nosotros nos cansamos por encontrar para nuestros niños alguna novedad, algunos juguetes, algunos muñecos que hablen, ¡qué sé yo cuántas otras cosas!, no tienen con qué comprar para los suyos ni aun lo más indispensable... Pero me consuela lo que veo... Esa pobrecita niña es más feliz; vive su perrito y la ama!»

Y es verdad; el niño se cansa muy pronto de esos juguetes inertes; pero ¿su perrito? ¡Oh! su perrito no es animal, es persona para él; no es perro, es hermano!

Una tiernecita niña, hija única y querida de

sus padres como es de suponer, tiene por compañera una galguita, llamada Alhaja; para la niña esta perrita es su hermano, y este hermanito tiene todos los sentimientos, y todos los deseos, y todas las ilusiones de un joven. La niña le da lección, le saluda, le riñe, le anima ó le corrige, añadiendo sus buenos sermones sobre la buena conducta y sobre la virtud. Le desposa con su muñeca, y al punto pasa recado á todos sus amigos, convida al banquete de boda; nada falta, ni aun el viaje, en el cual todo sale bien, «salvo, escribe la niña á un tío suyo, una tendencia mala de Alhaja á tirar del pelo á su esposa».

Y en otra carta: «Alhaja ha jugado á la lotería, querido tío, y va V. á ver ahora el resultado. Yo hice dos números, uno bueno y otro malo, y puse debajo de cada uno un pedazo de carne; se trataba de ver cuál de ellos cogería primero Alhaja, y la tonta de ella cogió el malo. En seguida se llevó el negocio al consejo de revisión—le formábamos mamá y yo—y Alhaja quedó libre á causa de su debilidad.

»María, su esposa, ha recibido con gran serenidad todas estas noticias; mas al querer juntar entre mis brazos á los dos esposos, se ha caído la esposa sobre el marido y éste se ha ido huyendo hacia su cesto».

Es evidente; dad á la niña que esto escribe todos los juguetes del mundo, y no habrá uno que valga para ella tanto como su hermanito, su perrita. Y si en esto hay alguna cosa más admirable que la sencillez de la niña, es la bondad del perro que se presta á estos juegos y se deja llevar.

Los niños quieren á los perros, pero los perros les corresponden también con su cariño, porque tienen evidentemente grande predilección hacia esa hermosa edad.

Desde la misma ventana desde la cual yo observé al dogo Fox, he podido ver muchas veces las habilidades de un magnífico perro de Terranova, de una buena casa y de hermosa presencia. Todos los días á las ocho y á las once de la mañana y á eso de las dos y cuatro de la tarde, se ponía puntualmente á la puerta de su casa sobre la acera. ¿Sabéis por qué?... Porque eran las horas de entrada y de salida de clase en las Ursulinas, y esperaba á ver pasar las niñas al colegio; las miraba moviendo suavemente la cola, como pidiéndoles caricias. Las niñas, que ya lo conocían, le pasaban la mano por la frente y por el lomo, y el perro gozaba visible y extraordinariamente con ello; mas luego que habían pasado todas, se metía en su casa el terranova con paso grave y melancólico, pen-

sando, sin duda, en la rapidez con que se van las alegrías!...

Esta bondad tan admirable no la manifiestan los perros al niño solamente, ni solamente al hombre, sino también á sus compañeros. Se ha visto á algunos perros coger los restos de su propia comida y llevarlos á otros perros mal cuidados y hambrientos. ¿Quién no sabe la historia de aquel perro á quien curó una pata rota un médico compasivo, y que un mes después se puso á ladrar rabiosamente delante de la puerta del doctor? Abre éste la puerta... y el perro, sanado por el doctor, le llevaba un compañero que se acababa de romper una pata para que le curase también.

Con los compañeros que sufren ó padecen, usan también de compasión los perros. Que ahoguen á uno, y veréis que todos los perros del barrio corresponden con gritos ó aullidos á los que está dando el infeliz martirizado.

He visto estos días atrás un ejemplo singular de esta compasión tan tierna. Padecía un grande y hermoso perro parálisis incipiente, y el veterinario que le asistía había dispuesto para curarle el uso de la electricidad. Yo me estaba preparando para aplicarle este remedio. Un perrillo chiquitín que se hallaba en la misma habitación que el enfermo, vió los preparativos y no

tardó en comprender que su gran compañero iba á sufrir mucho... Al primer grito que dió el paciente, se puso el pequeño á describir muy lentamente un círculo alrededor de la habitación, derramando un torrente... ¿cómo diré yo esto? Racine en sus *Plaideurs* no emplea tantas reservas; en fin, Señores, aquello no era lágrimas, sino con toda verdad un torrente tal, que hubo necesidad de llamar con toda prisa á la criada!...

¿Y creeréis ahora esto? Sé de una perra que se ha encaprichado locamente con una gallina... Al ver á la Bella—es el nombre de la perra—en continua conversación con la gallina, se podría decir que se están haciendo confidencias sin fin. Todos los días por la mañana se acerca la gallina á la cama de la perra cacareando... Bella la conoce en seguida y se sale muy graciosamente de su cama; al punto entra en ella la gallina, y mientras Bella está vigilando las afueras, la gallina pone el huevo... Después deja el sitio y le ocupa la Bella. Malas lenguas cuentan que el primer cuidado de ésta es cascar el huevo... ¡Pero es pura malicia! Y aun cuando así fuese, ¿tienen por ventura derecho los hombres á reprochar á Bella esta industria de amistad en propio beneficio?

Mucho he revuelto para encontrar algunos rasgos de bondad manifiesta y evidente de los gatos, y he encontrado: primero, que se deja á veces manosear de los niños con paciencia verdaderamente grande, y esta cualidad será una partida en su *Activo*; segundo, que á veces se presta á ser amigo y á jugar con algún perro que le den por compañero, y esto será otra partida... y la última.

Pero ¿quién sabe? quizás haya además de lo dicho algún otro género de bondad oculto que no hayan podido mis ojos descubrir. Una cosa hay que me está remordiendo la conciencia, y es que en Inglaterra—y sólo hablo de Inglaterra—se guarda la ley constante de que las solteronas acaban en general por resignarse á tener exclusivamente cariño á un gato. Menester es, pues, que haya algo, algún atractivo misterioso en el gato cuando así se hace querer de ellas. Mas ¿qué cosa podrán ellas querer en el gato?

Veamos ese gato de las solteronas.

Es un animal viejo, descontento, sin otro cuidado que sus comodidades y sin otro cariño que el del plato: un viejo sin ilusiones, que todo lo ha olvidado ya, así las diversiones de la infancia como las correrías por los tejados, y ha adquirido en cambio costumbres muy reglamentadas, á la vez que la gravedad y la devoción.

Come, arrulla y duerme, y no admite que se le pueda exigir ya ninguna otra cosa en el mundo.

Es un viejo marrullero, flojo, que da sus correspondientes arañazos cuando se ve seguro, y su recreo y alegría es arañar entonces hasta sacar sangre.

Un placer le queda aún, y es apretar entre los dientes á los ratoncillos que se pasean descuidados por la despensa y acuden á morder el tocino sin pensar, inocentes, en su enemigo.

Quédale aún una pasión... los celos: diez meses de vida daría por apretar el pescuezo al lorito, siempre que su ama le acaricia y le abraza; que quiere ser él solo el acariciado y el abrazado, vejestorio como es, y decrepito, y sucio.

¿Qué podrán esas tales amar en estos gatos?...

Vuelvo verdaderamente á preguntarlo; pero, como después de todo, yo no tengo que ver nada con esta cuestión y no quiero malquistarme ni con los gatos ni con las solteronas de Inglaterra, voy á contaros una historia que me reconciliará con los unos y con las otras.

Había observado una gata que siempre que la cocinera, en momentos de buen humor, quería echarle un pedazo de carne, abría un armario próximo al suelo y en el cual solía guardar las sobras de la mesa. El armario, ya entrado en

años, estaba cerrado con una cerradura de esas antiguas de llave que dando vueltas hacía bajar al pestillo. ¿Qué hizo la gata? Á la primera ocasión oportuna en que se vió sola en la cocina, se puso á dar vueltas á la llave... y, claro, después de unos cuantos ensayos giró la llave, se bajó el pestillo... y la gata cogió su ración. Ya se comprende que al primer ensayo seguirían otros y otros, y por lo tanto, que harían costumbre.

Os confieso francamente que cuando me contaron esta historia, me costó mucho trabajo creerla, y eso que me la contaba un amigo de toda confianza y se trataba de su misma gata. Mas acabó de quitarme toda la duda un caso análogo que ocurre todos los días en una casa de labor en que suelo entrar yo con confianza.

Aquí ya no se trata de una llave, porque el armario se cierra con picaporte; pero ajusta mal la puerta, y desde abajo puede el gato introducir por ella la pata. Sucede pues que va el gato, y poquito á poquito y con paciencia, mete la pata por la abertura de la puerta, y sentado sobre las posaderas, se está allí dale que dale, moviendo y sacudiendo la puerta por espacio de unos dos, tres ó cuatro minutos, hasta que bajando poco á poco el pestillo, le deja caer del todo. Entonces se pone á celebrar su habilidad

con toda calma, y luego se marcha relamiéndose los feroces mostachos.

¡Dígase ahora, Señores, que no tienen ingenio los animales!...

Dotado el perro de un corazón tan rico en nobles sentimientos, ha recibido de la naturaleza, además de manos, un como coronamiento de sus perfecciones, esto es, la riqueza de medios de manifestarlos. Así es que si hemos agotado el estudio de sus sentimientos, se nos abre ahora una nueva mina; porque en él todo habla, todo es expresión, y, en cierta manera, todo carácter. Su voz es sumamente rica en tonos y en melodías. Fijaos en su ladrido: le modula de una manera característica para expresar la alegría, el temor, la admiración, la ira... y nadie se equivocará al oírle. Considerad simplemente á un perro cuando ladra á un gozquecillo que le tienta, y cuando ladra delante de su amo en el momento de salir de casa, orgulloso porque le va á acompañar á paseo. Entre ambos tonos hallaréis una diferencia como del día á la noche.

Sus ojos son de tal expresión, que sólo los del hombre la pueden verdaderamente superar. En la cólera despiden llamas de ira, en la ale-

gría tienen raudales de satisfacción; y en el dolor se bañan en lágrimas. Sus pupilas, unas veces abiertas y anchas, otras medio abiertas y plegadas á los lados; su frente que ya se frunce, ya se extiende... ¡á qué proseguir, si todo es lenguaje en sus ojos!

Y la cola, que oscila con velocidad proporcional á la satisfacción; que cuelga sin ningún movimiento en la indiferencia; que se dobla entre las piernas en el temor; que se levanta y se endereza en la ira, ¿no es también otro lenguaje? ¡Las orejas!... ¡Ah las orejas! Observadlas en vuestro perro. ¿Pónese atento? Pues vedlas tiesas, afiladas, abiertas, arqueadas hacia adelante, inmóviles; y en tanto, los ojos fijos, la frente arrugada, los labios apretados y á veces una de las patas delanteras un poco levantada y doblada por la muñeca... diríamos que se muestra dispuesto, como un soldado de infantería, á romper la marcha con el pie izquierdo. ¿Que está enfadado y dispuesto á luchar? Las orejas apuntan atrás, fuertemente pegadas al cuello ó á la cabeza, el pelo se eriza, los ojos son fuego; encogido el cogote sobre la espalda, y retraído todo el cuerpo sobre las patas traseras, se prepara á dar el asalto, y mientras de su garganta sale un ronquido sordo, se levantan por un lado y por otro los labios para po-

ner de manifiesto sus caninos blancos, y afilados como si fueran clavos de acero.

¿Y si está alegre? Las orejas se caen también entonces, pero poco á poco, con cierto movimiento gracioso; el cuerpo se dobla hacia los lados, el pelo se baja y se pone liso, los labios descubren todos los dientes como si se quisiera reir: salta, brinca, ladra aprisa y con ciertos gemidos de satisfacción; va y viene, y, si pudiera, hasta aplaudiría con las manos como un niño. Y todos estos sentimientos se pueden ver, ¿quién no los ha visto alguna vez? uno tras otro en muy pocos minutos.

Se levanta el amo, coge el sombrero y el bastón y se dispone á salir de paseo. Ya lo ha comprendido el perro. ¡Oh, qué alegría!... Vedle: corre, da brincos, salta de una parte á otra y ladra como loco. Mas llegan á la puerta el perro y el amo; ya tiene éste la mano en el picaporte... y se vuelve diciendo: «No, Pit, hay que quedarse en casa». Pobre Pit, observadle bien en estos momentos; mira atentamente, las orejas tiesas, abiertos y fijos los ojos, en espera... Momento de sensación... «¿Será verdad que voy á salir?» y así permanece, moviendo de cuándo en cuándo hacia un lado la cabeza con cierta duda y una especie de ruego. «¡Si quisierais!» Pero inflexible el amo, «No, Pit, quédate ahí»,

dice, y al punto humíllase la cabeza, las orejas se agachan, el cuerpo se encoge un poco sobre las corvas, cae lacio el rabo entre las piernas, adquieren los ojos una expresión de desengaño, y el pobre animal se retira lleno de tristeza á la *corte*... Á veces vuelve por el mismo sitio, llega hasta la misma puerta, ya cerrada, la olfa-tea un momento, y más triste aún se retira á dormir á un rincón de la cocina ó adonde le manden.

¿Qué añadiría á todas estas demostraciones la palabra?

Bajo este punto de vista es mucho más pobre el gato porque sus maneras de expresarse están muy más limitadas y, en rigor de verdad, se reducen á dos, á la de alegría y á la de ira.

Cuando está alegre, ya lo he dicho, tiene fijas en el suelo las cuatro patas, ligeramente arqueado el lomo, levantada y rígida la cola, derechas las orejas, y en tal actitud se restrega la cara ó los costados con las ropas del amo, y se acabó.

Cuando se enfurruña, ya es otra cosa; su expresión es más complicada. Porque si está irri-tado, pero sin miedo, se agazapa y se arrastra por el suelo levantando los dedos para que salgan las uñas, echa hacia atrás las orejas, enseña los dientes, gruñe; la cola extendida, unas veces la agita y otras se golpea con ella ligeramente

los costados. Pero si á la ira se junta el temor, aproxima las patas de delante á las de atrás, con lo cual hace del lomo una montaña, eriza el pelo, repliega las orejas al cuello, ensancha la boca, silba, chilla y hace rechinar los dientes.

Entre estos dos extremos se intercalan varias actitudes que participan más ó menos de uno ú otro, pero siempre se reducen á ellos.

No sé yo si habréis pensado alguna vez en todo el valor que tiene esta manera de expresar los animales sus sentimientos. Es el único lenguaje posible entre ellos y nosotros. Estas pobres criaturas se ven respecto de nosotros casi en la misma triste situación que los sordomudos; no tienen sino gestos para darse á entender, y muchas veces, bien por no atender, bien por no estudiarlos, ni aun esos gestos les entendemos, y en este caso el animal queda absolutamente desatendido y desesperado. Estudiad, pues, el lenguaje de esos familiares vuestros, para que entre ellos y vosotros haya, por lo menos, esa muda comunicación; estudiadle, sí, pero con ese género de bondad que enseña á prevenir y á perdonar.

Cuenta La Fontaine de un asno que habiendo visto á un perrillo hacer caricias á su amo, quiso él también acariciarle y lo hizo poniéndole las herraduras en la cara... El pobre asno

fué molido á palos por el atrevimiento y La Fontaine se ríe de la gracia. ¡Cosa verdaderamente cruel! Este pobre asno quiere á su amo, experimenta, como todo corazón amante, la irresistible necesidad de manifestar su amor, y con toda la naturalidad y sencillez de su alma agradecida, se acerca á su amo y...—reconozco que tiene una manera muy original de decir «le quiero á V. mucho...» pero ¿es suya la culpa? ¿le hubieran entendido mejor si se hubiera puesto á rebuznar?—¡le muelen á palos!

Quien falta aquí es el amo que no le ha entendido; quien tiene la culpa es el hombre que ha rechazado con crueldad á ese amante corazón del asno, que se acercó á darle pruebas de cariño.

Por grandes que sean las cualidades del perro, la edad, Señores, la vejez las debilita. Sea desengaño, sea experiencia ó sea imitación de otros ejemplos más altos, ello es que el perro viejo se entrega infaliblemente en manos del egoísmo. Quiere ser él el privilegiado, el único á quien se halague, el único á quien se le dé de comer, y por esto le irrita y le consume cualquier advenedizo.

Me hallaba yo un día en un salón, y había

delante de la chimenea, echado de lado con las patas extendidas y puesta muy cómodamente la cabeza sobre la alfombra, un perro viejo de la casa, que dormitaba de cuándo en cuándo calentándose de lo lindo la enorme panza.

De repente oigo regruñir á mi vejestorio Yon, pero muy perezosamente, sin menear ni cabeza, ni cola, ni patas, ni un pelo siquiera... Acababa de entrar un hermoso perro danés, con asaz marcada intención de participar del calorillo y de la llama de la chimenea... y Yon se deshacía de rabia en su interior. ¡Ah! con qué gusto le hubiera hincado los colmillos en el pescuezo... Mas para esto... hubiera tenido que levantarse... ¡y eso era muy duro! Así que se quedó quieto, moviendo los ojos, gruñendo sin parar, pero tendido á la larga, á pesar de toda su rabia.

Independientemente de la edad hacen malo al perro el abandono, la desnudez, la miseria, y entonces todo le molesta, así las personas como las cosas.

Hace algunos años tuve el cargo de ir un mes entero á decir misa á las HH. Concepcionistas de Jambe. Salía del colegio entre cuatro y media y cinco, y tenía que atravesar toda la ciudad. Á estas horas de la madrugada ofrecen las calles un aspecto particular. Las aceras se

ven llenas de cestos, cajones y otros objetos repletos de cenizas, barreduras y desperdicios de las cocinas y de las casas, y no faltan nunca pobrecitas mujeres que van á escarbar por si encuentran algún remiendo ó andrajo. Pero nunca están solas, sino que parece que se dan cita para ir allí todos los perros abandonados de la ciudad, en busca de algún hueso ó algún mendrugo de pan.

Entre ellos los hay de todo pelaje y de todo tamaño, pero todos parecen esqueletos, por lo extenuados, flacos y hambrientos que están: desesperados por la miseria, todos son ariscos y desconfiados, y muestran el labio inferior caído como preparados para morder á quien se acerque á ellos. Entre tantos me llamó la atención uno muy grande, negro, de pelo crespo y ojos encarnados, mala pécora francamente, pero que despertó en mí cierto interés con un hecho que le observé. Todos los cajones los revolvía con el hocico y con las patas delanteras, y, para llegar al fondo de ellos, cogía con los dientes la tapa, y dando una sacudida fuerte con el cuello, volvía de arriba abajo el cajón. Á pesar de sus muchos defectos, tenía sin duda este perro una vida muy regular y metódica, porque todos los días, sin excepción, me le encontraba en el mismo sitio y á la misma hora;

y se conoce que los demás le temían, pues siempre se quedaban algunos de ellos á buena distancia, esperando con mucha resignación y respeto á que acabase su refección el gigante, para disputarse después entre sí los desperdicios.

Cuando se abandona al perro en terrenos inhabitados, pronto recobra, y de hecho ha recobrado en muchos casos sus costumbres de salvaje: aunque nunca se acaba de borrar el sello que ha sabido el hombre imprimirle, y siempre quedan en su naturaleza rasgos y cualidades muy notables. Y es cosa verdaderamente digna de tenerse en cuenta, que perdiéndose tantas otras cualidades, perseveren siempre y sean las últimas en desaparecer la bondad y el cariño.

El dingo ó warragal es uno de los perros cimarrones que han vuelto al estado salvaje en la Australia; y en toda la fauna mamífera, tan perfectamente caracterizada, de esta parte del globo, resalta de una manera tal, que muy á las claras nos indica que se le debe considerar como intruso, naturalizado al cabo de tiempo relativamente reciente.

Este dingo es salvaje, cruel y voraz. Sólo en una comarca degollaron 1.200 carneros en el espacio de tres meses los dingos, y uno solo mató quince en una mañana en New-Bilholm á 200 millas de Sidney. ¡Qué distantes nos ha-

llamos ahora de nuestros perros domésticos! Sin embargo, escuchad.

En una de sus excursiones mató cierto viajero, M. Oxley, un dingo macho, y dejóle muerto al pie de una zarza; volvió por allí á los ocho días y encontró aún el cadáver, pero también á la hembra, casi moribunda y echada sobre la víctima... Pasados otros ocho días continuaba allí aún la misma hembra dando alaridos, tan flaca y extenuada por los trabajos y por el hambre, que ni aun moverse pudo al acercarse el cazador: sólo levantó hacia él los ojos por los cuales salía aún el fuego de la venganza mezclado con la desesperación de la impotencia. «Yo creí hacer una obra de caridad, dice M. Oxley, con dispararle un tiro»; y ella, dirigiendo la última mirada de rabia, sin moverse de aquel cadáver tan querido, esperó la bala que la mató.

No sé cuándo, dijo un filósofo chino que «á fuerza de conocer á los hombres se dió á amar á los perros». ¡Arranque de filósofo que no carece de mucha exactitud!

Cierto es, que si en perfeccionar su propio corazón y su carácter hubiese puesto el hombre todo el cuidado y todo el empeño y toda la

constancia que ha puesto en perfeccionar el corazón y el carácter de sus perros, ¡ah! Señores, seríamos unos prodigios!

Pero vamos á ver, seamos sinceros, dejemos por un instante á un lado todas nuestras máscaras y mirémonos en el silencio y mayor secreto de nuestra alma... ¡Qué levadura tan mala hay en nosotros! El egoísmo, la ambición sin freno, la intemperancia sin medida, la molicie, la pereza, la crueldad, la soberbia, la furia y más y más, ¿no se hallan bullendo allá en el fondo de nuestro corazón?... Bien sé que de todas estas pasiones rastreras, y que tanto nos envilecen, podemos ser dueños y reprimir sus ímpetus por medio de la educación, de la virtud y de la energía; pero cuando falta la educación, cuando falta la energía y falta también el respeto á sí mismo, ¿á dónde va á parar el hombre?

Os contaré lo que yo mismo he visto. Por una calle de una ciudad importante, y á dos pasos delante de mí, iba un desventurado ciego guiado por su pobre perro. Es menester haber visto muy de cerca y haber seguido mucho tiempo á estos pobres animales antes de formarse idea de la inteligencia, del desinterés y de la abnegación que muestran en cumplir tan caritativo oficio. Este pobre perro de mi cuento

llevaba puestos en ello todos sus cinco sentidos, y aunque pasasen á su lado otros perros, en cuanto les echaba una mirada como de saludo, seguía derecho su camino y tiraba de la cadena sin volverse ni un paso atrás. Pero acaeció, que el ciego, por pura torpeza suya, pues vi yo al perrillo advertírsele, tropezase en la orilla de la acera, y furioso por su tropezón, comenzó á jurar y á votar como un endemoniado, y atrayendo hacia sí al pobre animal, se puso á darle con el palo tales porrazos, que parecía quererle romper todos los huesos: chillaba el perro que daba lástima, pero el ciego, su verdugo, continuaba dándole sin cesar, y hubo necesidad de que interviniese, amenazándole, un agente de policía. Levantóse entonces el perro, y con admirable bondad y humildad se puso á tirar de la cadena como antes, volviendo de trecho en trecho la cabeza, con miedo, sí, pero sin dar la menor muestra de reprobación ni de ira.

¡Ah, Señores! ¿Quién obra mejor en esta historia, el hombre ó el bruto?

Unos pilluelos echaron una vez al Sena á un pobrecito perro, ciego y medio muerto de hambre: y como se acercase á la orilla, le tiraban piedras, y palmoteaban y daban grandes risa-

das cuando un aullido penetrante les anunciaba que habían hecho buena puntería. Allí había hombres que contemplaban todo este espectáculo, y hombres que se reían, pero no hubo uno siquiera que zurrase á aquellos pilletes. Acudió de pronto un terranova al oír los chillidos, y atravesando por la muchedumbre se echa á nadar, va derecho al perro que se estaba ahogando ya, le coge en la boca, le deja en tierra y se sacude la piel. No les hizo mella á los chicos este ejemplo, sino que quisieron separar al libertador y volver á martirizar á la víctima; pero el terranova se puso á gruñir, enseñó dos filas tremendas de dientes, y cogiendo después él mismo al pobre ahogado, que permanecía aún inmóvil, se lo llevó: siguiéronle los muchachos y vieron que puso al perrillo en su misma cama, se acostó á su lado y empezó á lamerle con cariño, como para animarle y devolverle las fuerzas que le faltaban.

¿De quién es la ventaja ahora también, Señores? ¿No es también del bruto?

Mas no quiero por eso llevar las cosas á la exageración. Por regla general, es bueno para con el perro el hombre. Porque cerrando los ojos y dejando á un lado esos pobres perros dedicados al trabajo, uncidos como caballerías á los carros y maltratados á veces de modo que

da compasión, la mayor parte de ellos apenas si tienen que quejarse de sus amos. Se ven alimentados sin miseria, acariciados con verdadero cariño y, en una palabra, amados; y ¡vale tanto en la vida el ser amado!... Participan con sus amos de la desigualdad de la suerte y de la fortuna, y así hay perros de la calle y perros de salón, y mientras aquéllos tendrán por cama un poco de paja mala, éstos tendrán las rodillas ó los brazos de una dama encopetada; mas como el hombre mismo tiene que someterse á los caprichos de su nacimiento, justo es que á lo menos los perros tengan también que someterse á ellos. Pero, observadlo, los perros se conforman con esta su suerte dando muestras de una grandeza de alma incomparable. ¿No los veis huir muchas veces de los salones, en que se los condena á vivir entre delicias y riquezas, por ir á buscar la miserable choza ó el ruin cortijo en que vive su primer amo, único á quien ellos aman y á quien no quieren dejar de amar?

No me admiro yo, Señores, de que el hombre ame á esos nobles animales, no me admiro tampoco de que llore á veces su muerte como pudiera llorar la muerte de un amigo. Yo mismo he visto derramar lágrimas bien sinceras

por la muerte de un perro viejo magnífico. ¡Oh, qué lágrimas éstas! ¡qué buen testimonio dan de que el corazón de donde salen es un corazón ancho y lo bastante rico y lo bastante generoso para derramar dulzura y compasión hasta en esas pobres criaturas de Dios!

Pero me está atormentando una cosa. No quisiera decíroslo, pero... me abrasa la lengua, y allá voy con ella: ¿En qué consiste que á pesar de esa bondad general que atribuimos al perro, se haya arraigado tanto la costumbre, general también, de echarlos al agua, ó de pegarles un tiro, ó de darles estricnina cuando llegan á viejos ó caen enfermos? Explicadme esto.

Porque es evidente que el corazón protesta contra esa barbarie.

Me diréis que la razón aconseja en estos casos abreviar con ese medio los dolores del pobre animal, y que la razón debe sobreponerse á los movimientos del corazón.

¡Ah! ¡la razón!... En primer lugar os advertiré que hay que andar con mucho tiento al sentar principios tan solemnes, y que hombres tan acostumbrados á ponerse por montera la razón cuando contradice á sus locuras, carecen de autoridad cuando invocan en esta cuestión unos derechos que á cada paso y sin ningún remordimiento están conculcando.

Pero fuera de esto, Señores, conozco yo cierto pueblo salvaje en que, gracias á los triunfos de ese principio y de esa misma razón, los hijos quitan la vida á sus propios padres cuando son viejos ó están enfermos. Y todo ello se hace con muchos besos, con muchas lágrimas, con grandes ceremonias, y con todas las demostraciones del cariño más acendrado...

Apartad la vista de tal escena... Por lo que á mí hace, me callo, porque bien veo que no faltáis en absoluto á la justicia; pero nunca, nunca conseguiréis de mí que os dé la razón.

A. M. D. G.

NUESTROS ANIMALES DOMÉSTICOS

OBRAS AMENAS
DEL
P. VÍCTOR VAN TRICHT
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

NUESTROS ANIMALES DOMÉSTICOS
CUATRO CONFERENCIAS FAMILIARES

II

EL CABALLO Y EL ASNO



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO
IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS
Muelle de Marzana, núm. 7.

—
ES PROPIEDAD
—



SEÑORAS, SEÑORES, AMIGOS:



EL año pasado os hablé de perros y gatos, y los llamé «los familiares de la casa»; este año quiero hablaros de personajes de mayor calibre, y los llamaré «los familiares de la cuadra». Como veis, no es muy difícil pasar de los unos á los otros.

¿Habéis visto esas casitas blancas de labor, colocadas de trecho en trecho á lo largo de los caminos de Flandes, en medio de un verjel florido, con techos de paja, ventanas pintadas de verde y festoneadas por hermosas parras? Entrad dentro; veréis al perro y al gato durmiendo á pierna suelta, pegados á los morillos del hogar, bajo la campana de la gran chime-

nea; pero también oiréis el sordo piafar de los caballos y el traquetear de sus cadenas que suben y bajan rozando las pesebreras. No están muy lejos: apenas os separa de ellos un ligero tabique; y hartos os lo avisa también el aire mismo que respiráis, impregnado del tufo penetrante de la cuadra.

De suerte, que la casa y la cuadra no parecen formar sino un todo: un mismo techo las cubre. Por tanto, no es nueva la materia que me propongo tratar hoy, sino que seguiré con «nuestros familiares», para que los conozcáis mejor y hagáis de ellos mayor estima.



EL CABALLO Y EL ASNO



«El primero, el más bonito, el mejor formado y el más distinguido de todos los animales sería para nosotros el asno, si no existiese el caballo. Es el segundo en vez de ser el primero, y por sola esta razón parece no ser nada.»

(BUFFÓN.)



LA cuadra es para el caballo; es su domicilio natural.

¡El caballo!... ¡Noble! ¡y cómo quisiera yo hablaros bien de él! Job, aquel pacientísimo y atribulado varón, tendido en su muladar, en medio de aquellos cascos de teja con que se limpia las llagas, y entre acometida y acometida de las que le hace su necia esposa, se acuerda del caballo, y, al punto, olvidando todas sus miserias y sufrimientos, coge la lira y le ensalza en himno magnífico. Dios mismo se gloria de haber criado el caballo, y abatiendo el orgullo del hombre, le pregunta como en son de burla:

«Dime, ¿eres tú, Job, el que ha dado al caballo la valentía? ¿Eres tú quien llena de relinchos su cuello?

»Mira; sus bufidos son terribles, su callo escarba la tierra: salta con audacia y se entra por medio de los ejércitos: desprecia el miedo y no le detienen las puntas de las espadas. Si ruedan los pesados carros de guerra y se precipitan estremeciendo el suelo; si brillan las lanzas y centellean los escudos; si rompen á una las músicas y atruenan los aires con sus sonidos, ¿qué le importan todos estos clamores guerreros? ¿Que suena el clarín?—¡Adelante!—dice el caballo, y va adonde le llama su jefe, al olor del combate, al clamoreo de los escuadrones!»

¡Oh, sí! este es el caballo; animal valeroso y arrogante, de raza tan noble, que, aun sometido á la esclavitud del freno, conserva su generosa alcurnia y grandeza, á la manera de esos vástagos de antigua cepa, que aun caídos y astrosos, llevan escrita en su continente la majestad de su abolengo.

Pero ¿qué es lo que veo junto á él?

El asno, Señores, el asno, que yo no sé por qué ironía de la fortuna tiene también su puesto en la cuadra!

¡El asno!... Solamente el nombre os hace reir, ¿no es verdad? Algunas veces me ha pasado por la imaginación dedicaros en defensa suya una conferencia; pero os voy á decir sencillamente lo que me ha hecho desistir de semejante propósito. Andaba yo forzando mi ingenio para ennoblecer á ese triste personaje, cuando he aquí que me encontré estos días pasados el carro de las Hermanitas de los pobres por la calle, llevado, no por el asno tradicional, sino por un caballo, viejo sí, pero fuerte para sus años. Trabé conversación con el pobre anciano que iba guiándolo... «¡Ah! Padre mío, me dijo, ¡qué diferencia! Este caballo hace cuanto yo quiero... pero el borrico, nuestro borrico de antes... no era yo quien le guiaba, sino que él me guiaba á mí!»

Esta reflexión acabó de decidirme. La terquedad, esa terquedad necia y estúpida, esa terquedad egoísta, en una palabra, esa terquedad de jumento, es el fondo del carácter de este animal. ¿Y le había yo de querer? ¿Me había de esforzar en defenderle?

Además, decidme, os ruego con verdad, ¿que hay de agradable y atractivo en un asno?... Una cabeza enorme, en la cual están sepultados dos ojos tristonos, medio cubiertos por grandes pestañas de color gris: una boca que á todas

lucos está indicando fastidio; el labio colgante; en la parte superior dos orejas inmensas, tupidas de pelos largos y entreverados, moviéndose perezosas y sin gracia, ya á la derecha ya á la izquierda; á continuación un cuello delgado en demasía para tanta cabeza, y con su crin pelicorta y tiesa en forma de cepillo; luego un vientre abultado y feo, sostenido por cuatro patas llenas de nudos; y en el extremo un rabo largo, pelado, que acaba en un mechón de cerdas tan ralas, que más parece resto de un escobajo echado á las barreduras de un almacén. Ese es el asno: sucio, mal peinado, lleno de lunares y raeduras, y con aquel pelaje que á uno y otro costado le cuelga en forma de pelotillas, como vedijas de lana.

En él ni hay expresión en la vista, ni vigor en los miembros, ni vida en el andar: un viejo disgustado, sin aspiraciones, sin brío, que va siempre despacio á su paso monótono, dispuesto más bien á pararse que á dar un paso, y consultando consigo mismo al sentar un pie si ha de echar ó no el otro. Como coronamiento de tantas perfecciones, y como para ganarse las voluntades, tiene el formidable *oc-oc* del rebuzno que hace retremblar las calles y campos, lanzado bestialmente por lentas sacudidas á través de aquel su cuello extendido y aquella bo-

caza inmensa, que en su abertura parece remedar la risa de un estúpido... ¡No, no podré yo nunca defender la causa del asno!

Encontramos osamentas del caballo salvaje que datan de la época terciaria; no hay gruta ni rompimiento de restos óseos que no tengan algunos del caballo. Precisamente este año, y, por cierto, en la excavación de una cantera próxima á esta ciudad, se han encontrado huesos suficientes para formar, casi por completo, tres patas delanteras de este arrogante animal. Está pues comprobado que, entre los primeros habitantes de estos valles, vivieron también bandadas numerosas de caballos, aunque en estado salvaje; del cual tampoco debía distar mucho que digamos el hombre de entonces, cuando no nos dejó ni la menor señal por donde pudiésemos colegir que le estaba sometido algún otro animal, fuera del perro. Y aun lo del perro no está muy asegurado!

¿Y qué venía á ser el caballo salvaje? Difícil parece hasta ahora contestar á esta pregunta, por haber desaparecido totalmente del globo el tronco primitivo. Los que en las diversas partes del mundo llevan este nombre, y viven á su libertad en grandes rebaños por las llanuras de

Asia, África, América y aun de Europa, en Rusia, Noruega é Islandia, descienden de caballos domésticos que han vuelto al estado salvaje; son cimarrones, no verdaderos salvajes.

Mas, como estos han recobrado la mayor parte de las cualidades propias de su naturaleza primitiva, no parece que vamos fuera de camino, si de lo que ellos son, colegimos lo que fueron sus primeros padres.

Vamos pues á fijarnos en el tarpán, como la raza mejor caracterizada.

Los ejemplares más puros los encontramos en las estepas de la Mongolia; hace cosa de un siglo, se encontraban también en el centro de la Rusia europea.

El tarpán es de mediana alzada, bien plantado, patas algo largas pero fuertes, cuello ancho, cabeza arqueada, ojos vivos pero suspicaces y malignos.

Usa dos trajes: el de verano, pardo leonado, de pelo corto y crespo, y el de invierno, casi blanco, de pelo espeso y largo, tanto que en la barbada le forma una especie de mechón: la crin es corta y espesa; la cola bien poblada y de regular longitud.

Parece estar bastante probado por una serie de estudios hechos por Dárwin, que el caballo primitivo tenía el pelo de color isabelino, una

raya oscura á lo largo del lomo, dos ó tres descendientes por la espalda, y cuatro transversales en la pierna delantera. Así, poco más ó menos, debía de ser cuanto á la forma y color el caballo salvaje. Pero dejando esto aparte, vamos á estudiar sus costumbres en tal estado, para deducir juntamente su carácter y el de su instinto.

Viven los tarpanes en manadas numerosas, no siendo raro encontrarlos por centenares en las estepas. Los de cada manada corren y brincan, pero sin desbandarse jamás. Sin embargo, todo este pueblo, porque pueblo se le puede llamar, está dividido en familias distintas, al frente de cada una de las cuales se pone como jefe un caballo, muy solícito de sus propios derechos. No se contenta con una presidencia de fórmula; ejerce verdadera autoridad. Va el primero, alerta la oreja, hinchadas las narices, el ojo avizor; en pos caminan las yeguas mezcladas con sus potritos; en fin, á la rezaga y todo lo distantes que exige el más estricto decoro, siguen los jóvenes de la familia. En este particular el jefe es inexorable: si algún emancipado se atreve á desatender la consigna, si se propasa á tal cual empresa temeraria en el terreno reservado, si no se resigna «á callar cuando los grandes hablan», bien pronto nuestro caporal se

lanza sobre él, y enarbolándose en las patas de atrás, le sopapea á redoble batiente con las de adelante... Esta es la ocasión de incesantes batallas; porque, ya se ve, aquí como en otras partes, los jóvenes son incorregibles! Por una buena temporada la cosa no pasa de ahí, quedando siempre la razón por la autoridad; pero, en fin, llega un día en que el culpable resiste y lucha á la desesperada, bufa, manotea, adentella, y la victoria balancea dudosa entre los dos... En esto comienzan de repente á revolverse las yeguas con sus potrillos; agítanse, corren, se cruzan de un lado á otro, cual si trataran de consultarse: largo tiempo indecisas, se resuelven por fin, y al separarse los combatientes, un buen grupo de ellas hacen una mueca al viejo y se dirigen al joven, con el cual forman bien pronto una nueva familia.

Este género de vida, donde quiera que la encontramos en la naturaleza, presupone siempre en el que ha de señorear la familia las cualidades esenciales á todo gobierno absoluto: vigilancia, prudencia, autoridad, valor, fuerza.

Todas las encontramos aquí. Es verdaderamente admirable ver al tarpán colocado sobre una eminencia, levantada con majestad la cabeza, muy en conciencia de sus derechos y de sus obligaciones, observar con mucha atención y

calma aquel su pueblo que está pastando en torno suyo, sin miedo ninguno y con grandísima paz. Que barrunte allá lejos algún peligro, y se le verá en seguida erguir el cuello, empinar las orejas, echar fuego por los ojos y estremecerse en todo el cuerpo... y, si se le acerca ya mucho el peligro, lanzar un relincho vibrante y sonoro.

Es la señal de alerta: al punto yeguas y potros se agrupan y toman la huida; los caballos se apiñan también á retaguardia, pero dispuestos á dar frente al enemigo. Sí, á dar frente. Comunmente se dice que, cuando son atacados, forman un círculo los caballos, vuelven hacia el centro la cabeza, y dejan para los agresores la temible potencia de las patas traseras. Pero no es así, sino que esperan al enemigo cara á cara, y se defienden con las patas delanteras, levantándolas primero cuanto pueden, y dejándolas luego caer sobre él con toda la fuerza.

Con las patas delanteras hacen además otra cosa, y es, que cuando nieva y se levantan furiosas ventiscas que van acumulando la nieve en las llanadas, suben á las alturas, á veces hasta de seis mil metros, y á manotadas van desdoblado aquella manta blanca que les oculta la yerba y el musgo. Este instinto primitivo lo

conservan siempre; y así, los caballos que han vuelto al estado salvaje en las islas Fálkland, son los únicos de entre todo el ganado indígena que escarban la nieve, poco frecuente en aquella región: por eso, cuando la nieve cae y tarda en derretirse, son ellos los únicos que sobreviven; los demás perecen de hambre. Tal vez sea resabio de esta primitiva costumbre la que aún tienen muchos caballos de patalear y de escarbar el suelo.

Conocí hace tiempo un alazán de raza rusa, el animal más elegante y hermoso que jamás he visto: en cuanto se le hacía alguna caricia tocándole el cuello, comenzaba á dar golpecitos suaves con el pie derecho, y movía la cabeza como para decir: «¡Dejadme en paz, que me incomodáis!» Y no era así, sino que encontraba mucho gusto en aquellas caricias, y se lo manifestaba de aquella manera á sus amigos.

Volviendo al tarpán, este se ha encariñado de un modo extraordinario con la libertad é independencia propias de la vida salvaje, y por esto, cuando cae en el lazo y le ponen á la cadena, muere desesperado. Los mogoles han hecho extremos por sujetarle y domesticarle, pero no han conseguido nunca tenerle más de dós años. Y tan grande es su amor á la libertad, que si por desgracia encuentran los tarpanes

algún carruaje tirado por hermanos suyos, ya se puede dar por perdido... Toda la manada acude en seguida, y acomete ferozmente; por más que los viajeros griten y clamoreen, por más latigazos que les descarguen, aunque disparen contra ellos todas las armas de fuego que quieran, nada contiene á los salteadores: cercan el carruaje, le hacen añicos á coces y á dentelladas, arrancan los arneses, quitan los ramales... y no cesan sino cuando sus compañeros, turbados y desorientados por aquella demostración de cariño que no aciertan á explicar, se ven libres como ellos y pueden como ellos lanzarse relinchando, por entre aquellos desiertos sin límites.

Lo repito, así debía ser el caballo salvaje la primera vez que se apoderó el hombre de él, y pretendió domesticarle en provecho propio.

Fácil es subir á la especie salvaje de que descienden los asnos domésticos de nuestros días.

Notemos en primer lugar, que no se halla ningún rastro de ellos en los terrenos prehistóricos de Europa.

El asno salvaje vivió solamente en las regiones de Asia y África, donde se encuentran aún hoy el hemión, el asno Kiang, el onagro, etc.,

especies todas que sólo se diferencian entre sí por cualidades de poca importancia, y todas llevan las señales características del asno, á saber: orejas largas, crin recta y corta, cola casi pelada, casco ovalado, las dos fajas oscuras cortadas en cruz sobre el lomo y espaldas, y á la altura de la rodilla, unas veces más arriba y otras más abajo, una especie de triángulo de pelo negro.

Según Dárwin, los asnos domésticos descienden primitivamente del *asinus taeniopus* de Abisinia; pero es probable que esas diferentes especies que acabo de citar, fecundas todas entre sí, se han cruzado para formar aquel tipo. De todos modos, Señores, resulta que los asnos de la selva son personajes muy diferentes de los domésticos que conocemos nosotros. No pretendo por eso afirmar que todos sean unos buenos mozos... Pero ¿lo son quizás todos los individuos del género humano?

Hablando más en particular, el asno de Abisinia no es del todo desagradable; la cabeza no es tan abultada, ni tan largas las orejas, y además las lleva con gracia: tampoco tiene aquel vientre tan grande colgando entre las patas, y por último, como se le cuide bien después de cogido y domesticado, conserva el pelo liso y dócil.

Además, no podemos juzgar del asno doméstico por los domésticos de estas regiones nuestras; porque los nuestros son verdaderamente feos, son asnos del Norte: pero los asnos de la Arabia y Egipto!...

En tiempo de Chardín llegaba á valer en Persia un asno bueno hasta 400 libras; aun en nuestros días, el asno de silla se vende en Egipto por un precio que oscila entre 500 y 1.800 francos de nuestra moneda!

Hay que confesar, sin embargo, que ni en las regiones del Norte, ni en las del Sur, se diferencia notablemente el asno de sus antepasados salvajes; por regla general, es de mediana marca, y esto ya es una señal de haber degenerado: no ha ganado ni en fuerza ni en agilidad, y no se ha hecho con él lo que se ha hecho con el caballo, y ménos todavía, lo que se ha hecho con el perro, transformarle en razas tan diferentes, conforme á las diferentes necesidades del hombre.

¿Y por qué habrá sido eso?

¡Si habrá llevado hasta ahí el asno su terquedad! ¡Si se habrá manifestado siempre reacio al procedimiento que hemos llamado selección artificial! ¿Habrá tenido que ceder la voluntad del hombre ante la voluntad del asno? ¡No! El secreto de esa persistencia de formas, de ese

statu quo del asno es muy fácil de descubrir. No ha querido el hombre, y se acabó la cuestión.

La educación científica de una especie animal importante, como lo son estas de que tratamos, exige en quien la dirija dos condiciones esenciales, ciencia en alto grado y fortuna no pequeña; porque ambas cosas supone la elección de reproductores, fundamento principal de todo este mecanismo.

Ahora bien, en estas nuestras regiones en que está bastante extendida la cultura intelectual, lo que vemos es que el asno está generalmente despreciado: el experimentador sólo atiende al caballo; el asno es patrimonio del pobre, que no sabe gran cosa de mejorar el ganado, y se limita únicamente á aprovecharse lo que pueda de él. En las regiones del Sur, en que se ve más honrado el asno, es labor casi por completo desconocida la formación de una raza nueva en cualquiera especie doméstica; y todo el cuidado de los borriqueros se extiende, á lo sumo, á conservar la raza actual mezclándola de cuándo en cuándo, si la ve perderse, con la del onagro ó la del hemión. Valga pues lo que valga, á ellos se debe el que se hayan conservado en el asno las cualidades primitivas.

Nosotros las hemos dejado perder miserablemente.

Sigamos más de cerca aún, si os parece, la acción del hombre sobre el caballo y sobre el asno salvajes, y veréis cuánto más clara aparece esta observación. Consideremos, pues, ya al hombre en posesión de una bandada de tarpanes y de onagros... ¿Qué hará con ellos?

Notadlo, Señores; ya ha transcurrido mucho tiempo desde que se comenzó la labor; ya hace mucho que tiene el hombre domesticados á estos salvajes.

En las ruinas de Persépolis se han encontrado dibujos de jeroglíficos que representan caballos, unos montados y otros uncidos á un carro de guerra. David cogió 17.000 caballos á Adarezer, rey de Soba, en una batalla; Salomón tenía 40.000 caballos de tiro y 12.000 de silla: y los compraba á muy alto precio; uno sólo, sin duda sería para criar, le costó 150 siclos de plata, que son 7.716 francos de nuestra moneda; canta Homero en su *Iliada* las yeguas de Príamo, las 3.000 yeguas de Erictón y el número igual de potros magníficos.

Pues para juntar en tan gran número estos animales tan nobles, menester era haberse pasado ya buen número de años desde los primeros ensayos hechos para domesticarlos.

Por otra parte ¿á qué viene admirarnos de que desde el principio tuviese el hombre la inclinación, mejor diré, la pasión de sujetar á un animal tan útil y tan noble?

La domesticidad del asno es, por lo menos contemporánea, si no anterior á la del caballo. Abraham, Isaac y Jacob tenían asnas, y de ellas, así como de sus camellos y carneros, hace mención la Sagrada Escritura; pero no tenían caballos, puesto que los hebreos no los usaron hasta que volvieron de Egipto.

Homero cree dispensar á Ajax una honra muy grande comparándole con un asno: permitidme recordaros, á este propósito, el pasaje en que tan al vivo se pinta lo que en tiempo de Homero era este animal, y lo que sigue siendo aun hoy.

Los Troyanos vencen, y Ajax se ve obligado á pelear en retirada; pero retrocede paso á paso, y no contento con esto, aún se revuelve en repentinas y esforzadas acometidas, y cae precipitado sobre el enemigo, el cual se detiene al ver tanta valentía y tanto coraje. Pues ved cómo ilustra el gran épico esta valentía: «Así como el animal lento y perezoso, pero sufrido y robusto, se mete por un gran sembrado, sin que logre detenerle el esfuerzo de multitud de chiquillos que se cansan de romper palos sobre sus cos-

tillas; sino que á pesar de tantos golpes, el asno penetra en la espesura de los trigos y los destroza, y no sale de ellos hasta saciarse de espigas»... (1).

Homero me perdone; yo no acierto á ver el coraje de Ajax en la terquedad de un burro. Mas esto me aparta de mi pensamiento principal.

Según todas las probabilidades, fué el Asia central donde por primera vez se redujo á domesticidad al caballo. De allí pasó por una parte á la China y al extremo Oriente, y por otra al Mediodía y á todas las regiones occidentales. En cuanto al asno doméstico, su patria primitiva fué la Arabia; de aquí pasó á Egipto y á Judea, de aquí á Grecia, de Grecia á Italia, de Italia á Francia, luego á Alemania, á Inglaterra á Suecia y á todo el Norte.

Es cierto que en tiempo de Aristóteles, hace dos mil años, aún no era conocido el asno en Francia, ni en Alemania, ni en el centro y norte de Europa.

Doscientos años después, Poppea, mujer de Nerón, tenía una manada de 500 burras, para sacar la leche en que todos los días había de bañarse, con objeto de conservar la suavidad y blancura de su imperial cutis.

(1) *Ilíada*, cap. XI, v. 558 y sig.

Resulta, pues, que el hombre ha empleado siglos en formar estas dos razas; pero no es solo tiempo lo que ha empleado; ha empleado además el instrumento más eficaz de todas las obras grandes, ha puesto en eso, á lo menos por lo que hace al caballo, su corazón, su amor.

El año pasado os hablé del amor del hombre hacia el perro; pues bien, el que tiene al caballo es mucho más grande. Aquí podría yo ahora recordaros á Calígula, que mandó hacer para su caballo favorito, cuadra de mármol, pesebre de marfil, arneses de púrpura y collares de finísimas perlas; y no contento con eso, le daba vino en copa de oro, y hasta soñaba en hacerle cónsul. Esto es más que amor, es locura: más aún que locura, es necesidad... Y bien puede un hombre, según dice el proverbio, estar loco de amor, pero no estúpido. No pretendo entreteneros con ejemplos tan extravagantes; pero oíd este himno de amor que va ondulando por el desierto y se extingue á lo lejos sin eco, bajo el azulado cielo del Sahara:

«¡Oh corcel mío! ya te veo dispuesto á lanzarte á la carrera, brillante como los rayos del sol.

»Los crenchas que flotan sobre tu frente, son como los cabellos de seda de la joven agitados

por la brisa oriental; tu crin es la nube hinchada del mediodía, suspendida en los aires.

» Tu cola es hermosa, como el vestido flotante de la prometida del príncipe.

» Tus ijares brillan como los ijares del leopardo que se va deslizando agazapado para saltar sobre la presa.

» Tu frente es un escudo hecho á cincel por hábil artista.

» Tus ojos son dos estrellas gemelas que brillan en negro cielo.

» Tu paso es rápido como el del corzo que se ríe de los cazadores.

» Tu galope es la nube arrebatada por la tempestad; pasa por los collados retumbando como el trueno.

» Ven, corcel mío, delicias de Hommiáh; bebe la leche de las camellas, y apacientate de las yerbas y flores perfumadas.

» Y si yo me muero, muere conmigo tú; juntos nos lanzaremos por los espacios celestes».

¿No es amor esto?

Permitidme otra vez citar un canto precioso de los árabes:

«No digas que este animal es mi caballo: di que es mi hijo! Corre más veloz que el viento, más veloz que el viento de huracán, más veloz que la mirada que recorre la llanura. Es puro

como el oro: su vista atraviesa las tinieblas. Da alcance á la gacela en la carrera. Al águila dice: «Allá voy como tú». Cuando oye los gritos alegres de las jóvenes, relincha de contento. Su corazón se estremece cuando oye silbar las balas. Con su casco pisa el rostro del enemigo. Cuando puede saltar y correr con libertad, se le caen las lágrimas de los ojos. Que el cielo esté sereno, ó que el viento de la tempestad extienda delante del sol nubes de arena, ¿qué le importa la tormenta?... la atraviesa como la golondrina. ¡Ah, es un hijo verdadero de Adán!»

Nadie concibe sin gran dificultad una oda entusiasta cantada en honor de un asno. Sin embargo, un gran poeta contemporáneo le ha dedicado un volumen entero; confieso ingenuamente que no he tenido valor para leerle todo, y eso que le he tenido mucho tiempo delante de mi mesa solicitándome con las letras gordas del título. Pero no le he acabado de leer. Lo que sí os diré, es que al jinete asnal de Egipto le han dedicado una canción compuesta de cuatro coplas largas, en la cual se habla casi de todo, de la columna de Pompeyo, de la aguja de Cleopatra, de los jardines de Moharrin-Bey, de los europeos de semblante rubio como la puesta del sol, de los coptos cuyo manto de seda negro se hincha con el viento, como las velas de una

fragata; pero de su borrica... de su asna... sólo una palabra en el estribillo... ¡y qué palabra! ¡qué estribillo!

«Eh!... Eh!... ¡Anda, borrica! ¡Anda borrica! ¿Qué? ¿No tienes tú cuatro patas? ¡Pues yo tengo sólo dos y voy más aprisa que tú!»

No es esto muy lisonjero que digamos, como veis.

Dejemos por un momento al pobre asno.

Decíamos que el amor y el interés han guiado al hombre en la formación de las razas del caballo para los usos domésticos; y bien se comprende que, impulsado por estos dos motivos, haya puesto un esmero sin igual por salir con su intento. Bastará con aducir una prueba: los encargados de esa formación han sentido en todo tiempo necesidad de llevar un registro de la genealogía de sus caballos, como se lleva la de una familia cualquiera.

Pues el resultado, Señores, ha correspondido á tantos y tan prolijos trabajos. Por medio de la selección artificial ha conseguido el hombre su objeto en la formación de las razas del caballo doméstico.

Vió que del caballo salvaje podía obtener dos cosas muy opuestas, un animal de tiro y otro

de carrera. Para lo primero tenía que aumentar el peso, la masa y, si puedo expresarme así, la pesadez; para lo otro necesitaba, por el contrario, quitar peso y masa, afinar los miembros, acerar los músculos, y poner tirantes los nervios.

Pues bien, comparad ahora con el tarpán ya descrito, por un lado el caballo de labor, flamenco, ó mejor aún, el de los cerveceros ingleses del Lincolnshire, y por otro lado el caballo de carrera, inglés ó francés: es imposible que, al hacer esta comparación, no quedéis admirados extraordinariamente del resultado.

Observad ahora cómo, de cualquiera manera que se os antoje enganchar el caballo de tiro, su esfuerzo se ha de dirigir á empujar con todo su peso contra la collera á la altura de los lomos; de suerte que el peso es siempre la medida del esfuerzo, y por tanto importaba mucho aumentar la masa del animal, desarrollando la osamenta y los músculos.

En la actitud que toma el caballo al tirar, los pies le sirven, sin duda alguna, como de eje de rotación, y también como de punto de resistencia; y, por lo mismo, se necesita que sean anchos y planos, para que tengan más base y sea más firme el apoyo.

Colocada demasiado alta la espalda, consumiríase una parte de la fuerza en sostener la

carga al tirar, y sería fuerza perdida; por eso conviene que sea bajo de piernas el animal.

Y así ha sucedido, Señores. Porque con lo dicho os he retratado exactamente el caballo del Lincolnshire, del antiguo Suffolk, del cual encontraréis un tipo próximo en los potentes caballos antuerpienses. Pocos hay que á la edad de dos años no lleguen á cinco pies y medio de marca; los miembros extremos, cortos, anchos y macizos sostienen un tronco repleto de músculos: el cuello, muy fuerte, elegantemente arqueado, estremeciéndose bajo el oleaje de la crin, lleva pesadas colleras con la misma facilidad que un dedo lleva su anillo.

Es cosa que da gusto ver un tiro de caballos al arrancar: da primero el caballo con suavidad los primeros empujes y como dudando de poder mover el carro y la enorme carga que lleva; pero al grito del carretero, con la cabeza baja, extendidos los pies, tirante el freno, echando espuma blanca por la boca y humo por las narices é irguiendo el cuello, carga hacia adelante toda la fuerza de su masa, estíranse las cadenas, chilla la lanza, rechinan los ejes, cruje toda la armazón, y comienza toda aquella mole á rodar, haciendo retemblar todo el suelo con un ruido sordo sobre el empedrado, que se va hundiendo á medida que las llantas pasan por él.

Señores, me había propuesto dejar á un lado, á lo menos por un poco tiempo, al asno: pero ¿cómo no traerle á cuento al llegar aquí? ¿Cómo el espectáculo de este brioso tiro que arranca con toda su fuerza sólo con oír el grito del conductor, no había de recordaros otro espectáculo bien diferente?

¿Quién no se ha encontrado alguna vez con un asno que tirando de algún carro y llegando á ese momento psicológico, muy frecuente en su vida, de decir *nones*, se planta y... se obstina en no dar un paso? Ahí le tenéis, fijas como estacas las cuatro patas, pegadas al cuello las orejas... inerte... El amo grita y reniega... maldice... Sí, sí... ¡bastante cuidado le da esto al asno!... Tiran del ramal hasta romperle... ¡Que si quieres!... El asno levanta la cabeza á cada sacudida, luego la deja caer haciendo visajes con la cara y frunciendo la frente, pero... no se moverá ni un punto de su sitio...

Le dan latigazos con todas las fuerzas sobre las costillas, la cabeza, el cuello, el vientre, las patas... y nada se consigue; os digo que no se moverá ni un paso!... Se desespera el dueño, y cogiendo el látigo por lo más delgado del palo, descarga sin compasión golpes sobre la piel y las costillas... se oye el ruido seco del baqueteo... ¡Cuando yo os digo que el jumento no se

moverá!... Hay un medio, y es, empujar el carro y las ruedas y mover al burro con el carro... Pero, á tanta costa, sería preferible uncirse uno á sí mismo, porque de este modo á lo menos no habría que llevar al asno.

No queda ya verdaderamente más que una cosa, aunque si el hombre es de talento, por ella ha de empezar... y es, armarse de paciencia, y esperar con resignación á que al asno le dé la gana de echar á andar.

Concibo que, entre educar al caballo y educar al asno, haya escogido el hombre educar al caballo.

Hemos visto, Señores, que entre el tarpán primitivo y el caballo del Lincolnshire hay un abismo: mas este abismo es aún mucho mayor, si comparamos el caballo del Lincolnshire con el caballo de carrera; en este caso la distancia se duplica.

¿Será menester describiros el caballo inglés de *pura sangre*, cuya genealogía, consignada en documentos públicos, se remonta á varios siglos?

Alto de piernas, cuerpo delgado y largo, la piel tan fina y transparente, que se ve correr la sangre por las venas que la jaspean; lomos

poderosos, espaldas anchas, grupa fornida, piernas delgadas y muy bien hechas, cara dulce pero altanera; las narices, sumamente movibles, dan con sus movimientos á todo el semblante no sé qué expresión de vida y de valentía: tal es el caballo inglés.

No hay que pedirle gracia ni siquiera flexibilidad: es duro para el trote, rebelde á los ejercicios y maniobras militares. No le ha formado á ese fin el hombre; le ha formado para la carrera en línea recta, y en esto no hay quien le iguale.

Voy á citar algunos ejemplos:

Según Brehm, el *Flyng Childers* recorría en seis minutos y cuarenta segundos una pista de veinte mil ochocientos ochenta y cuatro pies ingleses;

Firetail corría una milla inglesa en sesenta y cuatro segundos;

Germain ochenta y cuatro pies por segundo;

Cónsul, en el año 1879, dieciséis metros y treinta y dos centímetros por segundo;

Eclipse, el ilustre alazán *Eclipse*, que había tenido por madre á *Spiletta*, y descendía por *Regulus* del célebre *Godolphin-Arabian*, saltaba cien pies en cuatro saltos y corría cincuenta y ocho pies por segundo, es decir, diecisiete metros y cincuenta centímetros por segundo. Un

tren exprés no anda en el mismo tiempo sino de catorce á quince metros. Y aún no se llegó á conocer toda la velocidad de este animal, porque en la carrera no le hostigaban ni la espuela ni el látigo, sino la simple vista de un rival, por cuyos bríos iba él midiendo su velocidad, contentándose con tenerle detrás.

Á fin de que podáis juzgar de las cifras dichas, aquí tenéis la lista de la velocidad ordinaria del caballo:

Á la sirga.....	0 ^m ,50 por 1''	
Rodaje.....	1 ^m ,00	»
Transportes militares.....	1 ^m ,20	»
Trote corto en coche ligero..	2 ^m ,80	»
Trote ordinario.....	3 ^m ,30	»
Galope de tropa.....	4 ^m ,44	»
Trote de carrera.....	9 ^m ,00	»
Galope de carrera.....	13 ^m ,00	»
<i>Pactole</i> al trote en el año 1875.	10 ^m ,00	»

Eclipse no estuvo más que diecisiete meses dedicado á la carrera, y en este tiempo ganó por premios... 25.000 libras esterlinas. Con estos premios, las enormes apuestas, y las ganancias de la reproducción, adquirió Wilderman, su dueño, una fortuna de 200.000 libras, ó sean ¡cinco millones de francos! Y cuando vendió el *Eclipse*, con cinco descendientes más, sacó aún otras 25.000 libras, y una pensión vitalicia de 500.

El caballo inglés de carrera desciende, según Dárwin, de la mezcla de sangre árabe, turca y berberisca; pero, según advierte el mismo, la educación y el buen tratamiento han formado una raza completamente distinta de aquellas primitivas.

También Francia ha querido crearse su propia raza de caballos de *carrera*. Al efecto se abrió el año 1837 un registro ó matrícula en los archivos del Estado, en los cuales se ha conservado desde entonces la genealogía de los caballos franceses, con la misma escrupulosidad con que se llevan las listas de las personas de la nobleza. El registro se abrió con 215 caballos padres ingleses y 270 árabes, berberiscos, persas y turcos. Esto por una parte. Por otra, se encabezó con 274 yeguas inglesas y 41 naturales del Oriente.

De este registro salió *Gladiator*, hijo de *Monarque* y de *Miss-Gladiator*, el célebre *Gladiator*, primer caballo francés que se llevó la palma del Derby inglés; aquel *Gladiator*, en cuya honra se iluminó todo París como en los días de las más brillantes victorias nacionales; aquel *Gladiator* que se ganó el entusiasmo y el amor de todos los corazones franceses, y que, sin preocuparse de tanta gloria y de tantas conquistas, se mantenía neciamente con un

pienso de avena, después de haber ganado para su dueño, en solo un galope de dos minutos, 107.625 francos.

Entre estas dos razas extremas, del caballo de tiro del Lincolnshire, y el caballo de carrera de *pura sangre*, vienen por su orden, habiéndose modificado gradualmente, un número de razas intermedias, destinadas á la labor, al tiro, á la caza, á la guerra, etc. Todas no las puedo enumerar, porque molestaría vuestra atención; bastará haberos detenido en la descripción de los dos tipos extremos.

Los cuales, á mi juicio, prueban bien la tesis que os propuse al comenzar estas conferencias, es á saber: que el hombre forma á su capricho las razas domésticas; que su inteligencia discursiva, á la vez que concibe el fin que se propone y la conveniencia de los medios que le lleven á dicho fin, llega á realizarle con habilidad verdaderamente maravillosa.

Ahora, si ese fin que con esto se propone el hombre, es siempre justo y recto... esto ya es otra cuestión... y aunque un poco ajena del tema de esta conferencia, no me puedo dispensar, ni vosotros mismos creo me dispensaríais, de examinarla al llegar aquí.

Pregunto, pues, ¿qué fin útil se proponen é intentan los que se dedican á la cría de esas razas de caballos destinados á la carrera? Observad que son muchos, que cada año aumenta más ese número, y que la mayor parte de los gobiernos los subvencionan con largueza.

¿Por qué?

¿Qué servicio presta á la sociedad el caballo de carrera? Averigüémoslo juntos, si os parece bien.

Comúnmente sirven los caballos destinados á la carrera, para celebrar esas luchas solemnes y públicas del *sport*, que se repiten todos los años y cuyo espectáculo habéis podido presenciar vosotros mismos aquí este verano. En estas carreras se trata de que el caballo recorra en un espacio de tiempo, tan rápido como el sueño, una pista, sembrada muchas veces de obstáculos terribles. El pobre animal se lanza á correr, pasa á través de todos los obstáculos como una flecha, y llega á la meta sofocado, jadeante, y completamente desgarrado por la sangrienta espuela.

El resultado final de todas estas jornadas es el siguiente: gastos enormes en apuestas descabelladas, romperse á veces el *jockey* una ó ambas piernas, ó varias costillas, y exponer al mismo caballo á graves peligros, hasta tenerle que ma-

tar en el acto. En suma, que con ocasión de los caballos, se ha dado una fiesta que ha permitido á los grandes del mundo ostentar sus troncos y sus carrozas, á las señoras lucir sus *toilettes*, y á los jugadores entregarse á los azares palpitantes de la fortuna. En el Derby de 1867, apostando el capitán Nachell en favor del *Hermite* con el duque Hámilton, puso 150.000 francos contra cuatro millones!

No sólo luce el caballo de carrera en las apuestas, sino también en los paseos; el dueño entonces le presenta con orgullo, y le hace recorrer con majestad los bulevares de nuestras ciudades populosas.

Y con esto se acabó el servicio de este caballo.

Su vertiginosa rapidez, á no ser en casos muy excepcionales, es absolutamente inútil. Porque en unos tiempos en que cubren el suelo las vías férreas y las redes telegráficas, con mallas cada vez más estrechas, jamás se le ocurrirá á nadie la idea de emplear para el transporte ó para la posta esos caballos, por ligeros que sean.

Luego hay que tener en cuenta también que los tales caballos no duran mucho y sus alas se caen pronto.

De modo que, en definitiva, resultará que el caballo de carrera no es sino un objeto de di-

versión más ó menos fútil; y que el hombre, al educarle, sólo tiene en cuenta un capricho, una frivolidad, una niñería.

Sin embargo, Señores, hemos de ser indulgentes con esas buenas personas. Es tan triste esta miserable vida del hombre sobre la tierra, que no estarán demás algunas diversiones por frívolas y ligeras que sean. Toda la cuestión está en buscar estas diversiones con moderación, y jamás con mengua del honor ó de la justicia.

Pero hay otra cosa mejor, un servicio mayor y más digno que nos pueden prestar estos nobles animales. Su carrera vertiginosa no es de utilidad inmediata: pero nuestros caballos de tiro y de remonta tienen necesidad de nervio y arranque, y precisamente, mezclando su sangre con la de los corredores, es como adquieren esta preciosa virtud. De manera que, aunque no hubiese otra ventaja en la conservación del caballo de carrera, que la de perfeccionar con sabios procedimientos las razas de tiro y de silla, habría razón suficiente para justificar el cuidado que de él se tiene.

Añadiré un hecho, para mostraros cuán profundamente ha llegado el hombre á grabar su sello en la sangre de esos caballos escogidos. *King Herold*, caballo de carrera inglés, casi

tan célebre como *Eclipse*, ha tenido entre sus descendientes 497 caballos vencedores. *Eclipse* no ha tenido sino 334.

Pero, Señores, también se celebran aún, en ciertas ciudades de nuestra tierra, carreras de asnos...

Jamás me ha cabido la buena suerte de asistir á ellas, pero me parece que debe ser sumamente curioso semejante espectáculo.

Para montar sobre un borrico, se necesitan verdaderamente condiciones excepcionales; y por de pronto, la primera ha de ser carencia absoluta de amor propio. Porque el hombre, que puesto á horcajadas sobre un burro, tiene que correrse muy atrás hasta sentarse sobre las ancas, y por fuerza necesita levantar las piernas si las tiene algo largas, so pena de añadir otro par más al jumento, ese hombre, digo, por elegante que sea, y á pesar de todas sus excelencias personales, será siempre un jinete ridículo!...

Y en cuanto á la montura... no digamos nada; peor aún!... Un burro que va á galope, echando siempre hacia adelante la cabeza enorme y las menudas orejas que la adornan, cayendo sobre las débiles patas delanteras, para levantar al mismo salto toda la carga que lleva atrás y su rara cola..., ¡oh, sí..., debe ser cosa muy divertida!

¿Y le dará gana de correr al burro?

Tuve yo, Señores, en mis tiempos un asno llamado *Calás*, heredado de mi abuelo. Estaba yo entonces en el tercer año del bachillerato, y el fruto que saqué de mis estudios fué, que preguntando mi padre al Superior al fin del año: «¿Qué ha hecho este año mi hijo, señor Superior?» éste le contestó: «¡Ay, caballero, no ha estudiado una palabra!» Vendieron entonces á *Calás* y tuve que repetir el tercer año!...

Pero, en fin, cuando yo tenía á *Calás*, en los días de paseo me lo ensillaban, me lo embridaban, montaba yo en él lo mejor que podía, y salíamos á campaña... sí, ¡á campaña!... porque aquel paseo era verdaderamente una serie de batallas!...

Yo iba muy ufano sobre el borrico, pero un punto negro turbaba mi orgullo de caballero. Me seguía siempre—así lo quería mi madre— una criada que era una buena alhaja flamenca, enjuta, cenceña, descarnada como un esqueleto, y á más... vieja: se llamaba Francisca—Cisca como dicen por mi tierra—pero tan bien plantada, que seguía, sin cansarse, el trote del borrico; una mujer, en fin, á propósito para el caso. Pues bien; cuando el estúpido de *Calás* se cansaba de andar, se paraba á mitad de camino y daba media vuelta; yo entonces, castigándole con las bridas y los talones, conseguía hacerle

andar otra vez, pero á los pocos pasos el tunante, como en venganza, metía la cabeza entre las patas, trotaba un poquito, soltaba al aire su par de traseras... y por lo regular, me hacían apeaar por las orejas... rodando á un lado ó á otro por el suelo de arena... ó de barro!

La valiente Cisca—que santa gloria haya—daba entonces al burro una buena somanta, y me montaba sobre él. Però era para repetirse la misma historia de antes, porque en seguida me veía yo por los aires siguiendo la misma trayectoria.

Al cabo de dos ó tres tentativas, coronadas con el mismo éxito, no teníamos más remedio que ceder al capricho del orejudo, y volvernos á casa.

Tenía razón aquel anciano de las Hermanitas de los pobres cuando decía: «No guío yo al borrico, sino el borrico me guía á mí».

Pues poned ahora en línea cinco ó seis *Calás* de esta catadura con sus *jockeys* en las ancas, soltad la cuerda, y figuraos la carrera que darán por un hipódromo!

Es de notar que el hombre no buscó en la formación del caballo doméstico más que el desarrollo y el perfeccionamiento de sus huesos,

músculos y nervios: el desarrollo del instinto no le importó gran cosa. Así que, puso desde luego en lo primero toda su atención sin inquietarse de lo segundo, y por tanto, el instinto del caballo—con mayor razón el del asno—quedó absolutamente fuera de las atenciones del hombre, siendo casual y completamente involuntario lo que alguna vez quizás haya hecho en pro del instinto.

¿Qué ha de suceder con la formación que se intenta en estas condiciones?

Que no será, claro es, perfeccionamiento del instinto lo que hemos de esperar, ni tendremos nada de lo que vimos el año pasado en los perros de guarda, en los de caza, en los de San Bernardo y en los libertadores de Terranova. Sin embargo, ya que no se perfeccione, puede ese instinto conservarse, á lo menos, y no bastarse; pero con una condición, Señores, y es, que continúe en ejercicio. Porque sucede con el instinto lo que con los miembros, que el ejercicio los doma y vigoriza, el reposo los atrofia y entorpece: el instinto que durante varias generaciones sucesivas queda adormecido, pronto queda muerto.

Pues á la luz de estas ideas es como hemos de estudiar el instinto de los animales de cuadra.

El caballo, lo he dicho ya, era amante de la libertad y de la independencia.

Ese mismo amor tenía el asno. El hemión en las estepas del Asia, y el asno el-Wadí en las de África, están continuamente acechando el momento de sacudir el yugo y poner su libertad al abrigo de cualquier tentativa; y si la astucia del hombre triunfa de ellos, los encadena y los vence, no por eso se hacen mansos. Considerándolo como un triunfo, escribía Geoffroy Saint-Hilaire á Wéiland: «Nuestros hemiones no están aún hechos al coche, pero creo que lo conseguiremos, á lo menos con los machos. Ya hemos hecho dos tentativas, y han sido satisfactorias». El onagro se doma mejor, sólo que para lograr enseñarle bien, es menester cogerle muy joven.

Pues tanto en unos como en otros han extinguido ese amor tan grande á la independencia, la fuerza de las cadenas y la larga costumbre de esclavitud...; ya la esclavitud les es casi natural.

¿No habéis visto alguna vez un caballo ó un asno en el campo? El cercado que les rodea, muchas veces es una barrera de estacas unidas por una cuerda, ó una zanja de poca anchura.

Claro está que el caballo pasaría fácilmente zanjas de doble anchura y que de un salto salvaría estacas y cuerdas: lo propio haría el asno. Pero ni han pensado ni pensarán nunca en tal

cosa. Si alguna vez tiran las estacas rascándose el cuello ó el lomo, no es para escaparse, porque se quedan allí al lado con los ojos muy abiertos y muy asombrados de lo ocurrido.

¿Y la libertad?... Ved de qué manera la entienden. Lléalos el mozo del ramal al prado, abre la barrera y los suelta. El caballo levanta la cabeza, da un resoplido, y emprende á través de la yerba un galope entre saltos y respingos, carrera loca que dura un momento... y luego... se acabó; baja el cuello, huele los aromas para él sabrosos del verde, y se pone á pacer con toda paz.

El asno á veces hace más; porque la frescura del prado le convida á un ejercicio muy singular. Se echa, cuan largo es, de un lado, y extendiendo las patas, se ejercita en voltear sobre el espinazo... trabajo no fácil para el asno que esté algo flaco: hace después un esfuerzo para levantarse, y luego otro y otro hasta que al fin lo consigue; pero muy pronto vuelve á caer con una pesadez más que de plomo y ridícula. Terminado este desahogo y ejercicio de gimnasia particular, se pone, como el caballo, á pacer...

Para ellos la libertad no es más que esto.

Tácito ha estigmatizado con una frase célebre á uno de aquellos tiranos romanos que son la vergüenza de la historia: *Memoriam quoque*

ipsam cum voce perdidissemus, si tam in nostra potestate esset oblivisci quam tacere. Quería, dice, obligarnos á olvidar, no solamente el nombre, sino hasta la memoria de la libertad.

Cierto es que, como no han tenido nuestros animales de cuadra nombre que olvidar, han olvidado por completo lo que podían olvidar, la cosa misma.

Y no podía suceder de otra manera.

Porque, ¿á qué se reduce la vida del caballo y la del asno? Uno y otro trabajan á la hora que el amo quiere; comen, beben y se asean á la hora que quiere el amo... ¡viviendo siempre como esclavos, siempre en esclavitud! Buscad en su vida de treinta años una hora siquiera de libertad; preguntad si han disfrutado de una hora de iniciativa propia, y no la encontraréis. Los ha formado el hombre para la esclavitud, y les ha quitado de la cabeza, vuelvo á decirlo, hasta la idea misma de libertad.

Una cosa me admira, y es, que vida semejante, continuada por tantas generaciones y á través de tantos siglos, no haya tenido mayores consecuencias en todo el instinto del animal, y que aún se conserven algunos rasgos magníficos de su primitivo estado.

Aquel tan grande amor á la libertad, ahora tan muerto, se ha transformado en una gran

disposición para obedecer. No hay duda, conviene educar al caballo joven, pero la educación, más que domarle, se propone hacerle entender el lenguaje mudo del freno, de las rodillas, de la espuela, y sobre todo de la voz. Y concluída esta escuela, ¡qué hermoso es ver al caballo bajo la mano de su amo!

Miradlos; ahí tenéis cuatro caballos enganchados de dos en dos á la *troïka* rusa: estremeciéndose fogosos debajo de sus arneses é impacientes por echar á andar, muerden y hacen saltar los frenos entre los dientes, y sacuden las riendas balanceando sus lustrosas cabezas. Los va á guiar la mano de una mujer; mas ¿qué importa? Recoge las riendas de las guías, acomoda sobre las rodillas las pieles de lobo que la han de preservar del frío y de la nieve, echa la última mirada á todos los arreos, y todo lo encuentra en punto. «*Vio!* ¡Hala!» dice la dama, y como una flecha al salir del arco, se lanzan los caballos atravesando llanuras y cruzando bosques. Una sola palabra los ha hecho volar, y una sola palabra los parará; una sola palabra dominará su fuego. «*Vitcha!* izquierda; *aïta!* derecha; *toi!* pára;» y obedecen! Y cuando lleguen al término de su viaje, otra palabra también, ó alguna caricia, ó quizás un beso, será la única recompensa que desean.

¡Habéis visto á este bravo animal en las maniobras ó ejercicios de alta escuela? Con la vista chispeante y echando humo por las narices, al sentir la mano del escudero, va llevando el compás que le toca la banda, con todas las variaciones aun las más inesperadas del tema: á un simple movimiento de la rienda, echa á correr; á una presión de las rodillas, se pára; siempre grande, siempre noble en sus actitudes, dando á conocer en medio de la sumisión más perfecta, la fuerza más grande pero perfectamente contenida.

¡Ay, Señores! Nada semejante á esto tengo que deciros del asno. No le tengo mala voluntad, creédmelo. Hablando de él, dice Sterne en alguna parte: «Yo no puedo castigar á este animal; porque hay en él tal paciencia, se ve descrita en sus miradas y en todo su exterior tal resignación, y aboga en su favor de tal manera todo esto, que á mí me desarma hasta el punto de no poderle decir una palabra fuerte. Siempre que le encuentro, sea donde quiera, en la calle ó en el campo, atado á un carro ó cargado, en libertad ó en esclavitud, siempre tengo alguna palabra de elogio que decirle». Yo también siento en mi interior todas esas buenas disposiciones de Sterne respecto del asno; pero... ¡qué queréis! á pesar de toda mi buena volun-

tad, no puedo, no, deciros que es obediente el asno! El asno no es obediente; cuando hace lo que quiere el amo, consiste en que lo que el amo quiere le gusta también á él.

¿Y es esto obediencia?

¿Me permitiréis citar otro hecho de mi propia vida? me ocurrió en Iprés, hace ya mucho tiempo!... En Flandes, en los terrenos llanos (cuyo horizonte, por extenso que sea, termina siempre con una línea oscura y monótona sobre un hermoso cielo azul), es cosa muy rara una montaña. Pues á dos leguas al sudoeste de Iprés hay una de esas montañas, que se eleva á unos ciento veinte metros sobre el nivel del mar, y se llama Kemmelberg; está próximamente cien metros más abajo que la meseta de Entre-Sambre-et-Meuse. Habíamos preparado una expedición á Kemmelberg para un día de otoño: la expedición había de hacerse en burro, porque por estas tierras se usa mucho este género de cabalgatas. Entre hombres, mujeres y niños— en este número estaba yo—seríamos unos 17. Lo que tuvimos que sufrir con estos animales testarudos, es imposible contarlo: pero entre tantas cosas, una se ha quedado grabada profundamente en mi memoria. Tocó á mi madre en suerte un asno extremadamente estúpido; parece que estoy viendo aún á mi pobre ma-

dre: llevaba aquel día un vestido de lana azul, conforme á la moda de la época. En cuanto salimos del pueblo, se separó de los demás el borrico, dejó la carretera, y á pesar de los golpes y de los gritos, se metió en una zanja próxima. Echamos pie á tierra: una vez con la brida, otra vez cogiéndole de las orejas, y otra vez tirándole de la cola, pusimos á nuestro burro en camino... no sin dejar prendida en un seto buena parte del vestido azul, que formaba un hermoso ramillete con las bayas rojas del espino.

Á los diez minutos se repetía la misma historia; al lado opuesto de antes se metía el burro en la cuneta... ¡Cuántas veces á la ida, y cuántas á la vuelta hubiese necesidad de sacar al jumento de aquellas interminables cunetas, no podré decíroslo. Una cosa sé de cierto, y es, que mi pobre madre salió con vestido azul y volvió con vestido blanco!... ¡Cómo queréis después de esto que os hable yo de la obediencia del asno?

Un amigo mío, oficial de caballería y hombre apasionado por los caballos, me hizo un día esta observación especial: «El caballo no es inteligente, pero en cambio tiene una memoria admirable!» Quedé por de pronto admirado,

aunque, bajo el punto de vista filosófico y riguroso, tenía mi amigo razón. Porque lo que llamamos inteligencia en los animales, es siempre efecto, más ó menos complejo, de la memoria: sin embargo, entendiéndola aquí como la entiende el vulgo, no se puede negar al caballo con más razón la inteligencia que la memoria.

Pues ved ahora lo que de primera mano me contó el médico mismo que vais á ver en escena.

Padecía cierto caballo una caries incipiente en una mandíbula. Como el soldado conociese cuánto sufría el caballo, al oír el toque conveniente del clarín, fué con él á la enfermería. Examinó el veterinario al animal, conoció la enfermedad, y antes de hacerle la operación, le dió en la encía inyecciones calmantes. Al día siguiente y á la misma hora tocaron el clarín... y el caballo, que por casualidad se hallaba entonces suelto, no esperó la venida del amo, sino que, sin apartarse una línea, se fué derecho á la enfermería á presentar la boca al veterinario, el cual, admirado como es consiguiente, quiso proseguir la observación, y á este fin, mandó que en adelante, al acercarse la hora de visita, desatasen al caballo: ¡cosa maravillosa! desde entonces, al toque de clarín, ni un sólo día dejó de presentarse con toda puntualidad el enfermo.

El caballo que haya dado un mal paso y haya

tropezado en tiempo de marcha con algún obstáculo, generalmente sucede que se aparta de él cuando vuelve por el mismo camino.

Lo mismo hace el asno, porque si bien es verdad que de suyo es muy testarudo, no es del todo tonto, sino muy astuto en ocasiones; y si los ojazos que tiene como escondidos entre los pelos de las pestañas son de alguna expresión, manifiestan claramente una malicia oculta é hipócrita.

Entre cocheros, que ó se duermen, ó por la oscuridad de la noche se ven impedidos de mirar por delante del coche, nada hay tan frecuente como el uso de dejar sueltas las riendas de los caballos, los cuales, y el asno también, se consideran muy satisfechos con esta libertad.

Me acuerdo que una tarde de verano, volviendo en coche de una excursión al campo, fuimos sorprendidos por una horrorosa tempestad, cuyos inmensos nubarrones negros cubrieron en pocos instantes el cielo y mataron los últimos rayos del día. Á nuestro lado estallaba el trueno con terribles estampidos, y á cada momento iluminaban el horizonte y nuestro coche los relámpagos con sus lívidos resplandores. Por la carretera real volaban los fogosos caballos que nos llevaban: de cuándo en cuándo, en los espacios de silencio, oíamos el acompasado ruido

de las veloces herraduras sobre el mismo suelo que la lluvia acababa de empapar. La calma y el gran arranque de los caballos á pesar de aquella confusión, nos dejó admirados; porque ellos parecían muy tranquilos, mientras que nosotros íbamos con el corazón oprimido de espanto. Quisimos verlos más de cerca para admirarlos más, y... ¡Señores!... el cochero, hombre fornido y de singular valor, iba temblando de miedo, envuelto en su gran capotón con el cuello levantado, metida hasta los ojos la gorra, y si doblaba con la mano izquierda el embozo para no ver los relámpagos, abandonaba con la derecha al azar las flotantes riendas. De modo que los caballos pasaron así libres la tempestad y la noche.

Ved ahora otro hecho más significativo:

Vi un día un caballo grande, enganchado á un carro lleno de escombros y dispuesto á sacarle del fondo de una cueva: excitóle el carretero con gritos, con las riendas y con el látigo, pero suavemente y como acariciándole; el caballo reunió toda su fuerza, y después de dos terribles embestidas, movió el carro y fué subiéndole con trabajo por la pendiente...; ya estaba casi en la cumbre, cuando yo no sé por qué (por un acto de salvajismo), le cruzó el carretero los lomos de un terrible latigazo...

Paróse entonces el pobre animal, y á pesar de los golpes é imprecaciones de la bestia humana, no bajó de frente sino de flanco la cuesta. Más de cien personas estábamos contemplando aquel espectáculo, y todos unánimemente bati-mos palmas para aplaudir al animal. Pero ¡ay! que lo iba á pagar; porque crecieron los golpes á pesar de nuestras protestas, hasta que se presentó oportunamente un polizone que vengó al caballo en la misma persona del carretero.

No siempre espera el caballo esta protección del hombre. Llega un momento en que se le acaba la paciencia, aparecen algunos restos de su primitiva libertad, y entonces se toma por su propia mano la justicia.

Puestos de reata, llevaban en cierta ocasión dos caballos un pesadísimo carro de Provenza, el primero, libre sin más estorbo que sus arrees; y el segundo, metido entre varas. Rodando sobre un terreno fofo, muy pronto se hundieron las ruedas hasta la mitad de los rayos, y quedó atascado el carro. Al cabo de muchos esfuerzos y de mil tentativas, todas inútiles, aunque vigorosas, el caballo delantero se negó á andar. Menudeaban los latigazos hasta abrir la piel del animal, pero ni aun así se movió este. Furioso entonces el carretero, y verdaderamente loco de ira, jurando y blasfemando como un ende-

moniado, sacó la navaja y dió con ella varios pinchazos al caballo, el cual, como se estremeciese la piel alrededor de las heridas, faltó ya de paciencia, desesperado y relinchando de rabia, dió un brinco, se encabritó, y, dejándose caer con toda su fuerza sobre su verdugo, le clavó las herraduras sobre el pecho.

Al tratar de los perros el año pasado, os hablé largamente de la bondad de su alma.

También tiene su bondad particular el caballo, y sin embargo no nos hace impresión. ¿Por qué será? Por una razón muy sencilla, Señores; porque le faltan medios de manifestarla al exterior.

No hay apenas en el caballo manera de manifestar lo que siente. Porque los ojos, con ser tan grandes y hermosos como son, apenas hablan; y fuera de la vista, ¿qué elementos le quedan para dar á conocer lo que experimenta en su interior? Recordad aquí, qué mímica tan admirable y tan rica ha puesto la naturaleza á disposición del perro y hasta del gato...: el caballo no tiene nada de eso. En cuanto al asno, no ha sido, ciertamente, más favorecido; me debo limitar á hablaros de su inteligencia. Sólo haré

mención de un rasgo que indicará muy á las claras la finura y el carácter de su astucia.

Si yendo de camino, advierte el asno algún objeto que le impone miedo, si le cruza por la imaginación algún fantasma, si oye algún ruido desconocido y amenazador, si barrunta la presencia de algún enemigo, si por los senderos cavernosos de los montes del Habesch han pasado el león, la pantera y el leopardo..., se acabó; el asno se pára, mira á todos los lados; hacia todos los lados endereza las orejas, aspira con fuerza y llena de aire sus pulmones...; pero se quedará inmóvil y como clavado en el suelo. Podréis molerle á palos, pero no se moverá, á no ser—oídlo bien—á no ser que vayáis vosotros delante... ¡Oh! sí; entonces, os seguirá sin miedo: el tunante ha dicho para sí: si hay peligro, caed vosotros primero en él.

Yo he oído decir que esta especie de astucia y de malicia no son del todo desconocidos de los hombres. ¿Es cierto?

El caballo, Señores, tiene cariño, es amoroso, aficiónase al dueño, conoce su voz y sus pasos, y se vuelve hacia él, como impaciente por verle: conoce su mano en las riendas, de modo que en el movimiento que se hace al juntarlas, sabe si procede de manos extrañas.

Cuando *Bucéfalo*, el caballo favorito de Ale-

jandro, no estaba ensillado, no se resistía á que se pusiese en sus lomos cualquiera escudero vulgar; pero en cuanto le echaban la montura real, no admitía á nadie sino á Alejandro.

En los campos de batalla, si cae á tierra herido el jinete, no es raro ver detenido al caballo, oler la cara del moribundo, y relinchar como para pedir auxilio.

Un caballo de tiro ligero, llamado *Jeannette*, cobró gran afición á una hija del dueño, la cual, siempre que había de salir el caballo, corría á hacerle caricias y á darle un terrón de azúcar: lo mismo repetía á la vuelta. Con esto se acostumbró el caballo de tal modo al azúcar, que difícilmente se le hubiera podido mover sin haber recibido este saludo de su amiga!... Á veces ella le contrariaba y le hacía esperar, á lo menos, el terrón de azúcar, y él entonces levantaba un poquito la cabeza, desplegabá en seguida el vestido de la señorita con la boca, y metía el hocico en el bolsillo, que muy pronto encontraba... Ciertó, que en aquella época no se llevaban los bolsillos donde se llevan hoy en día!...

El caballo es fiel en sus afectos...

Pasados diez años, vuelve á conocer al amo que le tuvo.

El año 1809, aprisionaron los tiroleses en una insurrección 15 caballos bávaros. ¡Exce-

lente botín! Á la vuelta los montaron, y muy pronto los dispusieron para la guerra. Andando el tiempo, en un encuentro que tuvieron estos mismos caballos con un escuadrón bávaro, reconocieron en el uniforme á sus antiguos compañeros, y sin que pudieran impedirselo ni la habilidad de sus jinetes, ni las sangrientas heridas que les causaban las espuelas, huyeron á la desbandada y á galope tendido por el campo de batalla, y entre relinchos de satisfacción y saltos de contento, se mezclaron, no sin gran espanto de sus jinetes, con las filas en que otras veces habían servido.

Se ha hablado mucho del arrojo del caballo, y con razón, porque está por todo el mundo reconocido; pero á falta de otras pruebas, bastarían por sí solas las magníficas cargas de caballería dadas por el general Ney en Waterloo.

Al lado de este arrojo se hace notar, no obstante, en el caballo un miedo grandísimo. No sé qué mariscal de Francia, acostumbrado á desafiar al enemigo y á la muerte misma, temblaba de pies á cabeza cuando oía de noche, junto á su habitación, algún ruido que no pudiese explicar. Algo de esto pasa al caballo; no le asustan los peligros; lo desconocido es lo que le amedrenta.

Si ve, por ejemplo, algún objeto extraño, le

mira atentamente, se acerca á él y le olfatea. Nada ocurre, si con este examen averigua lo que es; pero si el objeto es de alguna forma desusada, ropas tendidas á lo largo de los taludes del camino, algún cobertor echado en invierno sobre una maceta de flores... vuelve la cabeza bruscamente y se encabrita... Un cordelillo que imprevistamente le siga y se le haga sentir junto á las corvas, una cadena que se lleve arras-trando, le causa gran espanto: huye, se enfu-rece, se ciega, rompe desbocado, y corre... y corre como loco hasta dar contra la esquina de una calle con todo el brillo de sus arreos; enton-ces se detiene repentinamente jadeante y tem-blando, y se deja coger y llevar como un cor-dero... Ha pasado la locura del espanto.

Pero vuelvo á repetir, estos espantos repen-tinos no excluyen su arrojo admirable, y sobre todo, no le privan de su amor propio ni de su fogosa fiereza.

En las carreras le excita, sin duda alguna, la fusta y la espuela, pero mucho más le aguijonea su amor propio. *Forester*, corredor inglés de los más ilustres del siglo pasado, por ningún otro había sido vencido; pero entró un día en lucha con un rival temible, *Elephant*. Salen los dos caballos: al llegar á la mitad del camino *Elephant* gana: *Forester* redobla sus esfuerzos, pero

sigue ganando *Elephant*. Con esto se pone furioso, y de un salto dado á la desesperada sobre la cabeza de su rival, le coge por las mandíbulas, y echando hacia adelante las cuatro patas, se deja arrastrar por él con la idea de pararle á lo menos delante de la meta.

Señores, hablar de valor y de arranques y de nobleza, cuando se habla de caballos, es la cosa más natural. Pero, cuando se trata de burros... ¡Cuidado con los arranques del asno!... ¡Vaya con la nobleza del asno!... ¡No os reiríais poco!

El caballo vive de veinticinco á treinta años, espacio de tiempo en el cual se desarrolla la historia variada, y casi siempre triste, de su existencia.

Nace, y los cinco ó seis, á lo sumo siete, primeros meses se le deja con la madre, al cabo de los cuales se le separa de ella, y se le conserva en la cuadra sin llevarle al campo hasta que haya olvidado del todo la lactancia. Á los tres años se le clasifica como corresponde, y se le enseña. Al llegar aquí, se decide de todo su porvenir: ó va á los rudos trabajos de la labranza y transporte, ó bien se le pone al servicio suave, delicado y lujoso de los palacios. Para unos, la

cuadra rudimentaria, cama de paja suelta y desparramada sin orden, pilón de pizarra, pesebres toscos y muebles mal acabados: para otros, un salón, camas finas y trenzadas, pilas de mármol y vasijas bien hechas y pulimentadas: para unos, los toscos modales de un jayán del pueblo; para otros, las tiernas caricias de un dueño elegante ó de un escudero esmerado: para unos, las pesadas colleras antiguas y las sillas de plomo usadas en el campo; para otros, los arreos ligeros y brillantes, las cadenillas doradas y las cintas de seda.

Pero, á decir verdad, todas estas desigualdades de la suerte se destacan sobre un fondo de vida vulgar y monótona. Porque, ese potrillo que andaba saltando y brincando alegremente en el prado y ahora va en manos del domador, ha pasado ya la primavera de su vida; ha sonado para él la hora del trabajo, y su vida desde este momento es... el trabajo; pronto sonará la hora de la decadencia. El fiero y potente caballo del Lincolnshire vendrá de tumbo en tumbo á caer en las varas de un miserable y despreciado carrucho... El corredor elegante á quien han tejido coronas de victoria, pasará... á un coche de punto.

¡Ah, pobre caballo viejo, metido en las sucias varas de un miserable chirrión! ¡Pobre caballo

viejo, pegado al coche de alquiler! ¿No habéis pensado nunca al encontrarlos por la calle, mohinos, cabizbajos, colgando el labio, la vista triste y apagada; el uno llevando á duras penas pesada carga, el otro corriendo sin entusiasmo á ese trote mecánico y monótono, solamente interrumpido por algún que otro latigazo?... ¿no habéis pensado nunca, repito, que esos animales eran seres de alto rango, pero decaídos, seres desgraciados que habían alcanzado días felices y visto sonreírles la fortuna? ¡Pues ahora van á vivir tres ó cuatro años esa vida de esclavitud en que los veis, y luego, el día menos pensado, les echarán una cuerda al cuello y los llevarán á cualquier descuartizador ó pellejero!...

Este es el último acto de la tragedia á que inevitablemente dan lugar casi todos los caballos. Uno de estos infortunados que prestaba sus servicios en un coche de alquiler, tuvo una caída en una calle de Bruselas, y con tanta desgracia, que se le rompió una pata, y no hubo más remedio que llevarle al lugar del sacrificio; pero acertó á pasar un soldado de caballería por aquel sitio, ocupado por un grupo de curiosos; se abrió paso por entre todos ellos, y en seguida al ver el caballo, le conoció. «¡Oh *Juan*, mi antiguo *Juan*!» exclamó, y cayendo de rodillas delante de él y llorando de compasión, le abrazó

como lo hubiera podido hacer con un niño. ¡Era el caballo que había montado tiempo hacía, su arrogante caballo... y le llevaban á matar!

Voy á contaros ahora un hecho menos triste, reciente, y cuya heroína conozco desde mi infancia.

Una señora tenía heredado de su madre un coche, que en el pueblo donde vivían — mi pueblo natal, no quiero ocultároslo — pasaba por un carruaje elegante y de buen gusto.

En mi pueblo la gente es muy sencilla.

Pues sucedió que, cediendo á los deseos de su esposo, dejó el pueblo esta señora y se fué á la capital de la provincia. Claro está que aquí hacían una triste figura aquellos caballos, tan arrogantes en el pueblo; así es que, á pesar de los recuerdos que excitaban los pobres animales, fué preciso resignarse á venderlos y sustituirlos por dos magníficos y briosos de los de moda. El primero se vendió bien; el segundo — *Phisa* le llamaban — ya viejo, duro, agraciado con tres ó cuatro lacras redhibitorias, fué apreciado y vendido en 250 francos. Un año había trascurrido cuando pasando un día la señora por un depósito de carricoches, vió una pobre bestia, derrengada, flaca, la cabeza colgando, las patas arqueadas, tal, en fin, que inspiraba verdadera lástima. ¡Ay Dios mío! ¡Si es

Phisa! Llena de compasión la señora, y sin reparar en los transeuntes que se quedaron observándola al notar una acción tan nueva, acercóse al pobre caballo y dijo: «*Phisa!*» Al instante levantó la cabeza *Phisa* y se estremeció... ¡Ella es, es su ama! Quiere el pobre saltar con sus viejas piernas, quiere acariciar á su ama y lamerle la cara, porque también él la reconoce, y también él sabe amar... ¡Pobre *Phisa!*

Os he dicho que la gente de mi pueblo es sencilla, Señores; ahora tengo la satisfacción de añadir que también hay en él corazones nobles!

Preguntar al cochero dónde vivía el dueño de aquel caballo, ir allá y ajustar la venta... fué cosa de un momento. *Phisa* había pasado este mismo año por tres manos... Primero fué vendido en 250 francos, y ahora lo rescataron por 500... ¡Cómo no había de especular el gitano con la generosidad de tan buena señora!...

Phisa está ahora en mi pueblo, ocupa la cuadra del *château*, hace lo que puede en la casa y en ella morirá tranquilamente... Cuando en tiempo de primavera vienen de Bruselas los coches, y quieren los caballos habitar la cuadra de *Phisa*, se pone furioso y no consiente de ningún modo los nuevos huéspedes... aquel *Phisa* de antaño! Ha olvidado ya el tiempo que an-

duvo arrastrando un miserable coche de alquiler por los bulevares de Bruselas.

La suerte del asno es aún más monótona y triste. En su vida no hay decadencia, porque el pobre nunca sube mucho para poder luego bajar.

El caballo experimenta á veces la gran satisfacción de la vida, la de ser amado. ¿Podremos decir que lo sea también el asno?

En un libro inmortal leo que habiéndole robado á un amo el único asno que tenía, se puso á llorar y decía estas palabras: «Oh, hijo querido de mis entrañas, que naciste en mi casa, alegre diversión de mis hijos, delicia de mi esposa, envidia de mis vecinos... Oh, tú, nutricio de la mitad de mi persona, pues con un real que cada día ganabas, me dabas la mitad de mis gastos... ¡Oh, pobre asno mío, ya te he perdido!»

Habiéndole encontrado, poco tiempo después, por una rara casualidad, le dirigió este discurso: «¡Ay, asno mío, asno mío! ¿Cómo te va, rucio de mi corazón, querido compañero, amigo querido y fiel?» Y le besaba, y le hacía mil caricias; á lo cual el asno, sin saber qué decir, se dejaba besar y acariciar.

Cierto, Señores, que esto se llama amor; pero el amante, el cariñoso dueño del borrico es Sancho Panza, y el libro que ha conservado

esta historia es la admirable historia de *D. Quijote de la Mancha*.

Al caballo muerto le ha erigido altares el hombre agradecido... Al asno muerto no le han hecho tanta honra... El último obsequio que ha tributado el hombre al asno muerto, ha sido curtir la piel y hacer tambores con ella.

Por medio de continuos cruzamientos y de la selección artificial ha transformado completamente el hombre aquella primitiva raza caballar, uno de cuyos tipos os he descrito en los tarpanes.

Ha querido caballos de fuerza, corpulentos, y de gran talla; y los ha obtenido.

Ha querido caballos rápidos como una saeta; y rápidos como la saeta los ha obtenido.

Por el contrario, ese asno cuya forma y valor no le ha ocurrido al hombre modificar; ese asno dejado por el hombre en libertad y como al acaso de las circunstancias, ha permanecido siempre el mismo, no ha cambiado, es el asno primitivo: es el asno antiguo, pero en grandísima decadencia de vigor y de fisonomía.

¿Y por qué esta decadencia? Aun esta misma decadencia es obra del hombre; de su indiferencia. No solamente no ha tenido ningún cui-

dado en mejorar la raza del asno, sino que la ha abandonado por completo, y sigue aún abandonándola.

Ved qué interés inspira aun ahora el asno. El hortelano, el tendero, el trabajador que comprá un asno, le compra porque no puede comprar otra cosa mejor... ¡Oh! si pudiese, sería caballo lo que comprase, pequeño si queréis, pero al fin, caballo! Mas, ya se ve, por pequeño que sea un caballo, es más caro que el asno, y cuesta, sobre todo, mucho más el mantenerlo...

El asno, pues, adquirido á falta de otra cosa mejor, cae en manos de... quien le trata según quien sea, pero siempre mal. ¡Qué cuadras! ¡qué camas! ¡qué pienso! ¡qué arreos! ¡qué carrol... La poca dignidad que podía el pobre animal haber conservado, la pierde en la posición social tan baja á que se le destina; y no sólo pierde en ella la dignidad, sino también el ánimo.

Cuando en un alma entra el desaliento, Señores, no puede impedir que el cuerpo que anima se desaliente también; la fuerza, el vigor, la tenacidad de todos sus miembros se destempla y se entorpece: todo decae, y el asno se convierte muy pronto en la triste figura que habéis visto.

Señores, ante ese poder sorprendente del hombre que acabáis de ver con vuestros mismos ojos, ante ese poder casi ilimitado que se le ha concedido de transformar á voluntad, más aún, á capricho, las especies animales más asentadas, me domina un pensamiento.

Vivimos en unos tiempos en que un ejército entero de sabios, no sé por qué especie de fiebre dominados, parece que trabajan con todo empeño por destronar al hombre. Quisieran verle humillado: su preeminencia los fatiga, y no descansarán sino cuando el hombre deje de ser hombre, y sea animal, y animal como cualquier otro animal, un mono, y nada más que un mono.

Los ecos de tales ideas habrán llegado, sin duda, á vuestros oídos. ¿Habrá necesidad de deciros que semejantes doctrinas no tienen apoyo alguno en la ciencia seria, en la verdadera ciencia?

Si no hubiese en nosotros más que cuerpo, ¡ah, Señores! el negocio ya estaría concluído; pero en nosotros hay alma y pensamiento, y mientras no arranquen al hombre el alma y el pensamiento, habrá entre el hombre y la bestia un abismo que solamente la locura podrá franquear.

Pedid, pues, á esos altivos pensadores que así rebajan al hombre, que os muestren un sólo animal, uno sólo, que habiendo domesticado á

cualquier otro animal salvaje, haya formado de él, por la educación, las razas admirables que el hombre ha sacado de sus perros y de sus caballos...

Solamente el hombre ha podido emprender y llevar á buen término esas grandes obras, porque solamente el hombre ha podido dirigir su acción en conformidad con el alto fin que se proponía.

Sólo el hombre ha podido gobernar las criaturas en esa forma, porque sólo el hombre es su señor y su rey.

Se me dirá que otro tanto puede hacer con ellas la naturaleza. «¡La naturaleza!... ¡la naturaleza!... ¿Qué gran señora es esa? decía De Maistre, porque tendría sumo gusto con que me la presentasen». La naturaleza... no es más que una palabra... pero palabra vacía de sentido, palabra hueca; á no ser que por ella se represente la Potencia suprema, esa Potencia que, después de haber dado existencia y vida á todas las cosas, las rige y gobierna á través de todos los tiempos y espacios con leyes inmutables. Y entonces ya no hay que llamarla naturaleza, sino Dios!

A. M. D. G.

NUESTROS ANIMALES DOMÉSTICOS

OBRAS AMENAS
DEL
P. VÍCTOR VAN TRICHT
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

NUESTROS ANIMALES DOMÉSTICOS
CUATRO CONFERENCIAS FAMILIARES

III

LA VACA, LA CABRA Y EL CARNERO



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO
IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS
Muelle de Marzana, núm. 7.

ES PROPIEDAD



SEÑORAS, SEÑORES, AMIGOS:



ME acuerdo, como si fuera ayer, de la primera vez que vi un establo, y eso que han pasado ya desde entonces muchos años, pues yo acababa de entrar... en la edad de la razón.

La casera que acostumbraba á proveernos de mantequilla y de legumbres, tuvo la atención de convidarnos [para cierto día á comer arroz con leche y tarta... De seguro, íbamos á tener gran fiesta, pues no éramos nosotros los únicos invitados. Así que alboreó el día, formóse una pequeña caravana y se puso en marcha á través de los campos. Los niños y las niñas iban alegres delante, cuáles recogiendo violetas

al pie de los setos ó campanillas entre el verde césped, cuáles persiguiendo mariposas ó *cocheros* de mata en mata, y aun á veces á hurtadillas,—y dejaban de ser niños!—deshojando margaritas.

Á respetable distancia, seguían los papás y las mamás, y otras dos ó tres jóvenes en edad ya de alternar en la conversación con las personas mayores. Á cada caserío que encontraba en el camino la vanguardia infantil, volvía la cabeza y preguntaba á gritos: «¿Es aquí?—¡No, contestaba el grueso del ejército; más allá! y no levantéis tanto polvo!...» Y sin duda levantábamos mucho, porque el encargo se repetía sin cesar, y cada vez con tonos más enérgicos. Á lo lejos, divisábamos los blancos pañuelos que ondeaban sobre los tocados ó sombreros de nuestros padres.

Finalmente, á la derecha de la carretera, detrás de un seto vivo y cercado de nogales que le daban sombra, apareció el pequeño caserío encalado y limpio, con sus ventanitas verdes y su tejado de musgosa paja, donde reposaban tranquilas las consabidas palomitas, que al acercarnos nosotros se echaron á volar sacudiendo con rapidez sus blancas alas. Dábale entrada un jardincito primorosamente esmaltado de peonías, alelís, grandes girasoles y otras flores

que le hacían no menos agradable que elegante. Allí estaba ya preparada la mesa. Me parece que la estoy viendo todavía: el mantel de cuadrillos blancos y encarnados, los platos de ramos azules, los tenedores de peltre y las ollas de hierro y porcelana gris con sus tapaderas de estaño, por debajo de las cuales salía el humo de la hirviente cerveza. Aún parece que estoy viendo á dos pasos de allí aquel pozo de ancho brocal y en él colgada la larga cuerda para sacar los cubos de agua. Nos habían metido miedo con el tal pozo, y nunca nos acercábamos á él sin que nos gritasen nuestras madres.

Concluído el convite, dimos vuelta por el caserío, lo que forzosamente nos llevó al establo.

Cuando abre el suyo la casera flamenca, siente un hormigueo tal de satisfacción, que ni la señora más encopetada lo siente mayor al abrir los salones del gran mundo. Y sin embargo, ¡qué poco de salón suele tener aquello! El que á la sazón contemplábamos era muy reducido y muy bajo: no le entraba luz sino por encima de la puerta y por una especie de gatera más bien que ventanillo; la techumbre y las paredes, aunque embadurnadas de cal, no conservaban ya su blancura inmaculada; de ellas colgaban aquí y allá ramales, cubos de madera, un trespiés y un taburete de ordeñar: en honra de nuestra

visita, habían tenido la precaución de tender sobre el suelo de ladrillo cama limpia, á cuatro magníficas vacas holandesas que tumbadas volvían hacia nosotros gravemente la cabeza, fijando sus ojazos negros sin temor, pero con cierta especie de extrañeza, y rumiando muy tranquilas con aquel ruido acompasado que hacen sus dientes al chocar unos con otros, y aquel subir y bajar del abultado vientre, que indica su potente respiración y se corresponde con la humareda que brota de sus narices siempre humedecidas. Hiciéronlas levantarse á todas, y así pudimos verlas mejor y acariciarlas; nos dijeron sus nombres, los cuartillos de leche que daban cada día, la edad, las cualidades y casi la historia completa de cada una.

En el fondo de un rincón nos enseñaron una cabra, lista, vivaracha y maliciosa...: quisimos también hacerle nuestro cumplido de caricias; pero bajó la cabeza, se la metió entre las patas y nos presentó los cuernos, que nos privaron de aquel gusto. Ya nos habían dicho que era esquiva, y ciertamente, ante semejante demostración lo creímos.

Este recuerdo infantil que siempre conservo de aquel establo tiene de todo, agradable y desagradable. Me gustaron los olores fuertes que allí se respiraban: me gustaron aquellas corpu-

lentas vacas tan quietas y tan mansas: me gustó, en fin, aquella leche caliente y perfumada que ordeñaron en presencia nuestra y sin remedio hubo que probar; pero las buenas vacas me parecieron poco limpias, efecto de sentarse sin mirar dónde, ni preocuparse en lo más mínimo de las consiguientes desventuras: á nuestra misma vista dieron prueba bien evidente de su poca educación; y yo, yo mismo, por más prisa que me di á huir, no logré que mis lustrosas botinas evitaran el desastre. ¡Sombras ingratas de aquel cuadro, que no ha podido aún borrar el tiempo!

Después, ya de mayor edad, he visto otros establos magníficos; pero al recogerme á preparar la conferencia que voy á daros, lo que ante todo me ha venido á la imaginación, ha sido aquel primer establo que vi en Flandes. De modo que me podría servir de portada completa, á no faltar en él un familiar que ordinariamente suele tener un puesto en todos los establos, el carnero. Mas ya que la verdad me obliga á confesaros que allí no lo había, no me negaréis el permiso de suponerlo.

La vaca, pues, y la cabra y el carnero, serán los tres familiares con quienes vamos á entretenernos esta noche, inquiriendo según nuestra costumbre, lo primero, cómo eran cuando Dios

los puso en manos del hombre, y luego, qué es lo que el hombre ha hecho con ellos. Compararemos, pues, el animal salvaje con el familiar, es decir, con el doméstico. «En los animales domésticos, dice Buffón, la naturaleza se encuentra cohibida, pocas veces perfeccionada, muchas contrahecha y desfigurada, y siempre cercada de estorbos». Una sola palabra quisiera yo suprimir en este aforismo del gran maestro. En efecto, á mi pobre juicio, toda modificación que hace al animal más apto para el servicio del hombre, le mejora y perfecciona.



LA VACA, LA CABRA Y EL CARNERO



EL nombre de buey no tiene en zoolo-
gía sentido tan estricto como en el
lenguaje vulgar. Aun vulgarmente,
la palabra hebrea *bâquâr*, y la grie-
ga *bous*, significan toro y vaca; y en
zoología la empleamos para desig-
nar una familia entera de rumiantes, que tiene
por caracteres generales, cuernos huecos, caren-
cia de incisivos en la mandíbula superior, ta-
maño grande y macizo, y comprende: el buey
almizcleño de América, el bisonte, el búfalo, el
yack del Tibet y de la Mongolia, el zebú y
el buey doméstico, de todos los cuales el último
es el único que no tiene representante en el
estado verdaderamente salvaje.

Probablemente descende del *bos primigenius* ya extinguido, pero que existía aún al comenzar los tiempos históricos; las *Niebelungen* lo designan con el nombre de *Ur*, y de él nos ha dejado César una descripción famosa (1).

De modo que respecto del buey, lo mismo que al tratar del caballo, no tendríamos otro remedio que adivinar, por decirlo así, los caracteres del tronco primitivo, si por rara fortuna no se hubiese perpetuado cuidadosamente en los parques ingleses, especialmente en el de Chillingham. En documentos que datan de 1220 se hace mención de estos animales y son una prueba fehaciente de cuán allá se remonta el esmero que por ellos se tenía.

(1) *Tertium est genus eorum qui Uri appellantur. Hi sunt magnitudine paulo infra elephantas, specie et colore et figura tauri. Magna vis est eorum et magna velocitas; neque homini neque ferae quam conspexerint parcunt... Assuescere ad homines et mansuefieri, ne parvuli quidem possunt. (César, De bello gallico, l. vi.)*

Otra tercera especie (de fieras) hay de las que llaman *uros*, algo inferiores en su tamaño á los elefantes y de la especie, color y figura del toro. Son de mucha fuerza y de suma velocidad. No perdonan á fiera ni hombre que alcancen á ver... Mas aun cogidos de pequeños, no se acostumbran á la vista de las gentes ni se domestican jamás. El tamaño, figura y especie de los cuernos se diferencia mucho de la de nuestros bueyes: se buscan con mucha diligencia, engastan sus bordes de plata y usan de ellos para beber en las comidas suntuosas.

À primera vista no presentan señal notable que los distinga de nuestros bueyes domésticos. Si por algo se caracterizan será tal vez por tener cuello más fornido, tronco más corto, cabeza más derecha y altiva, miembros más nervudos y mejor dispuestos para la carrera; pero yo casi diría que entre el buey de Chillingham y el de nuestros establos apenas hay otra diferencia que entre un potro sin domar que va echando espuma por la boca, tascando el freno y sacudiendo la silla, y un caballo viejo y cansado, que lleva ya el bezo colgando, y se deja mansamente ensillar y guiar hasta por una mujer.

Sin embargo, una particularidad digna de advertirse tiene este buey salvaje: la de ser blanco, y blanco como la nieve, sin raya, ni mota alguna, incluso los cuernos, que sólo son negros en la afilada punta. Las únicas partes que resaltan en este blanquísimo pelaje son el interior de las orejas castaño, el hocico moreno, el borde de los ojos negro y las pezuñas también negras.

À fines del siglo XII fué cuando los Condes ingleses, viendo la rapidez con que iban desapareciendo los bueyes salvajes, y solícitos, preciso es confesarlo, más bien de fomentar el preciado objeto de sus grandes monterías que de conservar una especie zoológica amenazada de extinguirse, dispusieron cerrar terrenos

inmensos y dejar en ellos en libertad los últimos restos de la antigua familia boyuna. Cinco son los cotos de esta clase que quedan aún en Inglaterra, de los cuales el de Chillingham, que es el más importante, está cerca de Berwick, sobre el Tweed, en el condado de Northumberland. Sus nobles poseedores toman á honra de familia el conservar allí en toda su pureza la especie salvaje á que lo tienen destinado, y á este fin mantienen guardias especiales para su custodia y vigilancia.

La dehesa de Chillingham contaba el año 1830 ochenta cabezas: veinticinco toros, cuarenta vacas y quince terneros. Refúgianse por la noche en la espesura del bosque, y así que el naciente sol introduce á través de las ramas sus primeros rayos, se van levantando poco á poco y echan á andar en hileras como un escuadrón de caballería; delante los toros, y á la cabeza de ellos el más poderoso, con la frente levantada, tranquilo y altanero, dando resoplidos, y con la vista alerta: luego las vacas mezcladas con los terneros... De este modo atraviesan los verdes llanos engalanados de rocío, buscando la yerba más tierna y refrescante. Y á los reflejos del sol ¡cuán graciosamente resalta su piel blanquísima entre el verdor de las praderas!... Á poco hacen alto, y derramándose á una y otra parte, se

ponen á pastar descuidadamente bajo la vigilancia del toro más antiguo, único atento, único intranquilo en medio del universal sosiego de su pueblo.

Por supuesto, que todo esto hay que contemplarlo desde lejos; porque si alguien se acerca, el jefe lo ventea al punto, da un mugido seco, yérguense todas las cabezas, y reconocido el enemigo, la vacada toda, como presa de terror vuelve grupas y emprende la huída: los toros se quedan los últimos, y aunque en retirada, van protegiendo á las vacas y á sus hijuelos.

Su primer movimiento, como se ve, es huir; pero si se los quiere perseguir, cambia por completo la escena: los toros se paran y hacen frente al enemigo, bajan la cabeza, y después de escarbar la tierra con las astas, como quien las aguza para el combate, se lanzan á la carrera. «Siendo necesario dar muerte á un toro ya viejo en la dehesa de mi padre, escribe el Conde de Tonkerville, uno de los guardas llegó á aislarle del hato: plantósele el bruto cara á cara... mas de repente le acomete, le derriba al suelo, le arroja una, dos y tres veces por el aire, como si fuera una pelota, y luego le patea hasta romperle tres costillas... Acuden otros guardas en auxilio y le hacen fuego á treinta pasos...; pero el toro, ensañado con la víctima, no se mueve.

Cinco balazos recibió en la frente, sin hacer otra señal de sentimiento al recibirlos que sacudirse un poco la cabeza, como nosotros cuando nos molesta una mosca. Por fin, la sexta bala, entrándole por un ojo, le atravesó la sesera y en el acto cayó seco. Este toro, que aunque viejo, era uno de los más valientes de toda la dehesa, pesó setecientos cincuenta kilos». Notad este pormenor.

Las vacas salvajes paren por primera vez hacia á los tres años de edad, y luego sucesivamente cada trienio. Ocultan las crías con receloso cuidado en alguna espesura, y con mil precauciones van diariamente dos veces á amamantarlas de modo que nadie las vea... Les dan muy poca leche, un litro, ó á lo sumo, litro y medio; y en cuanto el ternero comienza á comer, retiran la leche. El pequeñuelo mientras permanece en su cubil, se mantiene inmóvil como una piedra, á no ser que lleguen á descubrirle, que entonces estira la cabeza, esconde las patas, y se agazapa como las liebres en su cama. Después de algunos días sale con la madre á la campiña. Mal afirmado aún en sus largas y débiles patas, tiembla y se tambalea á cada paso; pero la madre le empuja suavemente y le sostiene con la cabeza: si se cae, ella le levanta y le lame; si se pone á mamar, le vuelve

ella la cara y lo está lamiendo y contemplando; si se echa á dormir, la madre también se echa á su lado y le vela el sueño.

En el interior de la Bialwicza, inmensa selva virgen de la Lituania rusa, se ha refugiado el resto de una familia de bueyes, en otro tiempo muy extendidos por toda Europa: los bisontes. Viven allí bajo la protección decidida de los Emperadores, que de tarde en tarde se toman el lujo tradicional de darles una gran batida. Cierto, que no son estos bisontes los padres de nuestro buey doméstico; pero tienen con él afinidad, y como por otra parte se le asemejan hasta en las costumbres, no hay duda que puedan darnos en nuestro estudio alguna luz. La hembra de ellos no pare sino cada tres años y se esteriliza pronto; esconde también la cria y la vigila con extraordinaria ternura. El bisonte pesa por término medio de quinientos á seiscientos kilos, dato que también me permito recomendar á vuestra memoria.

Fuera de Europa son más numerosas y están más extendidas las especies de bueyes salvajes; mas por hoy no tenemos ningún interés en estudiarlas.

Tenemos, pues, el buey salvaje cazado primeramente y después domesticado por el hombre. ¿Cuántos siglos hace? ¿Quién lo sabe? Los

primeros vestigios que de él se encuentran, son anteriores á los tiempos históricos. ¿No os acordáis de que en la escuela nos hablaban de los egipcios arrodillados ante el buey Apis?... La diosa Isis, jamás había de olvidar en su lindo tocado los dos grandísimos cuernos de vaca; Io, entre los griegos, hacía dos cuartos de lo mismo; y los judíos ¿no danzaron locamente alrededor del becerro que con sus propias manos les había fabricado Aarón?

Hechos son todos éstos, citados al acaso, que prueban claramente el largo tiempo que lleva el hombre haciendo sentir su dominio sobre esta especie animal.

Y bien, ¿qué ha resultado de todo ello? ¿Hasta qué punto la ha transformado? ¿De qué manera ha grabado el sello de su trabajo y de sus modificaciones sobre el primer modelo dado por el Criador?

Ante todo ¿qué es lo que el hombre pretendió hacer del buey?

Un animal de tiro, destinado principalmente al transporte y á la labor. Para esto no necesitaba transformarlo; bastábale domarlo: y lo domó.

Pero quiso más: quiso destinarle para carne; y para ello le era preciso mejorar sus múscu-

los, y aumentar su peso y su tamaño... ¿Lo ha conseguido? Á vosotros os dejo el fallo. El buey salvaje, como ya os he dicho, no pesa por término medio arriba de quinientos á seiscientos kilos, ó alargándonos mucho, setecientos: el buey doméstico en las mejores razas, llega á mil quinientos y á dos mil.

Quiso todavía más el hombre. ¿Por qué no había de beneficiar el precioso y dulcísimo licor de la vaca? Lo logró: la salvaje sólo daba de tres á cinco litros diarios, y esto pocos meses; las buenas vacas domésticas de la Ucrania y de Holanda rinden hasta treinta y cuarenta litros diarios.

Y notad además que la vaca salvaje sólo criaba cada trienio, mientras que la doméstica lo hace todos los años; lo cual significa un progreso y un perfeccionamiento grandísimo, así respecto de la leche como de la carne.

Ahí tenéis, pues, á lo que parece, un resultado excelente. Pero no, no es tal, sino irrisorio. Porque las cifras que os he dicho son excepciones, y muy raras; los bueyes no pesan por término medio más de cuatrocientos á quinientos kilos, y las vacas lecheras no dan más que de diez á veinte litros de leche.

¿En qué consiste? ¿De dónde viene que pudiendo tener el buey un peso de mil quinientos

kilos, la mayor parte de nuestros bueyes no pase de quinientos? ¿De dónde viene que pudiendo la vaca darnos de treinta á cuarenta litros de leche, no nos dé por término medio sino diez ó veinte?

Tiempo, como acabamos de probarlo, no le ha faltado al hombre.

Bueyes y vacas tampoco.

Sólo en Francia hay actualmente más de diez millones de cabezas (1); más de diez millones y quinientas mil en Inglaterra; más de dos millones en Suiza, y no digo las que tenemos en Bélgica, porque me faltan datos seguros, aunque, según contaba no hace mucho el *Moxiteur*, sólo la importación extranjera había traído á nuestra nación:

En 1881	120.864 cabezas
» 1882	103.043 »
» 1883	125.952 »

En sola nuestra hermosa ciudad de Namur cayeron al golpe del cachete durante el año 1883, tres mil noventa y seis vacas, quinientos doce bueyes, doscientos cuarenta y cinco toros y cuatro mil seiscientos cuarenta terneros.

(1) El autor escribió esto en 1884. En 1889 habían ascendido las cabezas á 13.395.000.

De manera que hatos numerosos donde hacer la selección de razas no faltan, ni consumo tampoco para eliminar las menos buenas (1).

Pues entonces ¿qué es lo que ha faltado al hombre para introducir otras mejoras?... Voy á decíroslo muy bajito: la inteligencia.

¿No habéis tenido alguna vez ocasión de hablar con algún pobre casero de Flandes ó de Brabante acerca de las dos cosas que á él le tocan más en lo vivo, la agricultura y la cria de ganado?... Los codos sobre la mesa, vencido á un lado el cuello, á medio cerrar los ojos, y

(1) Véase aquí una estadística francesa, muy reciente. En 1880 había en Francia 339.000 toros; 1.968.829 bueyes; 5.301.825 vacas; 2.066.849 terneros y terneras. *Total*, 9.676.503.

Tschudi daba en 1859 para Suiza las cifras siguientes:

Appenzell.....	14.000	cabezas.
Les Grisons.....	10.000	"
El Tesino.....	53.000	"
Glaris.....	10.000	"
Uri.....	11.350	"
Lucerna.....	54.416	"
Suiza.....	21.000	"
Unterwald.....	14.000	"
Berna.....	175.900	"

En suma, para toda Suiza da 850.000 cabezas, de las cuales 475.000 eran vacas, 85.000 bueyes y 290.000 terneras.

apuntando en los labios una sonrisa picaresca... os oirá imperturbable, dejando pasar vuestras palabras entre las fumaradas de su gran pipa de Holanda... Pero ¿qué lograréis? Que al fin de vuestra perorata, cuando ya le creeríais muy resuelto á seguir vuestras teorías y experiencias, os suelta con gran respeto un *sí* tan indefinible, que casi equivale á deciros «¡me río yo de esas... coplas!» un *sí* que es la mayor de las burlas, capaz de descorazonar al hombre más entusiasta y más convencido de la mejora racional de las industrias agrícolas y de las razas de animales domésticos. Para semejante labrador— que muchísimas veces oculta un corazón de oro bajo una blusa azul— todos esos excelentes caballeros que hablan de campos y establos, se meten en lo que no les importa. ¡Si entenderá él mejor lo que le trae cuenta! Su natural desconfianza se los presenta como engañadores; y así es que á la primera cosa que le aconsejan se pone en guardia.

Á los ojos de este hombre sencillo, las patatas que él siembra son inmejorables, su trigo no tiene igual, sus vacas son las más hermosas del mundo... Habladle de perfeccionar la raza, ó de sustituirla por otra más rica... Sermón perdido. ¿Acaso les falta algo? ¿Y qué se les va á añadir? ¿Ni cómo es posible tenerlas mejores?

Con hombres así dispuestos no se puede tratar de mejoras... Este labrador sólo puede hacer... lo que hace: coger para padre el toro más cercano á su granja ó el primero que encuentra. ¿Y es esto cria de animales? No, esto es rutina.

Años y siglos han ido así las cosas, y en nuestra tierra así lo hemos visto y lo estamos viendo. De algún tiempo acá parece que el Gobierno mismo, reparando en semejante abandono, se ha encargado de comprar, á cuenta del erario, toros escogidos; pero esto es aún bien poco; obra á medias, rutina mitigada y semivencida.

Nuestras razas vacunas se han quedado estancadas... algo así como las ideas de nuestros caseros.

Si algún gran propietario ha querido dar ejemplo, ha sido no tanto por el deseo de obtener razas nuevas, como por el de aclimatar alguna ya formada en otra parte. Han salido adelante con sus buenos deseos; pero hay que pedirles más aún.

En Inglaterra ni los herederos de la más alta aristocracia se desdeñan de ocuparse personalmente en la ganadería de sus granjas y dehesas... Ellos por sí mismos hacen la selección de los reproductores, esa selección metódica que es y será siempre el gran medio y el único de que dispone el hombre para mejorar las razas.

Inglaterra es también de donde nos vienen los grandes tipos de Devonshire, de Herefords-hire y de Comby; la raza Durham, tan á propósito para carne; las lecheras magníficas de Ayr, Alderney y tantas otras. En ellas es donde hemos de buscar esos enormes bueyes de mil quinientos y dos mil kilogramos de peso, y esas vacas que dan de treinta á cuarenta litros diarios de leche.

Pero en Inglaterra, repito, todo esto se tiene á grande honra en las familias elevadas... Cuando á fuerza de esmero logra un ricachón en su vacada algún ejemplar notable, lo primero que hace es ponerle el nombre de su misma esposa, ó el de su hija, ó el de la prometida de su hijo, y no contento con eso, lo inscribe como una de sus glorias en el registro de la familia.

¡Oh yernos de mi país, qué ejemplos encontraríais que imitar allí... (1).

Pero volvamos á los bueyes.

(1) Una pequeña muestra:

La vaca *Baronesa de Oxford* (Baroness Oxfords) costó 68.250 francos; la *Duquesa de Airdrie* (Airdrie Duchess) 47.250; la *Duquesa* número 117, cerca de 80.000; la *Duquesa* número 120, más de 60.000; la *Duquesa primera de Oneida* (premier Duchess of Oneida) más de 160.000; la *primera Duquesa de Génova*, 183.750; la *Duquesa octava de Génova*, 210.000; el toro *Duque de Connaught* costó 118.125.

Cultivando las razas salvajes, hubiera podido el hombre conseguir lo que hubiese querido. En efecto, queriendo, las ha hecho más forzudas, más carnosas y más lecheras. Si algunas se han quedado en lo que eran, consiste en la apatía del hombre, que se ha contentado con ellas y así las ha dejado.

¿Y el instinto?

Es lo que más nos interesa en los animales; por él es por donde nos conmueven y nos ganan. Nada más natural: en ellos el instinto es el alma, y alma es precisamente lo que, torcido y todo, busca siempre nuestro pobre corazón.

Ya os he advertido en las conferencias precedentes, que cuando al hombre le place perfeccionar el instinto de un animal, lo consigue á maravilla: recordad el perro salvaje.

Pero también tengo advertido que, cuando prescindiendo del instinto, se fija solamente en el perfeccionamiento material de las formas y del cuerpo, el instinto, lejos de avivarse bajo el yugo de la domesticidad, se atrofia y bastardea: muestra de ello son el caballo y el asno, que en este particular han sufrido lastimoso decaimiento.

Lo cual no tiene nada de extraño. Porque

facultad que no se ejercita, se adormece... y si el sueño es largo, no lo dudéis, parará en muerte. Ni son menester muchas generaciones para llegar á este aniquilamiento; basta la vida de un hombre. Con treinta años que deje un hombre dormir la inteligencia después de su carrera, esté seguro que antes de morir habrá llegado á idiota, sin que baste á librarle de ello la lectura diaria del periódico!... Dejad dormir al corazón sobre el mullido lecho del egoísmo, y el corazón morirá como ha muerto la inteligencia... mejor dicho, morirá mucho antes, por lo mismo que es planta más fina, más tierna, más delicada, y que al menor contratiempo se marchita.

Buen ejemplo de esto son nuestros bueyes.

¡Pobre buey!... ¡Ahí le tenéis hecho un estúpido! Bien que jamás le dotó el cielo de gran astucia. Rumiante como es, casi toda la vida se la pasa ocupado con los cuatro estómagos que le ha dado la naturaleza; y puntualmente sucede con la bestia lo que con el hombre, que cuando el estómago y el vientre predominan, la cabeza se achica y el espíritu se escapa. Contemplad con atención al buey. Despierta, da un resoplido, se levanta perezosamente, y se pone á comer... ¿Que le llevan al campo? Va con calma, y se pone á pacer... ¿Que le vuelven al esta-

blo? Entra, se tumba, y si no halla nuevo pienso en que cebarse, empieza á rumiar... esperando á que le venga el sueño, para despertarse al día siguiente y repetir las mismas operaciones. ¿Cómo queréis que á este animal le quede ni rastro de inteligencia?...

Sin embargo, en el estado salvaje no le faltan buenas cualidades. Es altivo y rebosa de amor propio. Arriba os he dicho cómo el toro más valiente es el que va dirigiendo y acaudillando la vacada. Pues ahora añado que el obtener y conservar el cetro le cuesta incesantes batallas, porque sus rivales, mal avenidos con el yugo de la obediencia, cada día le disputan el gobierno. Mas al cabo de una larga carrera de gloriosas victorias, llega el día nefasto, cuando descaecidas ya por la edad y los achaques las fuerzas, aunque no menguado el orgullo, empeña una lid en que, ardiendo de coraje, tiene por vez primera que ceder... vencido, y vencido por otro más joven, por un rival á quien quizás ha visto nacer y guiado á la campiña desde que salió de su cubil tambaleando sobre las débiles patas de ternerrillo. ¡Vencido ahora por éste!... ¡Oh injuria, difícil de llevar en silencio! Y sin embargo, tiene que ceder, él, el amo, el anciano; él, á quien ninguno hubiera osado mirar cara á cara, tiene que ceder su puesto al vencedor; y

lo cede, y esparciendo espumarajos, los ojos hechos fuego, y encerrando dentro de sí su impotente desesperación, se retira á ocultar entre los últimos de la vacada su vergüenza y su derrota. ¡Cuidado que es cruel la vejez, Señores, al ofrecer de esta manera á los labios del vencido el cáliz amargo de la decrepitud! Y ¡ay dolor! que entre los hombres sucede como entre estos animales: los jóvenes empujan á los viejos, y, lo mismo que en la dehesa de Chillingham, los viejos nunca se resignan á ello de buena gana...

Pero ¿cómo queréis que conserve el toro doméstico señales de esta bravura y orgullo? Se le tiene en el establo, aparte, la cadena al cuello, y un anillo de hierro en el hocico: jamás ve el campo, ni en su vida ha guiado la vacada al aire libre, ni sabe qué es mandar ni qué es vencer!...: no conoce más que la anilla y el pesebre, el corral adonde le llevan á horas fijas, y la casera que diariamente le renueva la cama, y le da el pienso de heno ó de alfalfa.

En los Alpés, en que aún se disfruta algún saborcillo de libertad primitiva, la guía del hato es la vaca más bonita, la cual va siempre la primera repiqueteando muy oronda la armoniosa campanilla que le cuelga del collar, y al compás del sonoro retintín le siguen las otras por orden

de excelencia, pues allí ya no es la fuerza sino la belleza quien da el cetro.

Pero, Señores, si se acaba la fuerza con los años, más pronto aún se marchita la belleza; viene la hora en que el pastor, lleno de pesar y oprimido el corazón, quita á la reina la campanilla y el collar para adornar con ellos á otra belleza... y la destronada entra en el montón, compungida y triste. «Si no se la cuidase bien, dicen los pastores, se moriría de pena...»

Muchas veces he pensado que en este mundo vano en que nos encontramos, hay también criaturas dotadas de razón que se forjan un reinado con sus propias gracias y cualidades naturales: toda su ambición, su gloria, su felicidad, su vida toda, la cifran en lograrlo. Y gozan, es verdad, con llevar el cetro de la belleza, y contemplan risueñas, á los pies de su trono, á una reducida corte que humildemente se inclina ante ellas. Pero ¡ay! que también llega para ellas la hora de dejar la campanilla, de pasar al montón, y de caer... ¡oh! y cuán pronto llega!... y se disuelve la corte, y ahí las tenéis arrinconadas!... ¡Cuánto compadezco á esas pobres almas!... ¡Pero cuán locas han sido para llegar á poner su gloria en tesoros tan frágiles y contar con el aprecio de los hombres!...

En las vacadas de Flandes y de Holanda

queda algo del amor propio batallador y de las celosas rivalidades del buey salvaje, algún indicio leve de aquellas antiguas competencias; pero en realidad es ya ridículo. Está un hato en la pradera, y dos vacas van paciando y más paciando en opuesta dirección hasta encontrarse morro á morro. ¿Qué hacen entonces? Levantan la cabeza y se miran. Reparad bien: en los ojos no aparece ni una chispa de ira... y, sin embargo, bajan el cuello, bufan, y avanzando con pesada lentitud la una contra la otra, se dan frente con frente un topetazo seco, y en esa actitud permanecen por algunos momentos empujándose y entreverándose los cuernos, hasta tanto que una de ellas se ladea un poco, y se desenreda... Quizá vuelvan á segundar la acometida, tan grave, tan lenta, tan pesada como la primera; quizá insistan por tercera vez... pero al fin... al fin se ponen á pacer la una al par de la otra. Ahí para todo el coraje que su rivalidad puede inspirarles. ¡Últimos restos de su energía primitiva!

En la ciudad en que di yo principio á mis estudios, había un veterano encargado de vigilar las plantas de un jardín público, y dicho sea en honor de la paz, esta vida sosegada le había dado al buen viejo un prominente corambovis.

Llevaba un uniforme algo atrasadillo, el anti-

guo casacón de las guerras del Imperio, ancho correaje que le cruzaba el pecho, y un tremendo *chacó* holandés en la cabeza, alto, ancho sobre todo, y tan pesado como ancho. Cuando le cogíamos flores, nos echaba desde lejos unos gritos estentóreos, con una voz de trueno: si seguíamos adelante con nuestra fechoría sin hacerle caso, se preparaba á entrar en batalla. ¡Aquello era toda una maniobra militar! Ante todo se llevaba en varios tiempos la mano derecha al *chacó* para que no se le cayese; luego, también por tiempos, sujetaba con la izquierda el enorme sable, á fin de que no le golpease las piernas, y puesto en la actitud necesaria para andar á pie seguro con la ligereza de ordenanza, emprendía su *tras tras tras* hacia nosotros, con un paso de marcha tan pesado, que de dos saltos nos poníamos fuera de su alcance!

Así, poco más ó menos, cargan unas contra otras las vacas en el campo.

¿Y es natural toda esta decadencia del instinto boyuno? Creo que no; y es evidente que en ella ha debido de tener parte muy directa el hombre, por lo mismo que al criar el buey se ha propuesto no sólo multiplicarlo y mejorarlo de carnes, sino también hacerlo manso y dócil.

Suponed el caso de que al formar un hato le saliese una vaca revoltosa, menos dispuesta á recibir el yugo de la esclavitud, y dominada muchas veces por el deseo de recobrar su primitiva libertad... Naturalmente, lo primero que haría sería castigarla y ponerla entre cadenas. Pero hay criaturas sobre las cuales, á Dios gracias, nada pueden ni el palo ni la cadena... y entonces sólo hay un remedio muy sencillo, y el hombre no esperaría, no, mucho tiempo para ponerle en práctica... matar á la rebelde.

De este modo es como, á la larga, se ha hecho con una bonita colección de vacas que no le dan ningún cuidado. Preciso es verlas en las hermosas praderas de Flandes; ¡qué espectáculo tan admirable!

La pradera, toda verde, se extiende sin desigualdad alguna como el cristal de un lago, hasta el final del horizonte en que parece soldarse con el azul del firmamento: atraviésala de parte á parte el río, que sin oleaje ni espuma alguna va paseando mansamente sus rubias aguas, y prestándolas generoso á las innumerables acequias que de uno y otro lado de su caz arrancan paralelas y tendidas á cordel, para cruzarse luego con otras trasversales, convirtiendo la tapizada llanura en gigantesco tablero de damas. En los cuadros de este gran tablero por gru-

pos de veinte, treinta, ó ciento están las vacas, unas paciendo, otras rumiando, otras tumbadas, de manera, que el variado color de sus pieles, blanco, negro, rojo, ó bien mixto, viene á formar el más caprichoso mosaico sobre aquel mar alfombrado de yerba... ¿Quién las retiene allí?... Una zanja, que podrían salvar de un salto... Una rama, que podrían romper como una paja... Un río, que sería para ellas una recreación pasarle á nado!...

Pero nada de eso; están en su cuadro prisioneras, y no hay cuidado que les ocurra la idea de escaparse. ¿Y para qué se habían de escapar? ¿para ser libres?... ¿Libres?... ¿Qué quiere decir eso de libres?... ¡La libertad! ¿Y qué es la libertad?... ¡Ahí tenéis á lo que llegan nuestras vacas!

Sin embargo, hay ocasiones en que dan muestras de mayor energía y bravura... cuando tienen miedo. De dos cosas principalmente suelen tenerlo: de los perros y de los trapos colorados; y en esto último se parecen á otro animal, muy inteligente también, como sabéis, al pavo!...

Iba yo un día paseándome con un amigo por una granja contigua al noviciado de Tronchienes, y por cuanto, le dió á mi compañero la idea de soltar al perro guardián y echarle á un prado allí cercano, donde estaban pastando diez vacas de leche. El perro que las vió, le faltó

tiempo para lanzarse á todo escape á ellas, ladrando con toda furia. Las vacas, sobresaltadas con semejante acometimiento, irguieron el cuello un instante, y luego en escuadrón cerrado, la cabeza baja y la cola tendida, rompieron todas á galope contra el malhadado agresor; el cual, si bien dió todavía algunas revueltas en ademán altivo, pero bien pronto, conociendo que la cosa iba seria, renunció á su aventura, y con las orejas gachas y el rabo entre piernas se vino flechado hacia nosotros, que, por cierto, apenas si tuvimos tiempo de abrir y cerrar la barrera. Delante de ella se detuvo el airado escuadrón rebuffando; y el can, seguro ya, renovó sus iras y sus ladridos, mientras que una pareja de cisnes, picados por la curiosidad, acudieron graznando y agitando las alas desde una acequia inmediata... á ver lo que allí pasaba.

Pues lo mucho que las irrita el color rojo, no es para dicho.

Iba este último año paseando en compañía de su madre por la pradera una niña, que además de vestir de encarnado, llevaba para colmo de su desgracia una sombrilla también encarnada. Las vacas pacían muy tranquilamente: pero á tal vista, se pusieron furiosas... y la pobre niña y su madre debieron su salvación á un carro de forrajeros allí abandonado, cuyas rue-

das les sirvieron de inexpugnable barrera. Pero allí las tuvieron sitiadas las vacas hasta que llegó el pastor.

Francamente, Señoras mías, esas modistas que tan en boga han puesto los infinitos matices encarnados en los vestidos por todo lo alto y lo bajo, no han caído en la cuenta de que, al salir de paseo, podéis encontraros con esta gente de cuernos. Y eso que ya cuenta sus buenos años aquella balada en que pone Víctor Hugo este estribillo:

Niñas, mirad que pasa la boyada:
Ocultad vuestros rojos delantales (1).

En estos casos es verdaderamente temible el buey: se pone loco de miedo, y la mole que aplasta cuando pisa, y los cuernos que aventan ó penetran con pujanza asombrosa, hacen de este animal un enemigo tan terrible como la bestia más fiera.

Pero todo esto es efecto de la pasión que le descarrila, porque él de suyo es bueno y pacífico.

¿No habéis encontrado nunca por los caminos alguna vaca tan mansa que la va condu-

(1) Enfants, voici des boeufs qui passent:
Cachez vos rouges tabliers.

ciendo del ramal una niña de ocho ó diez años? ¡Pobre animal! Es la única riqueza de la casa: sus pobres dueños no tienen heredades donde apacentarla, y la llevan por los ribazos de los caminos públicos: por ellos, ya en las cunetas, ya á raíz de los setos, encontrará algunas yerbecillas que nadie se las podrá disputar... Guíala una niña, arrollada al brazo la cuerda que sujeta á la vaca, y va delante, al mismo paso que el animal, muchas veces tiritando de frío, mal tapujada con su sayita de jerga azul y con su pañuelito de flores, cruzado por el cuello y espalda...: no se cuida del barro en que se hunden sus albarcas, por no perder punto en la media de lana burda que lleva en la mano. ¡Oh, si la vaca quisiera, de un topetazo acabaría con la niña!... pero, se deja llevar, y mientras está paciando, ofrece el cuello como para apoyo y estufa á su cariñosa pastorcita!

Sí, la vaca es mansa y el pobre encuentra en ella una amiga. ¿Quién de vosotros no tiene presente en la memoria aquello de Fenelón, cuando después de haber visto las lágrimas que se vertían por la pérdida de Brunón, tuvo él la suerte de encontrarla, y por sí mismo la llevó al caserío?

¡Hermoso espectáculo! El Arzobispo de Cambrai, el descendiente de Salignac de Fenelón,

el preceptor del Duque de Borgoña, al cerrar ya la noche, llevando del cabestro á la Brunón, y regocijándose en su interior con pensar en la alegría que va á devolver con ella á una familia!

¡Qué espectáculo más hermoso, además, el de aquellos niños saltando al cuello de la vaca encontrada, abrazándola, acariciándola, haciéndole fiestas, y aun empeñándose en poner sus ojazos severos para reprenderla de haberse escapado sin decir nada, dejando á toda la familia en tamaña tristeza!

Y á pesar de esto, notadlo bien, á la vista de tanto afecto la vaca parece fría... no devuelve el cariño que le manifiestan... He visto vacas muy queridas, y acariciadas con demostraciones que pasaban la raya de lo justo...; ellas alargaban el cuello para que les arrascasen la sotabarba, la nuca, ó el gáznate... pero todo se quedaba en aquel movimiento de placer egoísta... Á todas esas demostraciones capaces de quebrantar el corazón de un hombre, sólo correspondían con una indiferencia desdeñosa... y con una mirada sin expresión... ¡y nada más!

¿Qué quiere decir esto?

Lo diré francamente, Señores: este es el rasgo de más ingenio que encuentro en la vacal...

Sabe ella muy bien cuánto valen tales cariños! Que amanezca el día en que se le acaba la leche, y á la primera vuelta que por allí dé el carnicero... Brunón quedará vendida...; y aquellas mismas manos que tanto la acariciaban, la entregarán á las implacables del matador, quizás con pena, quizás con lágrimas... ¡Oh lágrimas... de cocodrilo, las de los hombres!... *Lacrima nihil citius arescit*, «nada se seca más presto que una lágrima», dice Cicerón. No ha leído á Cicerón la vaca, pero bien lo sabe; sabe que no la habrán colgado aún á ella en la escarpia del matadero, cuando aquellas manos, aquellas mismísimas manos estarán ya acariciando á una recién venida, con el mismo amor y con el mismo cariño extremado, hasta que ésta se haga también vieja y sea también vendida al matarife!... ¡Y así continúa la serie!... sin que en la casa haya algo que cambie sino la vaca!...

¡Ah! ¡los afectos del hombre!...

¡Y se querría que en pago de esta comedia de amor diese la vaca alguna parte de su corazón! ¡Vamos!...

Nos gusta su leche...: nos la da. ¿Qué tenemos que replicarle?

Nosotros, los hombres, sí que nos dejamos traer y llevar de semejantes protestas de cariño;

pero las vacas... no se cuidan de tal cosa!... ¡Son más previsoras!...

Nosotros, los hombres, somos tan sencillos que creemos en esos afectos desinteresados y platónicos... ¡pero las vacas no se cuidan de tal cosa!... ¡Son más agudas!...

Nosotros, los hombres, somos tan estúpidos que creemos en afectos... eternos... ¡Las vacas no se cuidan de tal cosa!... ¡Son más prudentes!

¿Queréis ver palpablemente en práctica el egoísmo del hombre? Pues seguidle en la manera de explotar la vaca...: no puedo aducir ejemplo más concluyente. Acaba de nacer un ternero... y en seguida, mojado aún, se lo llevan en brazos...: ¡que no le vea la madre, ni le oiga siquiera! ¿Por qué? ¡Ah, si la madre llegara nada más que á entreverlo, quebrantaría con sus mugidos el corazón más duro, rompería su cadena, se lanzaría tras él, y antes se dejara matar que separarse de su hijo! Pero ¿por qué separarla?... ¡Qué sencillotes sois!... Tiene más leche de la que necesita el jatillo; le darán á él su ración... aguada, y lo que quede se venderá á buen precio. ¡De modo que esa madre jamás conocerá á su hijo, ni este hijo conocerá jamás á su madre!...

Pero es de ver lo que hace la nodriza que, por ganar un franco diario, se sustituye á la

madre. Mezcla con la ración de leche un cubo de agua, la lleva al ternerillo que yace tendido sobre unas cuantas pajas, y se la deja delante... El animalito permanece inmoble... «¿Qué será ese cubo? ¿Qué significará esa agua fría?» ¡Bien pronto tiene la explicación! La nodriza le coge bruscamente la cabeza y, quieras ó no quieras, le hunde los morros en aquel brevaie blanco...: el ternero se enfada, se defiende, se sacude y se resiste...; que no es eso lo que él pide... sino la ubre de su madre... Entonces le meten los dedos en la boca para engañarle, y el infeliz, muy alegre, se ilusiona, se estremece de gusto, y á grandes tragos va sorbiendo aquella leche apenas suficiente para su sustento.

Al cabo de algunas semanas, se le sujeta á un examen riguroso... á la alternativa de vida ó muerte. Solamente en Namur se degollaron el año pasado, como si dijéramos antes de salir de la infancia, sin haber probado la vida, cuatro mil seiscientos cuarenta terneros, que dan, por término medio, doce al día... Dejarlos vivir más tiempo cuesta demasiado... Pues matarlos! Si se les concede vida más larga, la ternera ó becerria comenzará á los dieciocho meses ó á los dos años la vida de esclavitud que llevó su madre, hasta que á ella también le llegue el turno, y la maten, y se la coman. El buey ya

mutilado, arrastrará el arado por los campos hasta que le toque á él también la misma suerte. La matanza está siempre en perspectiva.

¡Examinad bien la vida que llevan en nuestras casas, entre nuestra familia, esos desventurados animales, y no encontraréis en toda ella la señal más mínima de que el hombre se preocupe de hacerles bien!... ¡Todo por el bien propio!... Sí, á esto lo encamina y endereza todo. ¡Y, por cierto, que se retrata en ello de cuerpo entero!

¡Y querríais que las vacas amasen al hombre?

¿Me permitiréis que os recite una fábula?
Oídla:

Vió un hombre una culebra, y al instante
«¡Oh maldita! exclamó, yo hacer hoy quiero
Una obra agradable al mundo entero».
Á un discurso tan franco y tan galante
El animal nocivo
(Es decir, la serpiente,
No el hombre; fácilmente
Engañarte pudiera el adjetivo),
La serpiente, dejándose echar mano,
Presa quedó y en un saco metida,
Y al punto, rea ó no, en el juicio humano
Condenada se vió á perder la vida.

Por dar una razón que al caso venga,
El otro así la arengá:
«¡Oh símbolo de ingratos! Es de necios
Mostrarse con los malos indulgentes:

Muere pues; tu cólera y tus dientes
No me dañen ya más». Á estos desprecios
Repuso el animal en su lenguaje:
«Si hubieses de juzgar con tal coraje
Á todos los ingratos de este mundo,
¿Á quién perdonarías?...
¡Infeliz! Tú mismo haces tu proceso,
Y en tu lección, al hablar así, me fundo.
Si no, examínate. Mis días
En tus manos están; córtalos: eso
Tu justicia reclama, ó mejor dicho,
Tu interés, tu placer y tu capricho.
Júzgame por tus leyes; mas consiente
Que al morir diga al menos que el retrato
Y símbolo acabado del ingrato
Es el hombre crúel, no la serpiente».

Estas palabras hacen detenerse al juez, el cual para decidir el pleito apela al arbitraje. Á punto estaba una vaca. Y preguntada sobre el caso responde:

¿Y en esto cabe duda? la culebra
Tiene razón, ¿á qué disimularlo?
Hace ya muchos años
Que al hombre doy sustento
Y acreciento fecunda sus rebaños,
Y no ha pasado un día
Que no le haya prestado acatamiento.
Suya es la vida mía
Por mi leche y mi cria
Lleva á casa el dinero á manos llenas;
La salud que perdiera en sus faenas
Por mí la recobró, y con mis afanes
Solamente pretendo
Verle alegre y henchirle los desvanes.

En premio de lo cual el pobre diablo
Sólo me da un rincón donde me tiendo
Sin yerba!... ¡Si á los prados me llevara!
Pero no, ¡siempre atada en el establo!...
Pues yo pregunto ahora:
Si la culebra fuese mi señora,
¿Fuera jamás posible que mostrara
Tamaña ingratitud á tal servicio?
¡Adiós! Este es mi juicio.

Irritado el hombre, recusa tal arbitraje, y apela al buey; pero viendo que también el buey conviene con la culebra y la vaca, apela al árbol, el cual habla ni más ni menos que el buey, y la vaca, y la culebra.

Pero ¿creéis que se da por vencido con el nuevo fallo?

«¡Qué simple, dice, soy que oigo á esta gente!»
Y dando con el saco en la muralla,
Prosigue la batalla
Hasta que hace tortilla á la serpiente.

Y añade La Fontaine:

Así piensan los grandes:
¿Que tú tienes razón? No se lo mentes;
Que es suyo cuanto existe,
Cuadrúpedos, y alados, y serpientes;
Y si hay alguien que chiste,
Será un necio! Es verdad. ¡Pues apañarse,
Y hablar desde bien lejos ó callarse!

Hablar desde lejos no es todavía muy seguro, porque esos señores tienen los brazos muy largos. Por tanto, callémonos.

En la alquería que íbamos visitando, en el fondo de un rincón, he dicho ya que había una cabra. Con ella vamos á entretenernos unos instantes.

El nombre de cabra, como el de buey, ha recibido en zoología una extensión mucho mayor que en el lenguaje vulgar; representa asimismo á toda familia, de la cual nuestra cabra doméstica no es sino una rama, y comprende el chivato de los Alpes, de los Pirineos, de España, del Cáucaso y de la Siberia, las cabras propiamente dichas, y las Kemas-Tahir ó semicabras de las montañas del Asia.

El tronco salvaje que ha dado origen á nuestras cabras domésticas es muy poco conocido. Se las hace derivar generalmente de la *capra Falconeri*, que vive en estado de libertad en la India y en el Tibet, y de la *capra Egagrus*, que vive asimismo en libertad en el Cáucaso y en Persia.

Ahora bien, si examinamos la Egagro, hallaremos que su forma general es muy parecida á la de la cabra ordinaria: cuerpo bien hecho y

asentado en patas finas, pero firmes y nervudas; cabeza recta y descarada; ojos amarillos llenos de malicia y de socarronería; fisonomía sarcástica y escéptica, con la sonrisa volteriana en los labios, finos, cerrados y extendidos.—Si estas cabras hablan entre sí... ¡ahl ¡válganos Dios! me compadezco de sus prójimos.—En suma, un tipo de viejo maligno que se burla desdeñosamente de hombres y de cosas, remedo de Mefistófeles. Sobre la cabeza, dos cuernos grandes nudosos, encorvados hacia atrás, que en el macho llegan hasta un metro y treinta. Pelo medianamente largo sobre un bozo corto y fino; leche cuanta es necesaria para criar los cabritos hasta el fin de la lactancia, que es muy corta; algunas horas después de nacer, siguen ya á su madre los hijos. Un macho bien desarrollado tiene un metro y sesenta centímetros de largo, por un metro de alto hasta la cruz y algo más hasta las ancas.

El carácter de la cabra Egagro es de una indolencia y frialdad notable. Traviesa, juguetona y revoltosa, apetece las cumbres de los montes y los bosques lindantes con las nieves; pero hace frecuentes excursiones ora á las llanuras, por las cuales juguetea y se divierte como un niño, ora á los ventisqueros, cuya nieve revuelve y esparce con los cuernos. Vive en manadas de diez,

veinte y treinta, que va dirigiendo un macho tan regañón como barbudo. En su vejez se hace por demás atrabiliario, pendenciero y déspota... Por algún tiempo se le tolera, con aquella paciencia que es razón tener con una autoridad decrepita; pero un día se llena la copa, se convienen los jóvenes, y á topetazos dan con el viejo fuera de la presidencia...

No hay ligereza comparable á la de estos rebaños trepadores. La Egagro va á orillas de precipicios inmensos, por unos senderos que apenas le dan espacio para asentar el pie, sin que le asusten aquellas negras profundidades en que no halla fin la vista: á veces se la ve encima de ellas, contemplándolas durante horas seguidas por si logra descubrir entre las rendijas de las peñas alguna ramita verde, y en divisándola se va al punto á mondarla. Echada hacia atrás la cabeza y plegadas debajo del vientre las patas, salta de un extremo al otro, corta el viento, vuelve á caer, se sacude, y sigue su carrera de roca en roca, semejante á la mariposa que revolotea sin dirección fija de mata en mata. Ramonea con desdén, prefiriendo las yerbas olorosas... No bien se inclina un árbol vencido por el viento, la Egagro trepa á él, se posa en las ramas, y con la finísima punta de sus dientes va desmochando los tallos entre ligeros movi-

mientos de cabeza, lenguaje expresivo de la voracidad satisfecha.

Ahí tenéis la cabra salvaje. Ahora vuelvo á mi pregunta de siempre:

¿Qué ha hecho de ella el hombre?

Y en primer lugar ¿qué ha querido hacer de ella?

Mencionaré ante todo el uso singularísimo que antiguamente se hacía de ella.

No hay cosa que los antiguos médicos y curanderas no convirtiesen en medicina. Pero entre los medicamentos de antaño, el más precioso, el más raro era... el bezoar. — ¿No sabéis lo que es el bezoar?... ¡Oh!... pues ¿cómo habéis podido vivir?... Es un pequeño amasijo ó concreción de sales calcáreas, generalmente de forma esférica y ligeramente granulosa. Las tales pedrezuelas tienen virtudes incomparables: sirven de triaca á los envenenados, preservan infaliblemente de todo virus morbosos, del carbunco, de la viruela, del cólera; curan todo el catálogo de las enfermedades de Molière. Y todo sin más que llevarlas al cuello...

¿Os reís? ¿Tenéis derecho á ello?... ¿Os olvidáis de que en nuestros días, en pleno siglo XIX, las píldoras han curado... y curan aún todo? Sea-

mos modestos. Digo, pues, que el bezoar fué por mucho tiempo la panacea universal. Sin atribuirle precisamente virtudes celestiales, se le ponía en la misma categoría que las sagradas reliquias. Pues bien, el bezoar se encuentra casualmente en el cuerpo de la cabra Egagro.

Por tal motivo la cazaban, le abrían el vientre, y en sus entrañas humeantes buscaban... el bezoar. Koempfer asistió en 1686 á una cacería de éstas, que duró... cuatro días; aquello fué una degollina... y total, se volvieron á casa con dos bezoares. Semejante abuso de la cabra no había de traer ningún mejoramiento á la raza... ya se concibe. Pasemos adelante.

El hombre halló muy buena la leche de la cabra. En efecto, iguala y aun supera á la de la vaca. Es más rica en manteca y caseína; y si da menos azúcar, también tiene menos agua. Desde la más remota antigüedad se explotaban con este objeto las cabras, y... ved también aquí en práctica el egoísmo del hombre. ¡Los pastores del monte Oeta, para hacerles dar leche, aun después de secas las ubres, se las frotaban... con ortigas!

Atento á tener leche formó el hombre de la Egagro salvaje razas domésticas principalmente lecheras. Citaré tres: la cabra enana, cuyo campo está encerrado por el Níger y el Nilo blanco:

la cabra del Egipto ó de nariz arqueada, y nuestras cabras vulgares. Las cabras enanas han disminuído considerablemente de talla: no tienen más que sesenta y seis centímetros de largo y cincuenta de alto hasta la cruz; pesan, cuando más, treinta y tres kilos. Se las ordeña por la mañana, y luego van á correr libremente por los bosques; tornan á casa al atardecer, y, nuevamente ordeñadas, pasan la noche en el redil de su amo. Muchas veces, á la vuelta, faltan algunas al llamamiento, y es que se las ha llevado el leopardo; pero á pesar de estos diezmos cotidianos, jamás les ha ocurrido á los negros la idea de llevarlas por sí mismos al campo ni pastorearlas.

La cabra de la Tebaida es un poquito más alta que la enana, pero más pequeña que nuestras cabras ordinarias: no tiene barba ni cuernos: la nariz aguileña, la mandíbula inferior abultada, los dientes de abajo rectos y salientes, las ubres pesadas y colgantes casi hasta el suelo, le dan un aspecto desagradable...; pero es la lechera por excelencia.

La cabra doméstica de nuestro país, la tenéis bien conocida, y no hay para qué describíros-la: pero sí notaré un pormenor, y es que, bien alimentada, puede dar en un año hasta ochocientos cincuenta litros de leche.

Visteis el año pasado las manadas de cabras negras que con las ubres repletas recorrían las calles de la ciudad. Anunciábalas su pastor con un canto montañés, que por cierto sonaba harto mal, sin eco y sin vida, entre estas hileras de muros tan rectos de nuestras casas modernas. Á su paso abríanse las puertas: las criadas acudían, presentaban su jarrita de porcelana, y allí mismo, á una señal, acercábase la cabra que designaba el pastor, y se dejaba ordeñar hasta llenar la medida.

Esta costumbre, recientemente introducida en nuestras ciudades, es antiquísima en Egipto: así van allí las cabreras con sus manadas... cantando (no gritando), *Leb'n, leb'n Hilwe!* «dulce, dulce leche!» y del mismo modo también, á este canto, se abren las puertas y las criadas acuden y presentan sus jarritas.

La cabra no sólo da leche; da también pelo largo y flexible muy á propósito para tejidos. Por eso, mientras en las comarcas que acabo de mencionar pedían á la cabra salvaje la leche, en otras le exigían el pelo. Y aquí tienen su origen razas del todo nuevas: la cabra de Angora, la de Cachemira, la Mamberina.

Para entendernos mejor, intercalaré una nota de zoología. En la piel del animal se distinguen dos clases de pelo, bien diversas; el pelo propiamente dicho y el bozo. El pelo, por lo general recto, fuerte, bastante largo, es el único que resalta en la piel y la colorea. El bozo, pelillo corto, rizado, muy fino y muy suave, se enrosca á la raíz del largo, formando como una mata de musgo en que el verdadero pelo se halla plantado: constituye el fondo de la piel, y es el que principalmente se espesa y multiplica durante los fríos, cuando el animal echa su vestido de invierno.

El pelo y el bozo, cuando tienen largura suficiente, se pueden tejer, y uno y otro se los ha pedido el hombre á las cabras. Las de Angora fueron las primeras que formó para este fin. Han conservado la forma exterior de la salvaje, sin más variación que los cuernos. La piel es magnífica. Pero fijaos bien, miradla de cerca... es una piel vuelta al revés: el pelo propiamente dicho casi ha desaparecido; está como ahogado y perdido entre el bozo fino, blando, brillante, sedoso y de sorprendente largura. Para daros de él alguna idea, no me ocurre otro medio que ponerlos á la vista un perro ordinario de pelo corto y otro de aguas, ó un gato vulgar y un gato Angorano: la misma diferencia hay entre

la cabra salvaje y la de Angora. Un vellón de estas cabras pesa de mil doscientos cincuenta á mil quinientos gramos. Sólo la ciudad de Angora da, al año, cerca de un millón de kilos, que representan el valor de cuatro millones quinientos mil francos.

¡Confesad que por lo menos en esto ha salido el hombre con la suya! ¡ha querido lana, y la tiene!

Otro ejemplo perfecto de su poder nos ofrece la cabra de Cachemira, pequeña, pero de buena planta. En ella, el pelo y el bozo han variado por completo.

Mientras que en la cabra de Angora el pelo quedaba como ahogado debajo del bozo, en la de Cachemira sobresale el pelo y es fino y sedoso; mas no pierde nada el bozo por haber quedado más corto, antes por el contrario gana, haciéndose tan fino, tan blando y tan felpudo, que en resumidas cuentas él es el que hace subir las telas de precio y de mérito.

El esquila de las cabras de Cachemira suele ser en Mayo ó en Junio. Inmediatamente se hace la primera selección, separando el pelo del bozo. El pelo se lleva en seguida á la labor y sirve para telas bastas; el bozo se vuelve á entresacar otra vez y se hacen dos clases. Hay vellones de noventa y cinco á ciento veinticinco

gramos, pero de ahí no pasan; y como para un metro cuadrado de tela se necesitan mil gramos, un kilo, fácil es ver que un metro cuadrado requiere de diez á veinte cabras.

¡Pero cabras no faltan! ¡Bajo la dominación del Gran Mogol había, solamente en Cachemira, sesenta mil tejedores metidos todo el año en el oficio, para suministrar al lujo de Europa los chales que pedía!

¡Ah! qué hermosos chales los de Cachemira blanco, con sus ramos de flores bordados en los ángulos! y qué dinerales tan locos solían pagarse por ellos, allá cuando tanto se usaban en otro tiempo! Y sin embargo, todavía nos costaba menos á nosotros que á las señoras de Oriente... Aquellas buenas señoras los sometían á una experiencia singular: un chal de Cachemira, para ser bueno, había de pasar todo entero, de un cabo á otro, por su anillo, como una hebra de hilo pasa por una aguja. ¡Oh, entonces, por comprarle hubieran ayunado una cuaresma que durase de Enero á Enero!

Antes se creía que lo que daba á estas cabras tan preciosos vellones, era el clima y el sol, no el cuidado que de ellas había tenido el hombre... Pero las cabras de Angora trasportadas á Francia y á España han dado un resultado maravilloso. Introducidas en Francia por Jauber,

en 1819, llegaron á cuatrocientas. Un macho cabrío del Jardín Botánico sustituyó á los que murieron en el viaje. Hoy es el día en que este rebaño lleva ya dados á sus dueños más de veinte millones de francos.

Podríamos tenerlas también nosotros en Bélgica; pero en Bélgica ¿quién piensa en estas cosas?... Á más de que en Bélgica se esquila tan en grande á la gente, que quizás faltase tiempo para esquilar á los animales.

Por lo que toca al instinto, no se ha esmerado el hombre más con la cabra que con el buey. Sin embargo, mientras el instinto del buey ha degenerado, el de la cabra ha conservado su sello primitivo. Y ¿por qué? La razón es muy sencilla. Las cabras gozan más libertad é independencia, no viven encerradas día y noche en parques ó establos, ni se ven constantemente con la cadena al cuello, antes al contrario, siempre tienen ciertas horas á su disposición para hacer lo que les da la gana. En los Alpes ellas van á buscar á su antojo los pastos, y á sus anchas andan hasta la caída de la tarde, en que vuelven á ponerse bajo la protección del hombre: se encuentra uno manadas de ellas en los

bosques, en los montes, siempre brincando, siempre juguetonas: lléganse al viajero como para conocerle, se dejan acariciar de él suavemente, le siguen largos trayectos, y, cuando les parece, le abandonan. Por la tarde, después de haber andado así á la ventura, ni una siquiera duda del camino que la ha de llevar al establo. En Suiza, en Andalucía y en otras partes, se las confía á un cabrero que las guía, ya solas, ya con un rebaño de carneros. Pero ¡qué vida tan dura le hacen pasar al pobre cabrero! Cuando queremos calificar un natural inconstante y volatario, que de un momento á otro muestra las voluntades más contrarias y divergentes; risueño por la mañana, sombrío y triste por la tarde; amigo hoy de Pedro y mañana de Juan, para pasar muy pronto de Pedro y Juan á Pablo y á Diego; un genio que sin ton ni son, de repente, por arrebatos bruscos, quiere ahora esto y luego no, y en suma, ni sabe bien si quiere ó no quiere; tenemos para calificarlo una palabra muy propia: caprichoso y capricho.

Y ¿sabéis de dónde viene esta palabra?... Pues de cabra... *Capra, Capricus*. De modo que decir de una voluntad que es caprichosa, equivale á decir que es una voluntad de cabra. Pero nuestros caracteres caprichosos han tomado entre nosotros un tinte pesado y desagradable.

No hay en la cabra nada que se le parezca...: es alegre y divertida, tal vez se ríe de todo, como el Fígaro de Beaumarchais, para no tener que llorar. ¿Queréis verlas en su carácter?... Son dos entre un rebaño de carneros en las gargantas de Sierra Nevada... De ambos lados hay crestas de rocas agudas como agujas y derechas como torres...

Si hay picacho sin senda
Ó peñasco asomado á un precipicio;
Allá van mis señoras,
Á pasear y dar aire á sus caprichos (1).

De tres brincos se plantan en la erguida cumbre, y desde allí empiezan á balar como para llamar á los carneros. Desesperado el pastor, lanza el perro en pos de ellas... El pobre perro trepa con todas sus fuerzas, pero á cada paso se le escurren las uñas por la roca, y por más que zarpea, se viene abajo. Las cabras le están mirando, y de tanto en tanto sacuden la cabeza entre balidos bruscos y cortos... ¡Seguro que se están riendo! El perro no se desanima por eso; veinte veces renueva la empresa, y vuelve á subir; en fin, jadeando, enrojecidos los ojos de fatiga, abierta la boca, y la lengua desazonada por la saliva, hace un esfuerzo supremo por lle-

(1) La Fontaine.

gar á la cumbre... ¡ya la toca!... ¡Ah! ¡ah!... ¡que de un salto mis dos cabras se han pasado á la aguja de enfrente! Vedlas, allí están balando otra vez con una sonrisa burlona, mientras que el pobre perro baja feamente desde el primer picacho para tentar á subir al segundo.

En el entretanto los carneros se han desparrramado por todos los repliegues de la garganta... ¿Qué hace el pastor?

Lo que debía haber hecho desde el principio... llama al perro, le envía á los carneros y sigue su camino. ¿Y las cabras?... Las cabras... ya bajarán entonces ellas solas, y cogerán su sitio en medio del rebaño.

Este carácter caprichoso de la cabra se manifiesta en todo: de las quinientas setenta y seis especies de plantas de nuestra flora, come cuatrocientas cuarenta y nueve, pero por antojos. El euforbio, la celidonia, el leño gentil (*daphne mezereum*) y la cicuta que envenenarían á otros animales, no le hacen daño alguno... á lo sumo, el euforbio apresura más de lo necesario la digestión.

He visto con mis propios ojos en una casa de campo de nuestro país, una cabra blanca que tenía todo su gusto en comer tabaco...: le deshacíamos cigarros... y ella los saboreaba, y luego se relamía los labios... La pasión por el

tabaco sólo quedaba dominada por la afición al papell... No me cabe duda que se hubiera comido resmas enteras... Y ¡cosa singular! Aunque estuviese manchado de tinta, no reparaba; pero que hubiese pasado por él nada más que la punta de la lengua... ¡oh! ya no... ni siquiera lo tocaba... lo olía, y luego sacudía la cabeza con tal estremecimiento de disgusto, que le corría por todo lo largo del espinazo.

La Fontaine cuenta que, encontrándose de frente dos cabras, quisieron pasar un puente por donde «apenas hubieran podido pasar de frente dos comadreas». Las cabras se toparon en la mitad de él, y no queriendo ceder ninguna, «las dos se cayeron al agua».

¡Yo tengo muy grave sospecha de que el bueno de La Fontaine imaginó este cuento! Plinio, que fué testigo ocular de un encuentro parecido, vió otra cosa muy diferente: una de las dos cabras se agazapó y dejó á la otra pasar por encima.

En ocasiones menos dificultosas, la cabra es pendenciera y batalladora; pero es raro que sus combates acaben mal... Es cosa de risa.

Hallábase un inglés no lejos de la fonda del

Grímsel (1) dibujando un delicioso paisaje. Sentado sobre un tronco yacente, había abierto el enorme quitasol gris de los pintores *turistas*, pero cediendo al sueño, que le oprimía como plomo los párpados, cerró su cartera, y apoyados los brazos sobre el bastón, á la sombra de su gran quitasol, se quedó profundamente dormido. Acertó un macho cabrío á pasar por allí de bureo, y sorprendido por tan raro espectáculo, hizo alto y se puso á contemplar al inglés... Mi buen hombre dormía como un lirón: la cabeza se inclinaba y caía poco á poco hacia

(1) Es una de las principales cumbres de los Alpes Berneses, cerca del nacimiento del Ródano, á cuatro leguas SO del monte San Gotardo. Esta montaña, cuyo puerto está á 7.700 pies sobre el nivel del mar, encierra masas de cristal de roca de extraordinario tamaño: está cubierta de nieves perpetuas, y la atraviesa un camino que va desde el valle de Oberhasli al cantón de Berna, y á Obergesteln, en el Valés, por entre enormes peñascos de granito, y á veces sobre inmensas capas de nieve. Á 245 pies más arriba del puerto, en un pequeño valle de su vertiente septentrional, hay una venta donde se alojan muchos viajeros curiosos. En 1799, cuando se dieron varias acciones en esta montaña entre franceses y austriacos, un cuerpo de tropas austriacas que venía del San Gotardo, quemó la venta, la cual, años después, fué reedificada y más adelante convertida en fonda, que sirve de descanso á los muchos extranjeros que acuden durante el verano á disfrutar vistas y aires difíciles de disfrutar en parte alguna de Europa. (N. del T.)

el pecho, y luego se levantaba bruscamente para volverse á inclinar y á caer... El macho cabrío, interpretando torcidamente aquellas reverencias involuntarias, da unos pasos atrás, inclina también la cabeza hacia el pecho, y se pone en espera...; mas como el inglés permanecía fijo en su sitio, el cabrón levantó al cabo de un rato los ojos y le miró otra vez...: la frente del inglés seguía inclinándose... Entonces, ofendido ya de tanta reverencia, se volvió á poner en guardia, y se lanzó con tal empuje sobre él, que el infeliz inglés dió una vuelta, como una veleta, alrededor del árbol, y con la cabeza en el suelo, las piernas al aire, entre el quitasol, cartera y pinceles, fué rodando al fondo de una cenagosa zanja que allí al lado había.

Dejo á vuestra consideración los gritos, la rabia, la vergüenza y el embarazo del pobre hombre revolcándose por el cieno. Y entre tanto, el tunante del macho cabrío puestas las patas delanteras sobre el tronco del árbol, contemplaba á su enfangada víctima, y balaba, y sus balidos hacían reir á los ecos de la montaña.

La aventura es auténtica; Tschudi la refiere muy extensamente en la obra que ha publicado acerca de los Alpes.

Estas cabras tan juguetonas se quieren mucho entre sí; cuando se pone á una de ellas

fuera del rebaño y se la tiene apartada, llora, bala, se lamenta, y por espacio de varios días no quiere comer ni beber. Aun al hombre le cobran grande afición, y á poco que se empeñe en domesticarlas, puede hacer de ellas un compañero tan constante y tan fiel como el perro. Me han contado que, hace algunos años, un pobre zapatero remendón de Namur tenía puestas sus delicias en una cabra. El pobre hombre ya de edad, ocupaba en compañía de su esposa é hijos un cuartito en el segundo piso de una casa de la calle Puits Connette. Allí trabajaba durante el día y dormía por la noche, y allí también vivía la cabra con toda la familia sin dejarla jamás. ¡Verdaderamente que para una cabra, amante, como todas lo son, del aire libre de los montes y de la libertad, la vida en un cuarto de un segundo piso había de ofrecer pocos encantos! Á esto, sin embargo, se resignaba y permanecía fiel á su amo.

Todas las mañanas, bajaba el zapatero á echar á la calle las cenizas del fogón y las barreduras de la cocina; la cabra entonces, haciendo sonar muy bien sus cuatro zapatitos sobre cada una de las gradas, bajaba la escalera con él, respiraba á grandes tragos el aire fresco, se estiraba dando carreras y saltando como una loca, y luego, también con él, subía otra vez á su terri-

torio. En qué haya venido á parar la cabra lo ignoro; pero el honrado zapatero suele á veces saludarme en los días de buen tiempo, cuando paso por delante del jardín del hospicio Saint-Gilles.

Entre la gente del campo, para distracción de los niños, se les da un cabritillo; y seguramente no tienen amigo mejor ni más fiel: le llevan en brazos como á un perrito, y como un perrito les sigue él también por los caminos.

No es raro que algunos niños, á falta de nodriza, se alimenten con la leche de una cabra... y entonces el pobre animal parece tener conciencia de la gran obra que le ha caído en suerte... Cuando el niño llora, al punto acude ella como si adivinase que la necesita. Tengo noticia de un caso en que la cabra saltaba por sí misma á la mesa, para ponerse mejor al alcance de la niñera y del niño. Quieren al niño como hubiesen querido á su cabritillo. El doctor Fránklin cita el hecho siguiente: «Una cabra llamada Fanchette había amamantado á un niño del campo, cuyos padres, teniendo que dejar su casita de labor para irse á vivir á la ciudad, destetaron al niño y vendieron la cabra. Ella que se vió acometer del nuevo amo, se resistió cuanto pudo, se echó en el suelo dando balidos... y no se dejó llevar sino á rastras. Dos

días después, iba ya la familia con todo su mueblaje en dirección de la ciudad á muy buena distancia de su antigua vivienda, cuando de repente, dirigiendo la madre hacia atrás la última mirada, vió allá lejos, en medio de la carretera, una nubecilla de polvo: pararon... era Fanchette, que había roto la cuerda y corría á ver á su ahijado!» Fránklin no dice lo que se hizo de Fanchette. Pero, yo, por mi parte, bien sé lo que hubiera hecho! Sé lo que han hecho con otra parecida ciertos amigos míos, á quienes por eso los apreció más. Había estado la buena cabra dando leche al niño más pequeño de la familia... pero cuando el pequeño Benjamín dejó la lactancia, no fué vendida la cariñosa nodriza, sino conservada con esmerada diligencia; á ella se dirigían en casa las caricias más tiernas; para ella eran las yerbas más dulces y sabrosas del jardín; hasta se le permitía sin mucho reñirla, que despuntase las flores más bonitas.

Así vivió honrada y mimada todo el resto de su vida. Cuando le llegó la hora de la muerte, lloraron por ella; la enterraron en medio del jardín, sembraron flores sobre el sepulcro, y la señora, con una gratitud tiernísima, enseña aún el sitio en que descansa la nodriza del último de sus hijos!...

Bueno es, Señores, que de tiempo en tiempo encontremos algún ejemplo de éstos, á lo menos para contestar á las culebras de la Fontaine.

No había ningún carnero en el establo que os he descrito. Ya os he dicho que eso constituía una verdadera laguna: pero fácilmente la puedo llenar: entre mis recuerdos los tengo también de carneros. El año 1854 vi muchas veces una pareja de ellos, blancos, muy grandes, enjaezados de rojo, arrastrando por los bulevares de Bruselas un carricoche pequeñito acomodado á talla, en que iban arrogantemente sentados dos mozuelos, ya regularcitos: el uno es actualmente secretario de una embajada... el otro... permitiéndme ocultaros el otro: pero... jamás podré olvidarme de los carneros.

Los carneros son de especie muy vecina á la de las cabras; sin embargo, se distinguen de ellas; pues los productos mestizos de carnero y cabra no han llegado á formar especie permanente.

Quizás sea la del carnero la primera especie animal que, con la del perro, fué reducida por el hombre á estado doméstico, pues al carnero ya se le encuentra en la edad de piedra: lo cierto

es que, al presente, ninguna otra se halla tan rendida á merced del hombre.

«Si se atiende á la debilidad y á la estolidez de la oveja, dice Buffón, si se considera al mismo tiempo que este animal indefenso no puede hallar su salvación ni aun huyendo, que tiene por enemigos á todos los animales carniceros, los cuales parecen buscarle con preferencia y devorarle por capricho, que se reproduce con lentitud, y sus individuos viven poco tiempo, etc.... casi podríamos imaginarnos que, desde su origen, quedó confiada la oveja á la protección del hombre, que ha necesitado de esta protección para subsistir, y de este cuidado para multiplicarse... Si aun hoy se dejasen abandonados por el campo los numerosos rebaños de esta especie que tanto hemos multiplicado, pronto serían destruidos á nuestra misma vista, y hasta la especie misma quedaría completamente extinguida por el número y voracidad de sus enemigos».

Mejor no se podría decir; pero esta oveja que pinta Buffón es la transformada por el hombre, no la primitiva, tal cual salió de las manos del Criador. Nosotros, empeñados en amoldarla á nuestro provecho, le hemos quitado no solamente los medios, sino hasta el instinto de resistencia. La oveja primitiva no estaba hasta tal grado formada para la esclavitud.

El tronco original de nuestras ovejas parece ser por una parte el muflón de Córcega y de Cerdeña, y por otra el muflón argalí del Asia central y de la India. El argalí, el más próximo á la cuna de la raza humana, el primero, por consiguiente, que merece nuestra atención, es grande y de hermoso cuello; fácilmente llega á la talla de un becerro añal, es decir, sobre dos metros y quince centímetros de largo y uno con treinta de alto. Un carnero ya hecho pesa más de ciento cincuenta kilos, sin contar los quince ó veinte que pesan los cuernos. Su pelaje, moreno gris, es blanco debajo del vientre, en el hocico y en las nalgas. La hembra tiene cuernos lo mismo que el macho, pero más pequeños, más delgados y casi rectos.

En verano como en invierno, habita en los valles elevados, entre seiscientos y mil metros. Cuando los fríos marchitan los pastos, sigue aún comiendo yerbas amarillentas é insípidas, pero también se alimenta de liquen y musgo. El argalí tiene muy desarrollados los sentidos. Dificilmente puede acercársele nadie sin mucha astucia. En barruntando al cazador, huye á todo correr hacia las angosturas del valle, saltando por los precipicios como una gamuza; y de ordinario logra escaparse.

Cuando se ve acosado vuelve la cara, pre-

senta los cuernos al enemigo, y le espera á pie firme...: entonces no teme ni al lobo ni al hombre... y á veces los acomete, los derriba y salta sobre ellos.

¡Y henos aquí bien lejos de nuestros carneros! Pero antes de volver á ellos, permitidme que os señale un pormenor: el vestido del argalí, de cuyo color ya os he hablado, si se le mira de cerca se ve que está formado de pelo largo, duro y recto, pero entreverado con él y sirviéndole como de fondo, se descubre además un vello blando, corto y rizado. No lo olvidéis.

Frente al argalí, materia bruta sobre la cual ha trabajado el hombre, poned al carnero doméstico, fruto de su trabajo. Las diferencias resaltarán clarísimas como la luz meridiana.

El carnero es mucho menor: el más alto apenas llega á ochenta y cinco centímetros; los más largos pasan poco del metro. En todo su conjunto ha desaparecido aquel sello de ligereza y soltura en que tanto se parece el argalí á la gacela; el tronco ha quedado muy largo respecto de la talla, y las patas demasiado abiertas, y por lo mismo, poco aptas para los movimientos de la carrera. Ha perdido su fuerza, su instinto y su valor. ¿Deberemos por tanto con-

cluir que en todo esto ha bastardeado ó degenerado? No por cierto. Para apreciar en su justo valor tan profundas transformaciones, preciso es averiguar aún el fin que en ellas ha pretendido el hombre. Cabalmente no hay obra en que su acción y su poder se muestren más visiblemente que en la formación de la raza lanar.

La oveja da al hombre leche, carne y lana. Pasemos por alto lo de la leche, que en resumidas cuentas no merece especial atención, pues si se exceptúan los quesos de Roquefort, de Sassenage y de Montpellier, donde parcialmente al menos entra la leche de ovejas, apenas hay en este punto nada que tenga importancia.

La carne del carnero es fina y sabrosa, y por eso el hombre ha formado del carnero una raza para la tabla. Sí, la ha formado; pero no hace mucho tiempo aún que trabaja en esto. Por su natural negligencia había abandonado la reproducción á su buena ventura, y la raza degeneraba rápidamente. Pero en 1755, es decir, hace un siglo, Robert Bakewell, labrador de Dishley-Grange, en el Leicester, entra en cuentas. ¿Sus rebaños son medianos?... no importa. Los alimenta con buenos pastos... excluye resueltamente de la reproducción los individuos mal acondicionados para el objeto que se propone,

y conserva sólo aquellos que, á una osamenta ligera, reúnen musculatura y carne abundante, y... al cabo de cinco años, logra una raza tan perfecta, que arranca la admiración de toda Inglaterra. Veinte años más tarde, sólo el alquiler de los machos para la cria, llevaba á la casa de Dishley ciento setenta mil francos anuales. El carnero cebado de Dishley pesa de ciento veinte á ciento cincuenta kilos. No es, ciertamente, muy bonito; bajo y rechoncho, se parece á una barrica larga llevada por cuatro patas; pero no se le ha formado para modelo de museo: se ha querido de él carne y grasa, y se ha conseguido.

Inglaterra es la que en esta parte ha mostrado especialísimo empeño; y así, á más de la raza de Dishley ha formado otras varias, como la de Costwold, la de New-Kent y la de Southtown, que dan admirables piezas para carne.

Os he dicho que el argalí pesaba ciento cincuenta kilos; y como este mismo peso hemos señalado para el carnero de Dishley, no parece que haya adelanto. Pero ¡atención! que en el argalí los cuernos pesan veinticinco kilos y la osamenta es fuerte y nudosa; y todo este peso inútil se ha eliminado, ó poco menos, en el Dishley, sustituyéndolo por carne: apenas tiene armazón para sostenerla. No sé qué naturalista

ha notado que, á poco más que se extremase la reducción del esqueleto, resultaría un animal que no podría tenerse en pie. Viendo estas razas magníficas de carneros ingleses, exclamaba lord Sommerville: «Parece que el ganadero trazó á su antojo un dibujo en una pared, y al punto le dió ser y vida». Por manera que, en este punto, tenemos éxito completo en favor del hombre.

En todo tiempo se ha complacido el hombre en vestirse con pieles de animales. En un principio se limitó á curtirlas y coserlas, según la moda del tiempo. Pero no tardó en inventar el tejido, y desde entonces no pudo menos de darse á buscar lana buena y hermosa. ¿Cómo la halló en el muflón?... ¡Aquí os espero yo!

El argalí tiene bozo, ó digamos lana, pero muy poca, y allá en el fondo de su vestido y cubierta totalmente por el pelo. El muflón de Córcega y de Cerdeña tienen también alguna, pero menos.

Este es el punto de partida; ved ahora el de llegada. Nuestros carneros domésticos no tienen ya pelo... sólo tienen lana... bozo y nada más.

No para aquí el adelanto. Hay lana y lana, es decir, desde la basta que hace estremecer

las carnes y excita los nervios hasta la finísima, deleite del tacto (1).

¿Cómo se han obtenido todas estas lanas?... Voy á decíroslo narrando su historia, que aunque reciente, al demostrarnos cómo se las arregla hoy en este particular el hombre, nos enseña también cómo se las arregló en otros tiempos.

Había el siglo pasado en España en la elevada meseta de las Castillas una raza de ovejas excelente.

La talla era corta, el sistema óseo fuerte, la carne muy delgada, pero su vellón era una maravilla: fino, flexible, elástico, largo y sedoso... Se las llamaba merinas, nombre que lleva aún la raza. Recibida de los árabes hacia el siglo X ú XI, conservábanla los españoles con celosísima vigilancia; por donde España tenía como tributaria á toda la Europa: en 1796 exportó hasta cinco millones y quinientos mil kilos de lana merina.

Francia poseía también ovejas de lana, pero envidiaba las españolas... Comprarlas y aclima-

(1) El vellón del muflón tiene 65 milímetros de espesor; el del merino 38; el del merino Mauchamp 25.

Entre estos dos extremos oscilan los demás: el progreso total es de más de 50 por 100.

La longitud varía de 3 á 12 milímetros, es decir, de la unidad al cuádruplo.

tarlas era imposible: el espíritu público era entonces tan estrecho y tan contrario á las ideas de libre cambio, que las leyes españolas castigaban con penas severísimas á quien vendiese merinas á un extranjero.

¿Qué hacer? Daubentón se encargó de este negocio. Puso un rebaño en Montbard, en Auxois (Côte d'Or) y mezcló en él seis razas, la borgoñona, la rosellona, la flamenca, una inglesa, una de Marruecos y una del Tibet. Estudiólas pieza por pieza, analizó sus vellones, los graduó por su orden, y no destinó sino los primeros números para la multiplicación.

Diez años después estaba ya resuelto el problema... y Francia había formado su raza merina propia, cuya lana rivalizaba con las primeras de España.

Más tarde regaló el rey de España un rebaño de merinas á Luis XVI, el cual mandó construir expresamente para ellas la granja de Rambouillet.

¿Nada más?... Sí, más aún.

Había entrado en Francia la raza merina; pero los franceses, no contentos aún, la perfeccionaron.

En 1828 un labrador de Mauchamp obtuvo de dos merinos un corderillo pobre, mal conformado, pero de lana tan fina que visiblemente

resaltaba entre todo el rebaño, por lo cual, en vez de matarle, lo cuidó y alimentó con predilección, y llegado el tiempo, lo destinó para morueco.

Al primer año ya nacieron dos corderillos con la lana excelente del padre; al segundo cinco: en 1833 estaba ya formada la nueva raza de Merinos-Mauchamp, la primera de las razas europeas.

Lo que acabo de contaros ha sucedido en Francia. Si el hombre quisiera, idénticos mejoramientos se verían en todas partes... ¿Por qué no lo quiere?... Por rutina y por ignorancia.

En una lista de nueve razas de ovejas veo que el peso del vellón difiere de dos á tres kilos, y el precio, de franco y medio á cinco el kilo. ¿Á qué conduce conservar las ovejas que no dan más que un franco por kilo de lana? Claro está que el ganadero preferiría sacar cinco francos...; pero el aferramiento en sus ideas le ciega hasta en su propio interés... Conserva la raza que tenía su padre, el cual había conservado la de su abuelo... ¡Muy respetuoso, es cierto, pero muy necio!...

Y... ¿por qué han bajado de talla nuestras razas domésticas? Confieso que este hecho me admira; pero aún me admira más la explicación, que sin embargo es muy exacta.

Cuanto menos gruesa es la piel de la oveja, más fina es la lana; pero la piel es más gruesa cuanto mayor es la talla... Síguese por tanto que para obtener lana fina hay que buscar ovejas pequeñas. Verdad es que el vellón será más pequeño; pero todos los males vengan por ahí. En vez de una oveja de cincuenta kilos, tendremos dos de veinticinco, y la carne total será casi la misma, mientras que los vellones darán un conjunto mucho mayor. Todo es, por consiguiente, ventaja en el tamaño pequeño... y en reducir así el tronco primitivo ha conseguido el hombre lo que quería.

En cuanto al instinto, ha perdido. ¿Ha pretendido el hombre cortar en sus rebaños hasta la menor sombra de espontaneidad y de independencia? Lo sospecho... Como procedió con las vacas, procedería también con las ovejas, eliminando las más revoltosas que le daban quehacer. Es un modo de gobernar muy sencillo y cuya tentación fácilmente viene á los hombres... Así perderá la raza su instinto, pero se doblegará sin resistencia á la esclavitud. Y efectivamente, en esto se ha llegado á la perfección.

El buey, como no se le encadenase, pronto haría demostraciones de resistencia al castigarle: el carnero está mejor enseñado que todo eso; deja que obren con él lo que quieran, sin decir nada! Quizás esta degeneración tan completa no sea sino la consecuencia fatal de tan larga esclavitud. Lo ignoro, pero cualesquiera que sean las causas, el instinto está muerto!... La necia petulancia de que á veces hace ostentación el carnero, no es más que un triste vestigio de su primitivo coraje, «tan inútil para él como incómodo para los demás», como dice Buffón.

Su estupidez es tan grande, que ni de la misma muerte saben huir. Que se prenda fuego al cortijo, y estén abiertas las puertas... ni uno se escapará; se apretarán, sí, los unos contra los otros, balarán delante de las llamas; pero como no vengan á sacarlos de allí á la fuerza, se dejarán abrasar todos.

En las mesetas de la Siberia, cuando nieva... todos balan; pero irse de allí, entrar en el cobertizo, eso no: allí se quedan, aunque los sepulte la nieve.

Por el contrario, cosas de nada les causan vértigo de terror: un trueno, una racha en la tempestad los enloquece: en semejantes ocasiones el rebaño corre desatinado á derecha, á

izquierda, cada cual por su lado, pero en línea recta y de frente, así sea á un pozo, al mar, á un barranco.

Un lobo apareció... y huyó el rebaño;
Mas no era un lobo real, sólo era sombra (1).

Suele decirse que á los carneros les impresionan mucho la música..., y en efecto, no hay pastor que no toque su cuerno, rabel ó zampoña... pero de hecho, me parece que es menos por dar gusto á los carneros que por matar penas.

Hay más; he dicho que nuestros labradores, cuando quieren quitar á la vaca su cria, se la ocultan desde que nace, y es que la vaca, por decaído que tenga el corazón, no consentiría jamás en que á su vista le arrebatasen el hijo, y pelearía por él hasta morir.

No esperéis tal de la oveja... Su corderillo la ha ido siguiendo... ¿qué entiende ella de eso?... Se ha alimentado con su leche... ¿qué entiende ella de eso? ¿Sabe siquiera que es madre? Quitadle su corderillo que va triscando alegre á su lado... Ni por esas: ni se irrita, ni se resiste; mira, le ve marcharse, y... se vuelve al verde.

(1) La Fontaine.

Un poeta antiguo nos dejó escrito este hermoso verso:

Certes, nuls n'est vilains quand son coeur est gentis (1).

Les falta corazón á los carneros; ya no hay alma en esas máquinas de carne y lana.

Y á pesar de ello á ese carnero estúpido, á ese carnero embrutecido, le queremos... el primer movimiento de nuestro corazón hacia ese animal, es de simpatía: «¡Pobres corderillos!...» dice el poeta.

¿De dónde viene esto? Me lo pregunto á mí mismo.

Y ved lo que me ocurre.

El carnero es inofensivo: jamás ese pobre animal ha hecho daño á ninguno, y aun cuando quisiera, no sabría cómo arreglarse para ello.

El carnero es dócil: se deja tratar como quieran. ¿Que le arrastran al matadero? ninguna resistencia opone. ¿Que le tienden sobre el banco para degollarle? Ofrece el cuello y se limita... ¡á llorar!

Á estas cualidades tan simpáticas, nuestra educación ha añadido otras imaginarias ó convencionales. Hemos creado un cordero noveles-

(1) Ciertó, nadie es vil cuando su corazón es noble.

co. Él es para nosotros emblema de pureza y de inocencia; sin duda se lo ha merecido la blancura de su vellón, pues no se ve de qué otra parte le haya podido venir esta gloria. Pero si es así, ¿por qué no han merecido otros ropajes blancos el mismo honor á sus portadores? Á más de que esa misma blancura tiene algo de legendaria, pues de hecho, para dársela á nuestros carneros de carne y de hueso, se requieren no pocos lavados. Realmente, el cordero de nuestra infancia, dócil, inocente, puro y amoroso, trae á nuestra imaginación recuerdos indelebles, tiernos, puros é inimitables.

El carnero, tal como existe, nada de esto tiene; por tanto no es ese el que nosotros amamos, sino otro, un carnero ideal que á vista de ese nos figuramos.

Por otra parte, la oveja es de suyo tan débil, que siempre está á merced de sus verdugos; y como uno de los movimientos más generosos del corazón humano le lleva á socorrer al débil y á castigar al opresor, de ahí sin duda el que nos sintamos inclinados á amar á las ovejas.

Observad lo que hace un niño cuando le cuentan la «Fábula del Lobo y el Cordero»: al momento, sin darse cuenta, por la espontaneidad misma de su alma inocente, se pone de parte del cordero y en contra del lobo. ¡Honra

es del hombre, y honra eterna, que tan naturalmente broten en su corazón estos sentimientos. Desgraciadamente... el interés, la ambición y el amor del oro y de las riquezas pervertirán quizá más tarde estas aspiraciones nobles de la naturaleza, y el niño, hecho hombre, se pondrá muchísimas veces de parte de los lobos, para lograr puesto en los banquetes en que se coman ovejas... Echando alguna capa de justicia sobre esa cobarde conducta, hallará que el lobo tiene razón; y que por una oveja que le había injuriado el año anterior, debe perecer todo el rebaño. Los adelantos que la cultura va introduciendo en nuestra raza, tienden con harta frecuencia por este camino... Sin embargo, nuestro corazón no fué hecho así en su principio.

SEÑORAS, SEÑORES, AMIGOS:

La conclusión que fluye con toda naturalidad de esta conferencia, es la misma que salía de las conferencias anteriores: «puesto que Dios ha dejado al hombre tanto poder en la formación de los animales domésticos, manos á la obra, y no lo dejemos morir inactivo». Pero el

desarrollo de este punto lo reservaremos para cuando nos llegue la ocasión de tratar sobre los familiares del corral y del palomar. Hoy quisiera dar fin á esta charla con otro pensamiento.

Hay una fábula en la cual el cordero aparece bastante más deprimido que en la de La Fontaine: en ésta, el lobo que le degüella, siente á lo menos la necesidad de sincerarse con considerandos y con decretos: en aquélla no.

«Una odiosa corneja, dice Fedro, se posó en el lomo de una oveja: la cual después de haberla llevado muy á pesar suyo buen rato, le dijo: ¡Ah! si te hubieras sentado sobre un perro, ya te habrían castigado sus dientes.—Es verdad, repuso cínicamente la corneja, pero yo sé á quién insultar y á quién adular; acometo al débil y cedo delante del fuerte. Y ve ahí porqué tengo vejez tan dichosa y robusta».

Sin que lo digan—no se atreverían—¡cuántos hacen lo mismo, y se preparan así una «vejez dichosa y robusta!»

¡Ah! en este mundo en que viven con nosotros tantos lobos y tantas cornejas... no abandonemos, por favor, no abandonemos, por lo menos nosotros, á las ovejas... Bastantes hombres hay que se abajan y besan con entusiasmo las garras ensangrentadas del lobo... No nos

rebajemos así nosotros; pongámonos de parte de los débiles, de los pequeños, de los pobres, de los oprimidos con todo linaje de despotismo, de los abandonados, de los traicionados, de todos los que sufren y lloran. ¡Amemos á las pobrecitas ovejas! ¡No hagamos la corte á los fuertes, que es vileza! y cuando sólo tienen de su parte la fuerza, y el derecho y la justicia están de parte del débil... es cobardía!

La Fontaine ha escrito:

El derecho del más fuerte,
Es siempre el mejor derecho.

¡Falso! ¡Falso! Mejor ha dicho Boursault:

El derecho del más fuerte,
Es el derecho más fiero.

Hay que aguantarlo, bien lo sé; ¡y quién no lo sabe!

¡Si somos débiles, aguantemos la fuerza; pero no nos arrastremos por el suelo! Cuando el fuerte hubiere quebrantado los puños del débil, cuando hubiere abatido su frente y puéstole el pie sobre el cuello, todavía le quedará al débil en su interior fuerza bastante para decir á su verdugo: «¡Mientes! ¡Tú no eres el derecho, tú eres la fuerza!»

Conservemos vivo y ardoroso este fuego en

nuestra alma para que, si el caso llega, esté á punto.

«No levantéis tanto la cabeza», decía Saint Just á Camilo Desmoulins en plena convención nacional.

«Podréis hacerla rodar, replicó Desmoulins; pero hacérmela bajar, no!»

¡Bien! ¡Magnífico! ¡Enhorabuena!

El hacha... ¡sí!

El yugo... ¡jamás!

A. M. D. G.

LAS AVES DEL CORRAL

OBRAS AMENAS
DEL
P. VÍCTOR VAN TRICHT
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

NUESTROS ANIMALES DOMÉSTICOS

CUATRO CONFERENCIAS FAMILIARES

IV

LAS AVES DEL CORRAL



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO
IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS
Muelle de Marzana, núm. 7.

—
ES PROPIEDAD
—



SEÑORAS, SEÑORES:

Todos conocéis la gente con que soñaba Petrilla la lechera, cuando iba camino del mercado

«Garbosa, faldicorta..
Que, por andar más ágil aquel día,
Tan sólo puesto había
Simple refajo y zapatitos llanos».

La cual, según sus cuentas galanas,

«Iba á comprar cien huevos, tres polladas
Con ellos sacaría;
¿Y qué cosa más fácil, se decía,
Que criarlas allá en las enramadas
De mi huerto y el huerto del vecino?
Ni ha de ser el raposo tan tunante
Que no me deje bastante
Para mercar siquiera un buen cochino».

Y del cochino pasa á la vaca, y de la vaca á su becerro; pero tan próspera fortuna le desva-

nece la cabeza, le hace perder el equilibrio, y la pobre Petrilla viene á dar lastimosamente con su cántaro de leche y sus ensueños en el suelo.

En suma: la familia del corral humilde se reduce á un gallo y unas cuantas gallinas.

Frente á la casita blanca, de palomares verdes y techado de musgosa paja, en derredor del estercolero que se alza en medio de un pantano infecto y maloliente, las gallinas, desparrahadas á su antojo, escarban y picotean la tierra; el gallo se yergue y sacude las alas; el cochino de Petrilla se revuelca en medio de todos; y, por el estrecho agujero que sirve de ventana al establo, asoman los ojazos negros y los morros humeantes de la vaca.

El corral de las quintas señoriales, y aun el de las buenas alquerías, suele estar más poblado. Al gallo y las gallinas vienen á mezclarse pomposos y ridículos los pavos y sus consortes, los patos con las suyas, y detrás, haciendo banda aparte, las pintadas con su desapacible chirrido, y por fin, el pavón desplegando altivo y satisfecho las regias galas de su ropaje. Es todo un pueblo con sus clases altas y bajas; con sus rivalidades y envidias, con sus amores y sus odios, con sus encuentros, sus luchas y sus guerras. En su vida de perpetuo roce, ora

se aman, ora, y es lo más frecuente, se conllevan y soportan harto mal, atendiendo cada uno á su bien propio y cercenando, cuanto puede, el ajeno, respetando al vecino más fuerte, y al más débil despreciándole ó, si resiste, acribillándole á picotazos... ¡Ah, Señores! ¿será posible que no conozcáis á este pueblo?

Pues aquí viene lo mejor!... Á hora fija aparece la casera,—que en el pueblo del corral es, como si dijéramos, la soberanía absoluta del Estado,—se adelanta, «faldicorta» como Petri-lla; con uno de sus arremangados brazos sostiene las puntas del repleto delantal, y metiendo el otro hasta el hondón, va sacando á puñados y derramando en forma de trigo, de avena, de centeno, de maíz, las larguezas de su abundante presupuesto. ¡Oh! y ¡cómo corren en abigarrada mezcolanza, gallinas, patos, pintadas, pavos, gansos..., y hasta el real pavón! ¡Cómo se empujan, y se aprietan, y se atropellan, y se derriban unos á otros! ¡Cómo gritan, y se enfadan y se picotean!... pero ¡cómo engullen!

¡Oh! sí, lo que es yo conozco á esta gente!

Pero tenemos que verla más de cerca. Vamos con orden.

No es fácil determinar la época en que el hombre empezó á domesticar al gallo y la gallina.

Ni Homero ni Hesíodo hablan de estas aves. Teognis y Aristófanes son los primeros que las mencionan. De donde podría inferirse que debió de ser hacia el siglo VI antes de Cristo cuando se introdujeron en Europa.

Julio César las encontró ya en Bretaña.

Al principiar la era de Cristo había en Roma cinco ó seis razas distintas, entre las cuales se contaba, según testimonio de Columela, «una de cinco dedos y orejas blancas».

En los primeros años del siglo XV las razas de Europa y de China eran siete. En nuestros días Darwin describe trece, en cada una de las cuales se comprenden numerosas variedades. Brehm enumera hasta veintiuna.

Pero sea lo que fuere de esta cuestión cronológica, el hecho importante y ya, según parece, innegable es, que todas nuestras especies descienden de una sola salvaje: el gallo de Bankiva.

Hay otros gallos salvajes: el de Sonnerat en la India, el de Java en la isla del mismo nombre, el de Stánley en Ceilán; pero parece demostrado que ninguno de éstos dió origen á nuestras razas caseras.

El gallo de Bankiva, único que al presente nos interesa conocer, habita en los bosques de la India: es raro en el centro, pero muy abundante al norte y al este del continente.

Tales son, por explicarme así, los confines de su país natural: pero dentro de estos límites no mora sino en las alturas, y rara vez se le encuentra á menos de mil metros sobre el nivel del mar. Su albergue propio son las selvas de las montañas.

Este gallo salvaje es una de las aves más hermosas que adornan la naturaleza: más esbelto, más fino y mejor asentado sobre sus patas que el doméstico, no tiene quizás tan altivo continente, ni aire tan noble; pero al punto se echa en él de ver al ave libre que no sabe aún lo que es servidumbre. Su plumaje variadísimo se conserva aún como por fragmentos en nuestras razas vulgares. La cabeza y el cuello son de amarillo rutilante como oro bruñado; el lomo rojo como de púrpura oscura; el pecho negro con tornasoles de verde dorado; la cola negra y brillante.

La hembra es más pequeña y de colores más modestos: su cresta apenas indicada por un cordoncillo rojo; el cuello negro con plumas bordadas de amarillo, la espalda oscura, el vientre blanco amarillento, las alas y la cola negruz-

cas. En suma, apenas tiene nada del espléndido ropaje de su marido.

Quiere decirse, que sigue la regla general en el linaje de las aves. Cierta amigo mío solía expresar esta regla de un modo harto singular, diciendo que «entre las bestias, las más hermosas son los hombres; pero entre los hombres lo son las mujeres».

Á primera vista el contraste en este particular es bastante notable entre nosotros y las aves, entre el hombre y la generalidad de las bestias: pero disminuye á medida que la cosa se considera más de cerca. En las tribus salvajes, quien busca las coronas y penachos de plumas, los mantos abigarrados, los pelendengues ridículos... es el hombre; la mujer se preocupa mucho menos de semejantes adornos, y se conforma con vestidos muy elementales.

Por donde este cambio de papeles parece que se debe al progreso de la cultura. Bien que, aun ahora, Señores, en plena civilización, en el siglo de los vestidos negros, está muy lejos de morir en el hombre el instinto y afición de las galas. ¿Recordáis la distribución de premios con que se terminó la Exposición universal? ¿Recordáis la muchedumbre que se reunió en el amplio y suntuoso pórtico? ¿Qué de guarniciones, qué de galones de oro, qué de bordados, qué de joyas,

qué de plumas, qué de cintajos! Arriba y abajo, en los brazos y en el pecho, en el sombrero, en el cuello, ¡hasta en la espalda! ¿Y eran por ventura mujeres las que lucían tales galas?

En toda aquella asamblea, solemnísima por otra parte, la que aparecía más modesta era, sin duda alguna, la Reina.

Y ¿quién responderá del porvenir?... Hace dos años, teniendo que tomar el tren en una estación, de cuyo nombre me permitiréis no acordarme, subí á un ómnibus atracado de viajeros, y reconociendo entre ellos á uno de mis antiguos discípulos, le alargué mi mano. Mas como al estrechar la suya oí cierto sonido de metal sobre ella, —¿Qué es esto? me dije, ¿un brazalete?— Receloso de haberme equivocado recorrí con mis ojos instantáneamente desde la muñeca al hombro para cerciorarme de que la mano que estaba estrechando era de mi amigo. Indudablemente, era la suya... ¡y un brazalete, Señores, un brazalete!...

Y desde entonces vamos progresando. Al alfiler tradicional de la corbata se han venido á juntar otros dos alfileres, de derecha á izquierda, con sus perlas correspondientes... Y aun no sé qué rumor lejano me ha venido también sobre ciertas medias de color salmón que son ya de rigor en el baile.

¡Ah! sí, ¿quién responderá del porvenir?

Y en resumidas cuentas, ¿por qué censurar á estos jóvenes?... Cada cual hace lo que puede, y da de lo que tiene: quien ingenio, ingenio; quien corazón, corazón; y el que otra cosa no tiene..., brazaletes, alfileres, y hasta medias-salmones! En esto como en otras mercancías, los necios son, no los que venden, sino los que compran; y á vosotras es á quien toca el considerarlo, Señoritas. El nuevo sistema no deja de tener para vosotras sus ventajas: si queréis saber á punto fijo el valor de estos señores, no tenéis más que dar un paseíto, y con diferencia de cien perras más ó menos, os lo dirá el joyero de la esquina.

Pero volvamos á la prosapia de nuestras alas polias.

Las costumbres del gallo salvaje ofrecen algunos puntos que pueden interesarnos. Es tímido: el menor ruido le espanta. Si se le sorprende en raso, no toma vuelo, sino que á todo correr huye á guarecerse entre la maleza.

Es batallador é infatigable en la lucha, solícito y atentísimo con su consorte, pero absolutamente indiferente con sus polluelos.

En los meses de Junio y Julio hace la gallina, bajo una mata ó al pie de un bambú, un nido grosero, escarbando un poco la tierra y cubriendo

el fondo con unas cuantas hojas y yerbas. Pone ocho huevos cuando menos, y á lo más doce, y luego los cubre con sus alas hasta empollarlos. Salidos los pequeñuelos del cascarón, los cuida y defiende con el amor y solicitud que aún conservan casi todas nuestras razas domésticas.

Particularidad notable: la carne del gallo y de la gallina salvaje tiene poco de sabrosa, es negra, que repele, menos la de los muslos que es blanca. Los pollos no son tan repugnantes, y el saborcillo de caza los hace más pasaderos.

He ahí, Señores, el ave que el hombre redujo á servidumbre y familia doméstica, y de la cual, por medio de una educación hábil, ha logrado sacar todas las razas que hoy pueblan nuestros corrales.

Pronto se echa de ver el lado y lados por donde debió agradarle: el plumaje, los instintos guerreros, los huevos..., y aun la carne, porque muy de creer es que los gastrónomos de aquellos tiempos no alcanzarían aún las delicadezas de nuestros contemporáneos.

Pues bien, partiendo de cada uno de estos lados, ha conseguido el hombre formar de un mismo gallo silvestre razas que hoy en día son completamente distintas.

Raza de recreo.

Raza de lucha.

Raza ponedora y de mesa.

En la raza de recreo ha buscado la hermosura y gracia de las formas, el colorido y riqueza del plumaje, á veces la rareza y extravagancia. Tales son las hermosas razas de Padua y de Bolonia, con su moño magnífico, abierto é inclinado á manera de sombrilla, y su plumaje de terciopelo.

Tal es asimismo la Hamburguesa de cresta dentada y recta, raza soberbia y tanto más buscada cuanto que al agrado de sus formas y plumaje añade utilidades más serias.

Citaré aún entre las de recreo, la raza de Jerusalén, completamente blanca, menos la cola que es negra; la Francesa, azulada como el cuclillo; la negra llamada de seda, y, entre las enanas, la de Bentham, de hermosura y elegancia verdaderamente maravillosa, á trechos argentada, á trechos dorada, pero siempre dibujada con una regularidad y corrección perfectísima. No puede concebirse animalejo más arrogante y vivaracho que el diminuto gallo de Bentham, cuando se pasea, erguida y echada atrás la cabeza, y los ojos despidiendo llamas en medio de las graciosas gallinitas que forman su comitiva.

En las razas de lucha ha buscado el hombre otra cosa; no la satisfacción propia de la hermosura, sino la emoción extraña, palpitante, salvaje, que le causan la ferocidad y la vista de sangre, y el espectáculo trágico de dos vidas que mutuamente se despedazan hasta la muerte.

El instinto pendenciero del gallo salvaje ha proporcionado el fondo de estas nuevas razas: bastaba excitarlo, exagerarlo, elevarlo hasta el paroxismo, entresacando y apareando entre estos gallos y gallinas los más revoltosos y malhumorados. Y así es, en efecto, como se ha llegado á formar dos razas famosas: la malaya y la cocubát inglesa.

El gallo malayo se distingue de los demás á primera vista: alto y erguido sobre sus largas y fornidas zancas, tiene el pecho ancho y como incrustado entre las salientes espaldas; los ojos fieros y hundidos en las órbitas que parece se le desbordan; las plumas angostas y puntiagudas y como pegadas al cuerpo; la cola desaliñada y andrajosa flotando siempre á la ventura. Es enorme, y llega á pesar cinco kilos.

El inglés de pelea es más pequeño y no suele pesar sino la mitad, pero tiene casi la misma planta y hechura. Su cabeza larguirucha y aplana remeda la cabeza de la serpiente.

Apenas se puede uno imaginar la rabia que

se apodera de estos animaluchos en el momento de la pelea: parecen arrebatados de un vértigo.

Sólo una vez he asistido en mi vida á uno de estos combates. Era en la aldea, un domingo después de misa mayor..., y los aficionados se habían pasado aviso á la chita callando, para no alborotar al señor cura, ni al señor alcalde, ni al guardacampos, empeñados todos tres había tiempo en arrancar de raíz tan bárbara costumbre. Reuniéronse, pues, los convidados en un gran mesón, y luego fueron desapareciendo á la deshilada, para encontrarse de nuevo en una granja, cuya era bien apisonada y luciente había de servirles de liza. Cerráronse las puertas, y aparecieron en medio dos sacos: dentro estaban los gallos. Se los tiene así en completa oscuridad varias horas antes de la pelea, á fin de que, al primer golpe de luz que reciban, se encuentre cada cual frente á frente de su enemigo. Los agarraron, les calzaron los espolones con finas puntas de acero bien templado, sujetándoselas con un vendaje de orillo, y luego, á una señal, los lanzaron uno contra otro en la arena, y haciendo en torno de ellos ancho redondel, se pusieron á contemplarlos.

Aturdidos por la luz repentina de un medio-

día radiante, tardaron un momento en reconocerse... Cantó el uno, respondió el otro, y súbitamente, la cabeza baja y las plumas del cuello horriblemente encrespadas, se lanzaron uno contra otro. Al encontrarse cara á cara, saltaron ambos á un mismo tiempo alargando las patas, y ambos al caer sacudieron con fuerza los espolones. Oyóse un choque de aceros: el primer golpe había fallado. Pero al punto volvieron á dar el salto, y otra vez, y otra, y muchas, sacudiéndose siempre feroces espolonzos. Bien pronto comenzó á correr sangre. Sin embargo, ninguno cedía, y á cada embestida se oía salir de sus gargantas y picos entreabiertos un ronco silbido. Hubo un momento de tregua: rendidos, jadeantes, quedáronse frente á frente con la cabeza gacha y el pico en el suelo para cobrar aliento. De repente el uno de ellos, rápido como el rayo, se precipita sobre su rival: le agarra con el pico la cresta, le abate la cabeza, y redoblando los golpes de espolón, no cesa hasta desgarrarle el cuello y el pecho.

Yo no pude más: volví la cabeza, y tuve que marcharme. Me sentía mal á vista de aquellos regueros de sangre, de aquellas plumas desparramadas, de aquel pobre agonizante que aún forcejeaba, de toda aquella horrorosa carnicería. He oído contar que el vencedor, así que ve

muerto á su rival, salta sobre el cadáver, y, casi sin aliento, entona un canto de victoria.

Á veces el vencido se desentiende de la lucha, y, reconociendo su debilidad, huye azezoso á esconderse, y cloqueando como una gallina, pide misericordia. Pero el vencedor le persigue encarnizado: no se sacia con ver rendida á su víctima; quiere verla muerta.

¿Y los espectadores? ¡Oh, Señores míos! hay que verlos cómo, los ojazos abiertos y el corazón agitado por la ansiedad, siguen, jadeantes también ellos, todas las peripecias del drama. Reciben con hurras y bravos los buenos lances; encienden con gritos y aullidos á los luchadores; los animan, los irritan, bracean para hostigarlos y arrojarlos uno sobre otro; gesticulan y juran despechados contra el inepto, y, cuando la victoria pone fin al combate, mientras unos aplauden con delirio, los otros, silenciosos y requemados, ocultan harto mal, bajo una frente fingidamente impasible, la vergüenza de una derrota verdaderamente personal.

Cuál puede ser en el hombre la raíz de semejante pasión, no lo sabré yo decir; pero que la pasión existe, nadie puede negarlo. Doquiera surge, bajo diversas formas, pero siempre la misma: las luchas de los circos en Roma; las corridas de toros en España; las peleas de dogos,

de perros y tejones, de perros y ratas, y las de los gallos que acabo de describiros... La misma sangre que nos repugna, nos atrae. En otros tiempos, cuando cada cortador tenía instalado en su propia tienda el matadero, no había para los muchachos de la calle mayor regocijo que asistir al degüello de un pobre becerro: y era cosa de verlos agrupados ante la puerta, silenciosos, pálidos, en presencia de tan horrible espectáculo. ¿Y no los habéis visto nunca gozarse en torturar á una mosca, á un *cochorro*, á una rana, á un pobre perrillo, mientras él, á pesar de todo, aún se muestra tan bueno, tan dulce, tan cariñoso... y tan suplicante entre las manos de tales verdugos!

Pregunto pues otra vez: ¿de dónde proviene este fondo de crueldad en el hombre? ¿Será acaso para él un deleite secreto el ver aplastado al débil por manos del fuerte, el verle caer y morir á sus golpes? ¿Será deleite aún más vivo el aplastarle, el torturarlo, el matarlo por sí mismo?

No es esta la ocasión de sondear semejante problema; y tal vez me he propasado ya por demás con indicarlo. Mas, para consuelo de mi alma, me veo en la necesidad de advertir que esta crueldad del hombre es generalmente cobarde... Ese muchacho que se complace en atormentar á un perrillo, á un *cochorro*, á una mosca, temblará neciamente á la vista de un cortapicos,

de una rata, de un murciélago, de cualquier dogo de buenos dientes. Ese muchacho que se deleita en ver matar á un novillo, y hasta el puntillero mismo que le da muerte después de ligarle las patas y los cuernos con cuerdas dobles á fuertes anillos... ¡cómo huirían si esa víctima llegara á soltarse!

¡Cruel es el hombre! cierto; pero ante todo cobarde!

Volvamos á las gallinas. En las razas de pelea que acabo de describir, hasta las hembras, de ordinario tan suaves, son batalladoras; pero como no tienen espolones, se reducen á picotearse la cabeza; lo cual no deja, sin embargo, de causarles notables estragos, siendo, como es, su pico duro y mordiente.

Hablo ya de las gallinas; tenedlo presente, Señores.

Nos quedan aún por examinar las ponedoras y las de mesa, todas las cuales podrían muy bien comprenderse bajo un sólo nombre de razas productoras. Son las más numerosas: y nada más natural, siendo así que el hombre ante todo, y en todo, y sobre todo, busca el producto y la utilidad.

Estas razas convenía que tuviesen carne fina

y succulenta; para lo cual era preciso aumentar su musculatura y adelgazar su osamenta, cuanto fuese posible. De la gallina de Bankiva, que sólo pone doce huevos, era preciso hacer otra que pusiese uno al día. Y lo consiguió el cuidado del hombre.

Las razas de Creve-Coeur, de Houdán, de la Flèche, de Breda, de Dórking, y la española, y la cochinchina, y la bramaputra, realizan en grados diversos este ideal preconcebido. Hay en estas razas gallos que pesan cuatro y cinco kilos, y gallinas que llegan á pesar tres y cuatro.

Por lo que hace á finura y delicadeza de carne, las de Creve Coeur parece que se llevan la palma: las de Houdán tienen las dos ventajas.

He aquí el juicio que de ellas hace un especialista:

«Las gallinas de Houdán, dice M. Jacque en su libro acerca del gallinero, son de las más hermosas, y nada tan agradable como ver una bandada de ellas; pero aún son más notables sus cualidades utilitarias: delgadez y ligereza de hueso, buen volumen, carne exquisita, y, sobre todo, precocidad y fecundidad asombrosas. Á los cuatro meses ya ponen las pollas, y los pollos engordan y crecen sin necesidad de caponarlos.

»La gallina da magníficas polladas, y no la hay en todas las razas que se acerque tanto al

gallo en el peso. Es muy campesina, y la más fácil de criar entre todas las razas indígenas. También suelen pasar menos tiempo que la mayor parte de ellas clueca y baldía. Es ponedora precoz y abundante; y sus huevos, blancos y hermosos, adquieren un volumen considerable. Las pollas comienzan á poner por Enero».

Desgraciadamente, es mediana para empollar, como todas las ponedoras; y aunque llegue á sacar la nidada, lo mejor es no fiársela si se quieren evitar desventuras.

¿Queréis ahora, Señores, formaros idea del desarrollo que pueden lograr estas razas productoras? Pues ved una estadística reciente de Francia; ya que de nuestro país no he podido recoger sino cifras muy antiguas, que no merecen siquiera el honor de una cita.

Había en Francia el año pasado unos 45 millones de gallinas, que, á dos francos y medio por pieza, importan 112 millones de francos. Sólo las ponedoras llegaban á 33 millones, y producían al año próximamente 100 millones de pollos, de los cuales, 10 millones mueren prematuramente, otros 10 se reservan para la reproducción, y los 80 restantes pasan á las mesas. Valuados éstos uno con otro á franco y medio, dan la suma de 120 millones de francos.

El ingreso proveniente de capones y pollas

cebadas superó nada menos que en seis millones de francos los cálculos del presupuesto.

Los 33 millones de ponedoras, á razón media de 90 huevos cada una, dieron al año 2.970 millones de huevos, los cuales, vendidos á cinco céntimos cada uno, hacen 148 millones y medio de francos.

En suma, gallos y gallinas rindieron este año para alimentación al reino de Francia 381 millones de francos.

Confesemos, Señores, que es suma bonita!

En estas diferentes razas domésticas las costumbres é instintos son casi idénticos, y para conocerlos, basta estudiar los de cualquiera de ellas. Es muy interesante compararlos con los del gallo salvaje, y descubrir por aquí los efectos que ha producido en su carácter la servidumbre.

Entre los cantares que en mi infancia me entonaba la rolla para adormirme, había uno en que se aseguraba que,

«Cuando tres pollas salen
Á la pradera
Una de ellas se pone
La delantera;
La segunda camina
Tras la primera;
Y en pos de la segunda
Va la tercera».

Como la canción duraba mucho tiempo y no tenía más que esta copla, repetida con admirable paciencia por mi cantora, llegó á imprimírseme y la he podido retener fácilmente.

En realidad, el espectáculo es harto más interesante de lo que la copla verídica podría hacernos suponer.

Apenas apunta el sol: sus rayos aún pálidos resbalan sobre los trigos nacies, y yerbas aljofaradas; los pajarillos recién despertados esponjan sus plumas y hacen solícitos su *toilette* matinal; los ruiseñores entonan sus amorosas endechas entre el bosque desmayado aún por el relente de la noche; los gorriones pían sobre las piedras de los tejados; los pichones repiten su arrullo mientras se alisan las plumas... El gallo y las gallinas aguardan aún encorralados: tiempo hace que el gallo ha saludado con su canto á la primera sonrisa del alba; pero como la puerta permanece aún cerrada, se contenta con asomar á cada instante la cabeza por una grieta del ventanillo. Mira á un lado y á otro, meneando la cresta con incesante vaivén, clara demostración de impaciencia. «¡Oh! ¡qué dormilones que son los hombres!» Por fin llega la muchacha, recogiendo aún sobre el cuello los cabellos desgñados durante la noche; abre la portezuela, y se va. ¡Qué bamboleo entonces

en el gallinero!... Comienza el gallo el primero á bajar lo largo de la angosta escalera; y, por cierto, que no es cuando más luce su elegancia... Con la cabeza inclinada, mide cuidadoso el tramo; y después de una medrosa vacilación, salta pesadamente á dos patas sobre el primer pedazo, y luego sobre el segundo y sobre el tercero...; pero muy pronto, vencido por su propio peso, se precipita sin tino, abre las alas y, dando un grande y desafinado cacareo, se arroja de un vuelo al solar del corral. Síguenle las gallinas, al principio al mismo paso, pero no tarda en haber un empujón, y comienzan los atropellos y volteretas: las unas pasan sobre la cabeza de las otras; todo es confusión, todo aleteo, todo alboroto de gritos que hienden los aires como por cascadas intermitentes, en todos los tonos y en todos los timbres. Finalmente, así que están abajo, para desperezarse y acabarse de despertar, sacuden las plumas, estiran las alas, el gallo lanza un canto solemne, y el escuadrón emprende la marcha. Á la cabeza va el rey altivo, arrogante, alzando su coronada cabeza sobre todas las de sus damas... Á cada diez pasos hace alto, señorea con soberbia mirada el contorno, y renueva su canto... Los gallos de la vecindad le hacen eco sucesivamente uno en pos de otro, á distancias prodigiosas: las

gallinas entretanto, en variadísima charla y los ojos atentos al suelo, buscan granitos perdidos ó piedrezuelas; y toda la familia, atravesando caminos y senderos, se va á picotear por los campos.

Este es el momento más á propósito para observar á estos animales y coger al vivo su natural y carácter.

El gallo ha perdido mucho de su desconfianza salvaje: de ordinario, ni el hombre, ni el caballo, ni el buey, ni los carros, ni aun los perros le espantan. Los ve acercarse, da un cacareo particular para poner en guardia á sus compañeras, y punto concluído.

Muy diverso es el grito que lanza, lleno de angustia y casi desgarrador, cuando ve cernerse en los aires al azor, al gavián ó al milano... Y las gallinas lo entienden á maravilla. Casi inadvertidas al primer aviso, al segundo se plantan y empinan la cabeza. Es este un verdadero lenguaje entre él y ellas..., y ninguna se equivoca. Encuentra él un granito, una baya, un moscardón, un gusano; da la señal, y todas corren al punto: para cuando llegan, ya tiene él en el pico la suculenta presa; pero con una gracia inimitable y un olvido rarísimo de sí mismo la pone delante de ellas y se la sirve. No puede darse comportamiento ni más cortés ni más

amigable: y todos los gallos son lo mismo, excepto el grande de Cochinchina, el cual, cuando encuentra algún grano, se calla y lo zampa. Este insigne zaborotudo debe de tener el corazón sepultado en su envidia...; ó ¿será esa tal vez la costumbre de los maridos en Cochinchina?...

He dicho que acuden todas al reclamo; pero naturalmente, las que primero llegan son las mejor servidas, y las más cercanas son las primeras que llegan. Pero las más cercanas no lo están por acaso. El gallo tiene siempre entre todas una favorita; y breve observación basta para reconocerla: apenas se aparta de ella. Mas es difícil descubrir el motivo de semejante predilección, y tanto más, cuanto que el gallo, á lo que yo pienso, debe de tener otras ideas que nosotros sobre la belleza de las gallinas... Además ¿quién sabe? puede ser que para el gallo como para nosotros, el diosencillo que en tales asuntos se mete sea ciego. Pero sea esto como quiera, lo cierto es que el gallo tiene manifiestas preferencias; bien que no son constantes, sino que al poco tiempo, tal vez á consecuencia de alguna querrela, ó quizá por exigirlo así la usanza, el afecto se entibia, y la desgraciada va á perderse entre la turba.

Las menos atendidas no parecen mostrarse

por ello muy apenadas. Van su camino sin volver la cabeza; las más aventureras se alargan hasta perderse por la campiña, muy lejos del rey que las dirige... Mas llega un momento en que, reparando en su soledad, yerguen la cabezita, y no viendo cerca de sí á ninguna de sus compañeras, dan un grito de llamada; el gallo les responde, y entonces, guiadas por el oído, con las alas entreabiertas, y á todo correr, por medio de los trigales que silban al rozar de las plumas, tornan á su querencia.

El gallo, tan atento y cortés con sus damas, las trata siempre con una suavidad sin igual: jamás las pica, jamás las riñe, y aún no se ha podido descubrir en ninguno de sus movimientos ni la menor sombra de cólera ó impaciencia para con ellas.

Y ¡qué dispuesto está siempre á defenderlas! Encarándose al enemigo con ojos terribles, no retrocede sino cuando se siente con toda evidencia incomparablemente inferior... y aun entonces los he visto yo arrojarse á la cabeza del perro, y hasta al hombre, y, rechazados, volver á la carga con todo el furor de la desesperación.

Un amigo mío, muy cuidador de su gallinero, me contó el caso siguiente:

Tenía la costumbre de arrojar por sí mismo á las gallinas puñados de trigo y de avena, y

mezclábanse entonces tímidamente algunos pichones caseros á las últimas de la bandada para recoger los granos extraviados. Un día pasó el gato de la casa, durante esta comida de las gallinas y, á traición, se echó sobre un pichoncito agarrándole por el cuello... Mi amigo lanzó un grito al verlo, y ya iba á perseguir al infame, cuando de pronto el gallo, de un salto, se pone á caballo sobre el gato y le hunde los espolones en los ijares... El gato huía; pero el gallo se mantenía encima y daba de picotazos al monstruo en los ojos. Soltó el gato la presa y voló el pichón; apeóse entonces el gallo y entonó un canto de victoria, mientras mi amigo, transportado de gozo, exclamó: «¡Ah gallo; tú eres un hombre!» — ¡Eres un hombre!

Ciertamente, si no hubiera sido por el gallo, estaba perdido el pobre pichón, porque la obesidad y los años impedían á mi amigo correr tras de los gatos.

La gallina, hay que confesarlo, es poco interesante, fuera del tiempo en que está empollando ó guardando sus polluelos. Podríamos definirla diciendo: es un ave que pasa la vida comiendo. Verdad es que siempre está ocupada, buscando con los ojos, escarbando con las pa-

tas; pero siempre comiendo. Y ¡qué grandísima glotona es!... No será ella por cierto quien reparta con las demás, como lo hace el gallo galantemente... Cuando la gallina agarra una corteza demasiado grande para tragársela de una vez, se marcha corriendo, para que nadie se la quite, llevándosela en el pico; la sigue otra gallina y se la disputa, y á cabezadas y contorsiones de cuello acaba por arrancársela... La otra vuelve á la carga y se renueva la lucha hasta que vence una de las dos; la victoriosa huye lejos, echa repetidas veces la corteza al suelo, y á fuerza de herirla y golpearla, logra partirla en pedazos proporcionados á su pico y á su garganta. Á veces, por golosa, traga un pedazo demasiado grande, y hela aquí medio ahogada, levantando la cabeza, alargando el cuello, haciendo esfuerzos supremos, aunque coronados casi siempre por un éxito feliz.

Estas gallinas golosas se pelean á menudo, aunque sus disputas son de corta duración: un par de picotazos á lo más; pero eso sí, con mucho alboroto!

Al parecer, sólo una pasión puede hacerles olvidar ese perpetuo cuidado de su alimento; es el delicioso placer que encuentran, revolcándose en el polvo, al calor del sol.

Cavan un hoyuelo en la tierra en el que se

acuestan de plano, se sacuden, abren sus plumas y con las patas, las alas y el pico, se llenan de polvo. Después, recostándose sobre un lado, se empolvan el otro y echándose luego sobre éste empolvan aquél, y así permanecen deleitándose al calor del sol! Por último se levantan, baten vigorosamente sus alas, sacuden todas sus plumas, se alisan, se rizan y se componen... Ya está tomado el baño... Porque hay que notar que el baño de las gallinas es un baño de polvo... el agua les causa horror!

Todo esto hace á la gallina poco simpática. Afortunadamente tiene otras cosas que podrán agradaros.

Sepárase de pronto de sus compañeras, lanza un grito particular; tímida, medrosa, vacila unos instantes, y entra por fin en el gallinero y se sube al nido.

Este nido... ¡Ah, Señores! olvidad por unos momentos la encantadora poesía de los nidos de los bosques tan lindos, tan suaves, tan sedosos, llenos de musgo y de plumas... olvidadlos, olvidadlos... Ese nido es un cesto viejo colgado por un asa de la pared, un molde viejo de hacer pan, un cajón desvencijado, un hueco bajo la leña, ¿qué se yo?... la cama de un perro.

Yo he visto (lo conté ya otra vez), he visto una gallina, siempre la misma, ir á poner todos

los días en la cama de un hermoso perro de caza, que se la prestaba para aquel objeto con una galantería suma... Llegaba la gallina, cacareaba, salía el perro y se quedaba á la puerta haciendo centinela, mientras su huésped ponía el huevo. En cuanto salía la gallina, entraba el perro y se comía el huevo... ¡Y la gallina volvía todos los días!... Esto prueba su mucha inteligencia!

En cuanto la gallina pone el huevo, corre y cacarea con voz sonora; cacarea y más cacarea, sin cansarse nunca de alborotar, porque es preciso que nadie ignore en la granja y sus alrededores que ha puesto un huevo. Ha puesto un huevo, sabedlo bien; ha puesto un huevo... un hermoso huevo!

Las gallinas, sus hermanas, escuchan con suma indiferencia y desdén aquel alboroto. Pronto les pagará ella con la misma moneda. En cuanto al gallo, responde á su primer cacareo como responde á todo cacareo sonoro de sus gallinas, pero sin dar gran importancia al suceso..., y nada en su actitud hace entrever la alegría y las felicitaciones soñadas por algunos zoólogos.

Creo haber observado bien la cosa para no equivocarme; además llamaba mi atención el espectáculo interesantísimo de que fuí testigo.

Un día, en una de nuestras casas, cuyo corral estaba muy poblado, fuí con el hermano que cuidaba de él para abrir la puerta á las gallinas, pintadas, pavos, patos y pavos reales.

Quedaban los cisnes... Apenas se abrió la puerta, salió la hembra y se echó al agua.

El macho con las plumas hinchadas, los ojos encendidos, el cuello estirado dió un castañeteo silbante con el pico, dejándonos parados con aquella demostración amenazadora. Pero luego, reconociéndonos como antiguos amigos, se tranquilizó, y entonces, inclinando el hermoso cuello hacia las alas con majestuoso orgullo, empezó á dar vueltas alrededor de su hermosa jaula; á cada paso, inclinaba la cabeza y miraba adentro; con frecuencia alargaba el cuello para mirar mejor... Allí había un huevo... ¡el primer huevo puesto por su compañera!

En su actitud, en el balanceo de su cuerpo, en la llama de sus ojos, se mostraban mezclados tanto orgullo y alegría, que nos sentimos conmovidos. Á duras penas pudimos hacerle salir; fué menester empujarlo, y sólo cedió después de haber amontonado sobre el huevo con sus dos patas negras una porción de paja que lo resguardara. Apenas salió, se cerró la puerta; pero el cisne permaneció dos horas largas delante de ella custodiándola.

La hembra puso aquel año otros dos huevos: al segundo las demostraciones del macho fueron menos expresivas; al tercero no hizo demostración ninguna.

Quizá sucediera otro tanto con el gallo si cada año viera sólo dos ó tres huevos (1).

He dicho que la gallina silvestre pone todo lo más doce huevos..., y he aquí uno de los más hermosos triunfos del hombre en la cria de castas domésticas. Hay gallinas, como la campesina, que llegan á poner 300 huevos al año. Otras castas dan 200 ó 150; pero aun contando por término medio los 90 huevos que antes dije, todavía, ¡qué paso, Señores... de 12 á 90!

Sin embargo, preséntase aquí un fenómeno muy notable en la formación de las castas, una especie de balance orgánico que hace perder por la derecha lo que se gana por la izquierda. Al dar tal desarrollo á la producción de huevos,

(1) Me asegura un amigo, que repetidas veces ha observado que un gallo muy joven y rodeado de pocas gallinas les prepara el nido y las llama á él. Nada tiene de extraño el hecho, y sin haberlo visto por mí mismo lo creo, porque es un caso normal entre casi todas las aves montaraces. Un gallo muy joven es todavía ingenuo, porque aún no se resiente de las influencias del estado social.

se ha limitado proporcionalmente una función correlativa: la incubación. Esas grandes ponedoras no empollan. Castas así, apartadas del plan primitivo de su especie, no podrían subsistir por sí mismas; se extinguirían fatalmente si el hombre no interviniera para conservarlas. En un gallinero compuesto de estas gallinas exuberantes son necesarias ó gallinas normales para que empollen, ó una incubadora artificial.

En estas mismas castas de gallinas hay también un rasgo notable, que no se refiere á los huevos. El hombre ha querido tener gallinas moñudas y lo ha logrado; pero la acumulación de esta enorme cantidad de plumas sobre la cabeza, ha determinado una hinchazón anormal del cráneo; el cráneo deforme ha obrado sobre el cerebro, y, á consecuencia de esto, las razas moñudas se han vuelto sumamente idiotas; con frecuencia se las creería locas.

Darwin cita el caso de una gallina moñuda tan tonta, «que dejaba que se le acercasen y hasta la tocasen sin notarlo: había perdido el instinto de hallar su camino, de modo que, si se apartaba cien pasos —pasos de gallina— del sitio donde tenía la comida, ya no lo sabía encontrar. Cuando querían ayudarla para buscarlo, se empeñaba en ir por otros caminos!»

Tan cierto es, Señores, que si Dios ha dado

al hombre un sorprendente poder sobre el animal, dicho poder tiene límites que no se pueden traspasar. Trasladaría aquí con gusto términos extraños á la zoología y diría que la especie es elástica, pero que su elasticidad es limitada; cuando se traspasan esos límites la especie está forzada, desfigurada, deforme: resulta en el reino animal, no una variedad, sino una monstruosidad, como tal, destinada á perecer.

Volvamos á la ponedora.

Ha dejado allí su huevo en el nido; se lo quitan... ¿Qué importa? Volverá á poner mañana, pasado mañana, siempre!... En estado montañés ó salvaje hubiera abandonado para siempre el nido, con sólo que una mano lo hubiera tocado.

Sintiendo la necesidad de empollar se pone un día sobre un huevo. Al verla el ama del corral la echa y coloca en el nido 15 ó 16 huevos que tenía guardados. Vuelve la gallina á subirse al nido y se echa sobre ellos. Pero no son suyos!... ¿Qué importa? Son de pintada ó de ánade!... Lo mismo le da; y aunque fueran de mármol!... ¡Negocio redondo!... Se ha echado sobre ellos y allí se queda!... ¡Oh qué animalito tan inteligentel!...

Desde este momento, hay que confesarlo, es admirable!... Esponjándose para estar más an-

cha, con el cuello metido entre las plumas, allí permanece sola noche y día... inmóvil, la que siempre estaba corriendo!... sin casi tomar alimento ninguno la que era tan glotona!... Apenas si una vez al día se levanta, corre al sol para respirar un poco el aire, roba alguno que otro grano, y se vuelve corriendo antes de que puedan enfriarse sus huevos... Así pasa veintiún días y veintiuna noches una tras otra.

Llega un día en que percibe debajo de sus plumas un pequeño grito... Sobresaltada, conmovida, inclina la cabeza y escucha...; segunda y tercera vez oye piar... ¡Oh cuán deliciosamente late su pecho!... Sus crías la llaman, aunque encerradas todavía en el cascarón. Pronto se mezcla con los gritos un ruido seco y repetidos golpes que con el piquito dan en las blancas paredes de su encierro.

La gallina observa, cloquea y acude en su ayuda suavemente... Al fin salen, los siente moverse entre sus alas, arrebujarse bajo su pecho y su corazón... pero como hace aún mucho frío para salir al aire libre, los calienta con ansiosa ternura y siempre cloqueando de emoción y felicidad... Á veces uno de los primeros polluelos, ya impaciente, forcejea para andar, se desliza y arrastra entre los huevos y, sacando su cabecita por entre las alas de su madre, se aso-

ma por vez primera al borde del nido... Contempla la luz del día y mira en derredor... También la gallina mira aquella cabecita; luego dos, más tarde tres y por fin todas... ya no puede sujetarlos... La feliz madre cloqueando con todas sus fuerzas, extendidas sus alas, las plumas tiesas, orgullosa, vigilante y gloriosa, sale rodeada de sus bulliciosos polluelos.

Me detengo... no quiero describir más, sino dejaros el placer de contemplar, con vuestros mismos ojos, el conmovedor y hermoso espectáculo que ofrece esta madre.

Posible es que os haya acontecido hallar una gallina conduciendo sus polluelos, sin que hayáis encontrado en ello el menor interés... Lo concibo, porque esas miradas dirigidas al pasar, con ojos distraídos, no son las que descubren encanto en las cosas de la naturaleza. Para llegar á comprenderla, para llegar á amarla y á gozar de ella, es preciso observarla con fijeza, contemplarla despacio, mirarla más y más... en fin, amarla!... Creedme, es muy fácil amarla..., basta ponerse á ello.

Una gallina clueca no os interesa, pase, pero si la siguieseis de cerca; si mientras empollaba hubieseis ido diariamente á llevarle la comida,

observándola cada vez; si hubieseis visto salir los pollitos del cascarón!... Si una vez nacidos les hubieseis echado desde la ventana, ya en el patio, ya en el jardín abierto para ellos, grano y miga de pan, no hubierais tardado mucho en aficionaros á ellos, en conocerlos, en quererlos... y entonces es cuando comprenderíais el suave y tranquilo encanto, el verdadero y sencillo goce que para un buen corazón ha puesto Dios en el estudio de la naturaleza.

No conozco en toda ella cuadro más conmovedor que el de una gallina y sus polluelos. Bien lo sabéis, Jesucristo no tuvo á menos el compararse á ella en aquel momento supremo, en el cual recordó á la ingrata Jerusalén cuánto la había amado. Y ¿quién de nosotros, Señores, viendo tales cuidados, amor y solicitud tan tierna é incesante, no recordará que nosotros también fuimos el objeto de cuidados, amor y solicitud semejantes, en una edad en que ¡ay! no podíamos comprenderlos?

¿Á quién de nosotros, no le vendrá al pensamiento ante espectáculo tan conmovedor el recuerdo de su madre?... ¡Cuán dulce es al corazón del hombre, cuán fortificante y bueno tan santo recuerdo!

¡Recordarla!... ¡es lo único que nos queda á los que ya no gozamos de tan dulce compañía!...

Pero vosotros, jóvenes, á quienes aún concede Dios la dicha de tener madre... ¡Oh! ¡no os haréis de gozar de ella, saboread la dulzura de su presencia, de su amor, de sus consejos, de sus incomparables delicadezas!... ¡formad con esto como un tesoro, y conservad con celosa avaricia los encantadores bienes que recibís de vuestra madre...; gozad... gozad de ella!...

Y daos prisa, porque el tiempo vuela; contados están los días que habéis de pasar con vuestra madre... ¡Oh sí, apresuraos! porque después... ¡Dios mío! ¡qué inmenso vacío se siente en la vida!...

¡Cuánta falta os hará cuando tengáis que sufrir!... Qué de veces exclamaréis al sentir que os destrozan el alma y el corazón esas penas íntimas y secretas que sólo á una madre se confían: «¡Si aún tuviese madre! Ella me comprendería, me consolaría; y ¡cuán dulce fuera para mí llorar echándole los brazos al cuello y reclinando mi cabeza en sus hombros!» Aun en los momentos de éxito feliz echaréis de menos á vuestra madre. ¡Oh! sí, aun entonces del fondo del corazón saldrá una voz que diga: «¡Oh!... si aún viviese mi madre, ¡qué orgullosa estaría, cómo gozaría al verme, y cuán feliz sería yo mismo al contemplar su felicidad y su orgullo!...»

Sí, ahora que aún podéis gozar, gozad de

vuestra madre; junto á ella haced provisión de fuerza y de felicidad; pero hacedla pronto, porque el tiempo vuela.

De las gallinas nos lleva el corral á los ánades.

Estas aves están en el corral como de contrabando; sólo vienen á él para comer y albergarse durante la noche: seré, pues, muy breve al tratar de ellas, tanto más cuanto que nunca he tenido elevada opinión de los ánades, pareciéndome que son aves que enteramente carecen de inteligencia y aun más estúpidas que la gallina.

Por lo demás, Señores, la gente de corral está muy lejos de ser gente de talento. Y si no, examinadlo..., después de los ánades nos encontramos con los pavos... ¡Tengamos paciencia!... no es sólo en el corral donde escasean los seres inteligentes.

Sin género de duda, del ánade salvaje que todos conocéis, descienden nuestros patos domésticos, y aunque ya tenemos castas numerosas, la cria es sin embargo reciente.

En tiempo de Columela, que, como llevo ya dicho, conocía cinco especies de gallinas, los ánades estaban aún tan salvajes, que para guardarlos se necesitaba un sitio cercado. El medio de tenerlos era tomar huevos de ánade salvaje

y confiárselos á una gallina. Tan lejos estaba de ser ave casera, que ni siquiera estaba domesticado.

Desde entonces se han formado cuatro ó cinco razas. Pertenece á la primera el pato doméstico vulgar con sus variedades: el moñudo, el ánade de Rouen, el de Labrador y otros. Viene después el pato de pico encorvado; el pato puigüíno, muy original, que anda casi derecho sobre las patas, extendido y levantado el cuello, lo cual aumenta su aire naturalmente idiota; el pato de reclamo, llamado así por la extraordinaria charla de su hembra... Éste es el más pequeño de todos.

La más ponedora de estas cuatro castas, es sin duda alguna la del ánade de pico encorvado, pero es la menos bonita.

Lo que el hombre ha pretendido en esto es, lisa y llanamente, proveer su mesa y fomentar con la variedad sus caprichos gastronómicos.

Ved aquí los resultados obtenidos: Tanto ha logrado engordar al ánade salvaje que, por decirlo así, lo ha doblado: pesando por un lado no ya el pato salvaje y un pato doméstico cebado, lo que fácilmente daría un resultado ventajoso, sino el esqueleto del primero y el esqueleto del segundo, nos encontramos con las siguientes cifras.

Peso del esqueleto:

Ánade salvaje.....	839 granos.
Aylesbury.....	5.925 »
Moñudo.....	1.404 »

Particularizando más la comparación y tomando separadamente los huesos, la pata y el ala:

Ánade salvaje.....	pata	54	ala	97 granos.
Aylesbury.....	»	164	»	204 »
Pico encorvado....	»	107	»	160 »
Moñudo.....	»	511	»	148 »

He tomado estas cifras de Darwin, lo cual os hará comprender porqué las doy por granos.

Aquí tenéis, Señores, uno de los más bellos resultados de la avicultura racional y una prueba más que añadir á tantas otras, de lo que puede la inteligencia humana en la formación de las razas. Demasiadas veces he insistido en este punto, para detenerme más en él. Desgraciadamente, ¡cuánto queda aún por hacer para lograr una avicultura inteligente que sustituya á la rutinada!... ¡En cuántas granjas no dejan que toda la bandada corra á la ventura con tres ó cuatro machos tomados al acaso de una pollada! ¡Cuántos campesinos conocéis que señalen los huevos de sus ánades... y que los escojan antes de darlos á las empolladoras? ¿Es esto manera de criar?

Debo reconocer que en el caso presente hay

una dificultad. El ánade hembra, menos doméstica que la gallina, no gusta de poner los huevos en casa. Forma el nido en lugar apartado, á orillas del agua, y allí se esconde: á partir de este momento ya no se la ve regresar por la noche, se la creería perdida; hasta que un día reaparece con su pequeña familia, que nada alrededor de ella. Es además una clueca muy inconstante. ¡Cuántas veces abandona el nido antes de tiempo! De donde proviene que á menudo el avicultor prefiere confiar sus huevos de pato á una gallina. Lo que hace que se produzca la conmovedora escena que conocéis. ¡Qué emoción, qué angustia, qué desgarradores gritos, cuando esta pobre gallina, fuera de sí, ve á todos sus polluelos uno tras de otro correr hacia el río y precipitarse en él! ¡Ah, Dios mío, van á perecer!... Se arrojaría tras ellos para salvarlos, allí moriría la infeliz si no se tuviera cuidado, durante los primeros días, de ponerla en una jaula junto al agua!

Esta inconstancia de los patos hizo inventar siglos atrás la incubación artificial. Hubiera podido hablaros de ella al tratar de las gallinas, mas he preferido reunir las con los patos, para tratarlo aquí todo de una vez.

La incubación artificial fué ideada por los egipcios hace dos ó tres mil años, y se ha conservado tradicionalmente hasta hoy.

Los griegos, los romanos y los sicilianos en la Edad Media; más tarde Carlos VII y Francisco I, trataron sin resultado duradero de introducirla en Europa.

Los chinos fueron más afortunados, y todavía en nuestros días se llevan la palma. Sus granjas de incubación, muy extendidas, contienen generalmente dieciocho hornos. Cada horno recibe 1.200 huevos. Calculad y llegaréis á un total de 21.600 huevos... Ahora escuchad el intolerable *pío pío* de tan numerosa familia al cabo de veintiún días: ¡21.600 gargantas piando al mismo tiempo!...

El establecimiento compra los huevos al precio de seis *sapeques*, y vende los polluelos á catorce *sapeques*; lo cual parece un buen negocio. Pero el *sapeque* vale tan poco, que en la venta de 21.600 polluelos apenas gana el chino 138 francos, de los cuales debe rebajar el gasto de la leña, el salario de su trabajo, y la amortización del capital que representa su granja hecha de barro y paja.

Pero los que sin disputa llevan la primacía en la incubación de huevos de pata son los indios de las islas Filipinas. Verdad es que el sol abra-

sador de aquellas regiones tropicales es para ellos la mitad de su industria.

He aquí el sistema, tal como lo ha descrito M. de la Gironnière: me limito á resumir.

Hay que advertir que los habitantes del lugar en que hacía las observaciones, tienen rebaños de 800 á 1.000 ánades. Alimentándolos bien, obtienen de 800 á 1.000 huevos por día: cantidad ciertamente asombrosa. De este modo la hembra queda extenuada al cabo de tres años; entonces la matan, la comen ó la venden y la reemplazan.

Cuando el indio ve que se acerca la estación de empollar, contrata, como nuestros colonos contratan á sus segadores, á uno ó dos incubadores.

Esto es un oficio en aquel país, de modo que hay allí gremio de incubadores como aquí gremios de jardineros, panaderos, etc.

Viene, pues, nuestro incubador: empieza por construir al descubierto, expuesta á los rayos del sol y al abrigo del viento, una cabaña de paja, en forma de colmena con una abertura estrecha frente á frente del sol, pero bastante grande para que él pueda entrar deslizándose. En la cabaña hace, con tablas, una caja de cinco á seis pies de largo, tres de ancho y cuatro de profundidad. Concluídos estos preparativos, el

propietario le pasa un cobertor, cascarilla de arroz en abundancia, 1.000 huevos y un montón de trapos.

El incubador lo va introduciendo todo parte por parte en la cabaña; después entra él, y he aquí el procedimiento.

Pone en el fondo de la caja una capa de cascarilla ó paja de arroz, y sobre ella una de huevos, por grupos de 20, envueltos en los trapos; después nueva capa de cascarilla con otra de huevos; y continúa de este modo, alternando siempre, hasta colocar los 1.000 huevos. Entonces los cubre con la última capa de cascarilla, extiende el cobertor sobre el conjunto, y, suavemente... se acuesta encima, se pone á empollar!... literalmente, empolla!

Se cierra la entrada de la cabaña. Cada día la abren rápidamente, meten pronto la comida del incubador, y vuelven á cerrar!... Él duerme, sueña, incuba y, probablemente... se liquida de calor. Dos veces por semana se levanta, cambia de sitio los huevos, los de abajo arriba y viceversa, después se acuesta de nuevo, y así pasa todo el tiempo de la incubación en la cabaña, bajo un sol de plomo, sin aire, sin luz, empollando, empollando siempre. El último día sale, toma los huevos, los rompe uno por uno, y los patitos saltan piando de su mano, y se mueven

en la arena á su alrededor, hasta que, completo el rebañito, lo conduce al río.

Al día siguiente hace la separación, las hembras se conservan; los pobres machos, con raras excepciones, reciben la muerte al momento sin compasión!... Esta sangrienta hecatombe se justifica fácilmente. Como rebaños de 800 á 1.000 patos no encuentren suficiente alimento en el río; el propietario tiene que hacer el gasto para mantenerlos; con lo cual ya se entiende que, á sus ojos, todos estos machos supernumerarios son, desde el primer día, bocas costosas: por eso los mata. Esto es normal en la industria.

No tenemos, Señores, en nuestros países de Europa, ni los incubadores, ni el sol de Filipinas; pero nuestros aparatos de incubación reemplazan á lo uno y á lo otro. No quiero describíroslos aquí. Los hay para todos los gustos, y pueden inventarse cuantos se quieran. El caso es que sustituyan á la gallina, y ¿qué hace ésta? Dos cosas: mantiene los huevos á una temperatura determinada, y, de vez en cuándo los cambia de posición: ni más ni menos. ¿Puede haber nada más sencillo? Una lámpara automáticamente regulada dará la temperatura, y vuestras manos harán lo demás. Nada más fácil, repito, y el día que sale la pollada ¡cuán bien recompensado queda uno de los cuidados que tuvo con la pequeña incubadora!

Hay también muchas ideas falsas sobre este punto. Una gran señora, muy aficionada á gallinas, patos, faisanes, carneros y hasta á vaquitas bretonas que pueblan sus jardines, lo había preparado todo para su primera incubación. Los huevos estaban dispuestos en cajones, sobre capas de algodón; el termómetro en su sitio, la lámpara encendida... Echó la última mirada á todo, sonrió con satisfacción, y se volvió para marcharse... ¡Ay, Señoras, desde hace algunos años cuando os volvéis, no dais la vuelta solas, y el círculo que describís se ha extendido considerablemente!... Lo que dió vuelta con ella se enganchó al botón de la caja y hubo un choque... Ella tembló como presintiendo una catástrofe; ¡era demasiado tarde!... La gran máquina giró sobre sus pies de madera; ella la vió venirse abajo como una masa, y sobre las negras losas rodaron 150 huevos extendiendo ante sus ojos la ola invasora de un lago amarillo, en el que como blancas navecillas bogaban y chocaban entre sí las cáscaras rotas.

Hubo que empezar de nuevo... pero me parece que esta vez, la señora, escarmentada, se puso como Petrilla «simple refajo...», y esta vez la incubación resultó á las mil maravillas.

La observación de las costumbres del pato es bastante difícil. Parece haber conservado el carácter montaraz de su vida salvaje. La presencia de un testigo le inquieta y le mantiene en reserva. He seguido pacientemente cerca de un año, á modo de distracción, familias bastante numerosas de patos que nadaban en las zanjás de una gran pradera en que pastaban nuestras vacas... Les arrojaba pan á mi llegada; este agasajo los atraía un instante; pero, agotada mi provisión, todo su afecto se extinguía con ella: mis patos me dejaban plantado. Al cabo de un año, todavía me abandonaban una vez terminada la comida, como el primer día, y se iban, echando de soslayo miradas solapadas para ver si no guardaba nada en reserva.

Bastantes hombres aman de un modo parecido, y esto me consolaba.

La mirada de estas aves no es del todo estúpida; aparece en ella como un rasgo de picardía; pero nunca he podido descubrir otra cosa.

Son nadadores infatigables y, sobre todo, incansables charlatanes. Su pico no cesa un punto de chapotear entre el herbaje de los pantanos ó de los ríos; lo sumergen en la tierra húmeda, en las espesuras de la charca, á través de los tapices de verdes lentejas, buscando, buscando siempre, buscando y comiendo. Las hem-

bras con voz de cobre, los machos con voz más grave pasan graznando ó chapurreando, y diciéndose al oído las noticias del lugar. ¿Cómo se arreglan para sostener esas conversaciones sin término, y no sólo para sostenerlas sino para darles verdadero interés? Porque es manifiesto que se interesan y se divierten con ellas.

Yo no he podido descubrir el cómo. Es probable que conversen entre sí como nosotros conversamos... También acerca de nosotros se podía preguntar, recordando las horas que pasan muchos todos los días en los cafés, en los clubs, en los círculos de recreo, á la tarde y á la noche; también de nosotros podría alguno preguntar: ¿cómo se halla modo de sostener esas conversaciones sin término, y cómo se les da interés?... Cierto, nosotros podemos alegar que, si hablamos mucho, no comemos tanto... no pasamos todo el día devorando, como no sea alguna vez... la fama del prójimo.

He podido observar de cerca la profunda antipatía que el cisne siente contra el ánade. En tiempo normal esta antipatía es fría y muy desdeñosa: cuando están próximos alarga el cisne su blanco cuello para alcanzar á su adversario y herirle con un buen picotazo. El ánade por lo general escapa: el cisne nada con más velocidad, pero su adversario vuela y se ve libre.

El cisne se vuelve intratable y feroz cuando llega á tener hijos. Entonces no espera á que el ánade se le acerque: apenas le divisa, aunque sea de lejos, nadando á todo remo ó volando al ras del agua con pesado aleteo, el cuello extendido y los ojos hechos fuego, le persigue sin piedad ni misericordia. Los patos mayores huyen entonces; pero ¿qué harán sus pobres hijuelos?

¡Infelices!... ¡Son tantos y tan sanguinarios los enemigos que los persiguen!

El primero es la rata, animal cruel y pérfido. Colócase detrás de una mata de juncos, y allí, á la sombra, aguarda el paso de los perseguidos chiquitines. Ellos, descuidados, sin asomo de miedo, nadan alrededor de su madre... ¡Qué hermoso es verlos con sus cabecitas, todas coronadas de plumón blanco, sus ojitos negros y sus piquitos planos, que dan á su semblante no sé qué especie de ternura filial!... Ya llegan... cuando la rata los ve á lance seguro, se desliza suavemente y se sumerge en el río, y nadando siempre debajo del agua, se acerca á la bandada, ase por la pata á uno de los pequeñuelos, lo arrastra al fondo y lo ahoga. Óyese un chirrido, y se ve un remolino en el agua. La ma-

dre y los hijos se vuelven, miran... ¿no han visto nada?... la madre ¿no ha contado su pequeña prole?... Lo ignoro, yo nunca he notado gran sentimiento en ella... uno de sus hijos, sin embargo, está agonizando entre los dientes alevosos de aquella rata alevosa!

Viene en seguida el sollo, ladrón más franco, pero ladrón!... Allí está él también de espera, inmóvil, á flor de agua: cualquiera le tomaría por un zoquete de madera, si no se le viesen aquellos ojos brillantes, como puntos negros en anillos de oro, que sondean las aguas en busca de presa... Al llegar los patitos, se dispara sobre ellos como una flecha; saltan las aguas, los pequeñuelos y la madre levantan el grito, y huyen á todo vuelo... Restablécese la calma, ciérrase el agua, apenas ondulan todavía con leve murmullo algunos grandes círculos y corren unos tras otros confundiendo sus líneas. Observad á la madre: no se da cuenta de nada; su emoción ha pasado... no sabe que en derredor suyo tiene un hijo de menos.

La rata y el sollo, como todos los animales rapaces, matan para vivir: esto les excusa. El cisne mata por matar, ó al menos para que sus crías estén solas en el estanque ó en la ribera y nadie les dispute el derecho de alimentarse como dueños y señores.

Entra por medio de la pobre familia menuda de los patitos, y, al azar, da un picotazo á uno de aquellos infelices, que aturdido por el golpe, cae de lado y vaga ya inerte; entonces, bajo su gran pata negra, le hunde en el agua y le tiene así hasta que se ahoga... Después le abandona! Si los demás están á su alcance, se dirige á ellos y repite la operación.

Un día presenciaba yo esta escena, y viendo al cisne lanzarse, acudí al socorro de los pequeños. Llegué demasiado tarde; acababa de ser herido un patito, y ya el cisne levantaba su larga pata... Me eché al agua metiéndome hasta las rodillas, y dirigiéndose furioso hacia mí el cisne con su cuello amenazador, le di en la cabeza un buen sopapo... Al extremo de aquel largo y delgado cuello su cabeza se volvió haciendo un gran círculo, y yo pude coger al pobre patito. Cuando ya salía yo del agua recibí un picotazo entre las piernas; el cisne había vuelto contra mí, pero poco al corriente del traje eclesiástico y figurándose que todo era uno, la sotana y la persona, había picado al azar en el paño; le rechacé vivamente con el pie y me puse á curar á mi pequeñito herido.

No tardó en volver en sí. Quise llevarle á su madre. Teníamos entonces criando tres rodeadas de sus patitos; pero las tres se hallaban en

una calma tan completa y tan indiferentes para con el pequeño desgraciado, que corrí riesgo de que hubiera sustitución de nodriza! Puse al pequeño en el agua y él corrió á la más próxima, la cual le aceptó sin dificultad.

De la pintada poco hay que decir. Paréceme evidente que si el hombre ha pensado en introducirla entre sus animales domésticos de corral, ha sido únicamente en atención á la belleza, un poco monótona, de su plumaje, á sus formas extrañas, á lo especial de sus movimientos... que, aunque raros, no carecen de gracia.

Su domesticación exige gran paciencia: por eso no se conocen más que dos variedades, que sólo se diferencian por diversos matices de color.

Existe un recuerdo mitológico referente á la pintada. Cuando murió Meleagro, sus hermanas, inconsolables, le lloraron tan copiosamente, que, conmovidos los dioses, las transformaron en pintadas... Las lágrimas les mancharon todas las plumas, y su voz es todavía llorona.

Si fuera cierto ese cuento, ¡qué tristes cantoras debían de ser las hermanas de Meleagro!... En cambio, eso explicaría su carácter áspero y acre.

Quizá se pudiera intentar la formación de nuevas razas de pintadas; pero ¡tienen tantos

defectos!... Sus huevos son muy pequeños, y los oculta y los empolla muy mal; es una gritadora insoportable; pero sobre todo pendenciera: acomete á las gallinas, á los gallos, á los pavos y aun á los niños. Es en el corral una verdadera perturbadora.

Pasemos adelante.

Señores, os presento al pavo.

¡Grave y solemne personaje!

Este buen señor viene de la América, donde habita al este y al norte, desde el Canadá hasta el istmo.

Sostenido en sus gruesas patas, avanza con paso medurado, como pertiguero de catedral: sus plumas erizadas y temblorosas le hinchan y redondean; las alas medio abiertas y colgadas van rozando la tierra; el cuello echado hacia atrás y el pico metido hacia dentro muestran bien cuánto se vanagloria, penetrado de su dignidad y de su grandeza. Lanza á derecha é izquierda miradas en que, junto con el sello de estupidez, se descubre la inmensa y deliciosa satisfacción que se inspira á sí mismo. La cola negra desplegada en forma de abanico, vibra con facilidad, y la cabeza, balanceándose, hace flotar pesadamente sobre el pico y el cuello, lo

que vulgarmente llamamos moco, ese grueso apéndice de carne roja que él cree el más bello adorno de su rostro.

Camina contando sus pasos, con pompa y solemnidad, en medio de las gallinas y los patos... Se le creería el burgomaestre de Saardam, en día de gran ceremonia, ó mejor todavía, el célebre Ganzendock del ilustre Conscience.

¡Pobre pavo! ¡Tantos esfuerzos, y pasar por tonto á pesar de ellos!...

Pero no tengo motivo para compadecerme de él... Está convencido de que obtiene un éxito maravilloso; cree que se le toma en serio, que su atractivo es irresistible, que cada una de sus ruedas inspira una verdadera pasión!...

Y, sin embargo, observad bien el corral... El pavo pasa todo el día en hacerse el distinguido y elegante repitiendo su *glu-glu-glu*, con todas las gracias imaginables, y echando *pufs* capaces de quebrantar los más duros corazones... y las pavas ¡ni siquiera le vuelven el rostro, como si no se cuidaran de él lo más mínimo!... Pero ¿qué importa? ¿desalentarse por eso? ¡De ningún modo!... Se va á entonar su *glu-glu* y repetir su *puf* en tórno de las gallinas y las pollas. Pero las pollas y las gallinas huyen con cacareos que se parecen á una explosión de risa...

Al menos ahora verá claro... De ninguna manera... Yo le he visto pavonearse ante un perro guardián del corral, y ante un burro que por encima de la puerta de la cuadra sacaba su cabeza enojada y sus enormes orejas. El perro y hasta el burro parecía que se estaban riendo de él; pero jamás la cola de mi pavo se había mostrado más erguida!

¡Oh! ¡qué personaje tan necio!... Pero personaje feliz, porque él no se da cuenta de nada, y está encantado de sí mismo.

¿Habéis reflexionado alguna vez, Señores, que nuestra felicidad se funda frecuentemente, como la felicidad del pavo, en la opinión que tenemos de nosotros mismos? ¡Y cuántos mortales hay que tienen ese medio fácil de estar siempre contentos, satisfechos y en plena felicidad!...

Desde que el pavo pasó al estado doméstico apenas ha variado. Los ingleses distinguen algunas razas, los *Norfolk*, los *Suffolk*, los blancos y los morados; pero, como no los indican éstos últimos, la distinción se funda sobre todo en el plumaje. Temminck habla de una raza holandesa magnífica de color agamuzado y moño blanco; pero Darwin cree que se ha extinguido. Yo recuerdo haber visto en el corral de uno de mis amigos pavos agamuzados; pero en verdad

no tenían copete. No sé si dejarían sucesores antes de pasar á la mesa; pero me acuerdo que no se los podía habituar á dormir bajo techo; por la noche se quedaban fuera encaramados sobre un gran árbol. Así acostumbran hacerlo en el estado salvaje, lo cual les permite librarse del linco, el más terrible de sus enemigos después del hombre.

Es verdad que en el árbol, en el estado salvaje al menos, les amenaza otro enemigo, el gran buho de las nieves. De él se defienden por un procedimiento muy ingenioso... Así que uno de los pavos colocados en el árbol descubre al enemigo, lanza un grito que pone alerta toda la tropa. El buho da vuelta en torno del árbol, reconociendo la manada; en un momento dado cae como una piedra sobre uno de ellos, pero en seguida todos los pavos inclinándose hacia adelante levantan la cola y la echan sobre el lomo... El buho resbala sobre las plumas, yerra el golpe, y los pavos saltan á tierra entre la maleza, donde escapan del perseguidor.

Convengamos en que, para un animal tan necio, no es mal artificio.

Por lo demás, pocas aves ofrecen en el estado salvaje costumbres más interesantes y singulares. Durante el invierno se ven, en manadas de diez á ciento, caminando á un lado los machos

y á otro las hembras, á los valles del Ohío y del Misisipí en busca de alimento.

Las hembras van todavía rodeadas de sus pavipollos, reducidos ya á dos terceras partes. Aunque separados, los machos y las hembras siguen la misma ruta, pero á distancia.

Cuando un río ó un arroyo les corta el camino, se detienen, como sorprendidos y contrariados en sus proyectos; van y vienen de un lado á otro, lanzando su *glu-glu*, agitándose, haciendo la rueda, volviendo y revolviendo como para esforzarse y alentarse mutuamente. Á veces pasan de esta suerte dos días.

Por fin se encaraman á un gran árbol, y allí sobre las ramas repiten el mismo juego y se renuevan las mismas vacilaciones: hasta las hembras mismas alborotan con su *glu-glu* y se pavonean... ¡Qué hacer!... Es que se trata nada menos que de elevar el valor á la altura extraordinaria de tan peligrosa aventura!

Al fin, un pavo viejo, reuniendo todo su valor, da un grito, y se lanza al vuelo... toda la banda se lanza de un golpe con él... Aquello es un estrépito espantoso de alas y de gritos que hieren el aire; pero se hace la travesía. Una vez que llegan al otro lado, las hembras huyen con sus polluelos, se reúnen y reanudan su marcha separados como antes.

Hacia mediados de Febrero las hembras se desbandan para juntarse en parejas. Cuando están ya bastante lejos, que se pueden creer sin rivales, lanzan un grito de llamada... En seguida todos los machos de alrededor empiezan á atronar los aires con sus gritos y resoplidos, se ahuecan, hacen la rueda, agitan su largo moco rojizo, dan vueltas en redondo, y con toda la estupidez compatible con su dignidad corren á buscarlas. La hembra huye con el primero que llega; pero si llegan dos á la vez, es preciso que los señores se batan á sangre y aun á muerte á veces: ella espera el resultado del duelo, plácida y en calma, paciente y resuelta de antemano á entregarse al vencedor... Á no ser que durante el combate sobrevenga un tercero; pues en este caso toma á éste y deja á los otros que se peleen. Es de ver entonces la ridícula posición del vencedor: jadeante, herido, sangrando, pero — ¡no faltaba más! — con la cola desplegada, da vueltas y más vueltas sobre el campo de batalla... es decir, sobre la plaza vacía!

La vida en pareja no es de larga duración entre los pavos. Hacia mediados de Abril, la hembra huye del macho, y va á hacer su vida y poner sus huevos en lugar bien separado y escondido.

A partir de ese momento, después del lince

y la serpiente, es al macho á quien más teme. El lince la estrangula á ella misma; pero el macho, lo mismo que la serpiente, le chupará y sorberá los huevos y le matará los polluelos. Hasta el Febrero siguiente vivirá sola.

Á vista de esto, se me figura veros aquí compadeciendo á la pobre pava y maldiciendo á su desnaturalizado consorte. Está muy bien, pero no olvidéis, os lo ruego, que los señores no tienen siempre toda la culpa... Acordaos de la epeira de diadema, esa bella araña de nuestros jardines. Allá en su morada, si el marido no tiene cuidado de huir lo más presto, le atrapa, le envuelve en una red de hilos y le chupa hasta la piel.

No es posible, Señores, observar estas cosas en el pavo cautivo de nuestros corrales. La servidumbre ha modificado profundamente las condiciones de su existencia. En vez de los grandes bosques, le proporcionamos un lugar cerrado; en vez de esas bandas de diez á ciento, reunimos apenas un macho y cinco ó seis hembras... Sería lo mismo que estudiar las costumbres de las calandrias en una prisionera de jaula. Sin embargo, aun el pavo casero merece ser estudiado, aunque no fuera más que para reirnos de él.

Resta el pavón ó pavo real.

Existen dos especies de pavos reales, el vulgar (*cristatus*), y el específero ó pavo gigante (*muticus*). Algunos autores quisieran ver una tercera especie en el blanco, así llamado por el color de sus alas; pero éste, probabilísimamente, no es más que una variedad de la especie vulgar.

El pavo real vulgar tiene por patria las Indias y Ceylán; el pavo real específero el Annam y las islas de la Sonda.

No es necesario que os describa este espléndido animal, el más bello, incontestablemente, de los domésticos y de los primeros entre los más bellos de la naturaleza. No hay nadie que no haya admirado los esplendores y pródigas riquezas que le adornan. Y, sin embargo, el espectáculo que nos ofrece aquí, en nuestras quintas y posesiones, es verdaderamente insignificante al lado del que ofrece en los bosques donde habita en estado salvaje. Aquí le vemos solo, con una ó dos compañeras en un corral, lugar bien poco apto para servir de cuadro á sus encantadoras bellezas. Cuando hace la rueda, el regio dosel de que se rodea tiene por fondo una carreta lodosa, un haz de sarmientos, una granja entreabierta y á veces un muladar.

En los bosques de Ceylán se los encuentra en manadas de cientos. Williamson asegura haber

encontrado algunas que contaban de 1.200 á 1.500 parejas.

Pues bien, Señores, figuraos sobre las ramas de grandes árboles, entre las hojas verdeoscuras y purpúreas, bajo un rayo de sol que se desliza á través de las ramas, figuraos, digo, esas magníficas colas pendientes, esos bellísimos cuerpos de reflejos metálicos y dorados, esas arrogantes cabezas adornadas con sus garzotas móviles y ligeras, matizadas con los más ricos y brillantes colores; figuraos esto, no en dos ni en cuatro, sino en cientos, en miles de estas aves, unas junto á otras... Difícil es, me parece, imaginarse un espectáculo más bello.

Convendría, sin embargo, que á tan hermosos animales no les ocurriese cantar: porque se perdería en el acto la buena impresión, y con pérdida irreparable. ¡Señor, qué grito, que voz tan salvaje y desagradable!

Esto me ha hecho pensar á menudo en los encuentros que solemos tener en los viajes. En el coche en que vais sentados vienen á sentarse un señor, una señora, varios señores ó varias señoras. Con una modestia llena de consideración os guardáis de mirarlas á la cara, lo cual no impide que en un abrir y cerrar de ojos os enteréis de su aspecto general, de su porte y fisonomía.

Su porte es correcto, su fisonomía fina, sus modales elegantes... ¡Ah! sin duda, os las vais á ver con gentes distinguidas y de esmerada educación. Y en seguida, estimulados por el amor propio, del cual no llegamos jamás á despojarnos, tomáis vosotros mismos insensiblemente una actitud más distinguida, dais más aire de inteligencia á vuestra mirada y ostentáis mayor compostura en vuestro porte y semblante.

De repente vuestros vecinos y vuestras vecinas empiezan á hablar... ¡Válgame el cielo! ¡qué voz! ¡qué acento!... ¡qué lenguaje!... En fin, ¡pavos y pavas reales!... Y gracias, si prosiguiendo la conversación, no descubris que son pavos comunes.

¡Cuántas veces no os habrá sucedido esto!

Hay más: ¿no habéis encontrado nunca hombres y mujeres de amena y encantadora conversación y facundia, llena de trivialidades elegantes y de ese espíritu de salón tan fácil como fútil?... Al primer encuentro os cautivan: su extrema facilidad y gracia en el decir, y yo no sé qué convicción de su superioridad se os imponen.

Pero pasad adelante... raspad un poco ese brillante barniz... Nada, Señores, nada: espíritus vacíos, inteligencias hueras, sin una idea personal, sin una convicción, sin un pensa-

miento... ¡Pavos y pavas reales! ¡pavos y pavas vulgares!

No arrojemos pues la piedra á los simples animales...

Dos veces menciona la Sagrada Escritura en los libros del Antiguo Testamento el pavo real, y las dos para contar que los navíos de Salomón, regresando de Ofir, le llevaban oro, plata, marfil, cueros y pavos reales.

Alejandro el Grande los introdujo en Europa á la vuelta de su campaña de la India. En tiempo de Pericles un pavón era cosa tan rara en Grecia, que se emprendían largos viajes para verle. Eliano dice que se daban por uno 1.000 dracmas: ¡1.800 francos!

Más tarde debieron esparcirse y multiplicarse mucho, pues en la mesa de Vitelio y en la de Heliogábalo se servían platos de lenguas y de sesos de pavos reales.

Sin embargo, en Alemania y aun en Inglaterra, en los siglos XIV y XV estaban todavía poco propagados, pues era señal de alta nobleza y de gran fortuna el servir en los banquetes de etiqueta un pavón asado, cubierto con sus plumas y rodeado de ciruelas pasas, fruta entonces tan rara como el ave misma.

En nuestros días el pavo real es todavía un plato de lujo; creo que su rareza es lo que le hace apreciable.

Yo me pregunto cómo no se ha extendido más la cria de estas aves tan hermosas. Se dice que es muy difícil el llevar á buen término una pollada. Esto es muy cierto, si pone mano en ello el hombre; pero si se deja al pavo y sobre todo á la pava la libertad que requieren, es cosa fácil. Es preciso dejarla escoger su nido, no perturbarla cuando pone, y mucho menos cuando está empollando, porque es desconfiada y feroz. Y aun después de haber sacado ya sus polluelos, es necesario dejarla á sus anchas; si no, más inquieta por sí misma que por sus crías, las abandona y se pone en seguro, sin cuidarse de su nidada.

Hacia fines de Abril ó principios de Mayo es cuando la pava real empieza á poner, y pone un huevo cada tres ó cuatro días, hasta que llega á un total de 10 ó 12. Los cubre durante treinta días; al cabo de los cuales salen los polluelos, y ella los conduce, los reúne y los defiende de igual modo que la gallina. Los polluelos crecen rápidamente; á los tres meses ya se distinguen los machos de las hembras, pero no llegan á su completo desarrollo hasta los tres años, en que aparecen con su brillante y definitivo plumaje.

Una leyenda muy curiosa, de que se hizo eco el escritor romano Columela, recomienda mucho que se evite el encuentro de una gallina seguida de sus pollos con una pava real seguida de los suyos. Se asegura que viendo la gallina á los pavipollos reales tan grandes, tan fuertes y tan hermosos, empieza á mirar con desdén á sus propios polluelos y les cobra desamor.

Columela no conocía el corazón de la gallina! Y aun es de creer que tampoco conocía los pavipollos reales, pues antes de los tres años, como ya he dicho, fuera del talle, no tienen nada de extraordinariamente gracioso.

En el corral doméstico el pavón es de muy mal carácter; quiere reinar como déspota, comiendo él primero y apropiándose la mejor parte. Es la eterna historia de los fuertes y de los débiles.

Cuando viven juntos dos ó más machos en medio de las hembras, son frecuentes los combates entre ellos, y á veces encarnizados... ¡Cosa curiosa! El vencido, avergonzado y rabioso... y no sabiendo desfogar mejor su cólera, llama á un pavo común y se arroja furioso contra

él... Éste lanza un grito de alarma, y en seguida todos los pavos y aun las pavas congéneres acuden como en escuadrón á dar una carga al pavo real vencedor, el cual, en un dos por tres, queda cercado, vencido y desplumado, y, finalmente, no tiene más remedio que huir vergonzosamente arrastrando su cola.

El estudio del pavo real está todavía por hacer. Se le considera orgulloso, vanidoso al menos. Yo no quiero oponerme á la opinión corriente, me limito á suspender mi juicio. En resumidas cuentas ¿qué cargos se le hacen? ¿de qué se le acusa?... De mostrar con sumo gusto sus plumas... Es muy cierto; se complace en ello, y por poco que se le mire, se prepara, se yergue, y en seguida, con un movimiento brusco semejante al disparo de un resorte, despliega orgullosamente su espléndido abanico... Entonces da vuelta lentamente con movimientos un poco desmañados, porque aquella nueva posición de equilibrio no es fácil, y por poco que juegue el viento en su inmensa rueda, le causa gran embarazo; da la vuelta ofreciendo á los rayos del sol todas sus resplandecientes plumas. Lo confieso: hay entonces en la actitud de su cabeza, y en sus ojos sobre todo, un no sé qué que parece decir: «¿No es verdad que soy hermoso?...»

Pero ¿es esto un gran crimen, Señores?... Si todos aquellos que, sin decirlo, piensan de igual modo dentro de sí mismos, muy en secreto, son culpables... ¿dónde estarán los inocentes?

No, francamente; yo se lo perdono de buen grado al pavón y aun al pavo, ya que me veo con tanta frecuencia obligado á perdonarlo en los hombres. Y advertid que los hombres tienen inteligencia; lo cual debe hacerlos más responsables, pues se hallan en disposición de juzgar rectamente acerca del verdadero valor de esas cosas.

Notad además, os lo ruego, que esas plumas al fin y al cabo son tuyas propias, son del pavón, son del pavo... No han ido á tomarlas prestadas de otros... ¿Y nosotros? ¡Ah! ¡nosotros!... Pensad, Señores, pensad en ello!...

Tengo sumo empeño en no molestaros ni desagradaros en lo más mínimo; en todo lo que digo se sobreentiende, pues, que no hablo de vosotros, hablo de los negros y de las negras, de los blancos y de las blancas que no están aquí..., de los demás, en fin, y de todo el resto del género humano; pero de vosotros de ningún modo. Pues bien, ¿qué hace el hombre que no tiene plumas?... El salvaje se las coge al loro, al gallo, al faisán, al pavo real, á todas las aves

hermosas del mundo y hace de ellas una corona, una especie de mitra que pone sobre su cabeza... El civilizado las adquiere en tanta ó mayor cantidad y adorna con ellas sus sombreros, colocándolas en forma de penacho ó de cresta, ó en otra forma, según la moda... En defecto de plumas colocará flores.

¿Se caen los pobres cabellos ó quedan ralos?... Pues va y los toma de otros y se hace de ellos trenzas ó forma una peluca, ó los adereza á modo de tupé, y se los pone gravemente sobre la cabeza. ¿Á este negro y á aquella negra les parece su piel de una negrura demasiado monótona? Pues sacan de la tierra colores y jugos y se la tiñen de rojo, de verde, de azul, de amarillo, formando dibujos y figuras extravagantes. El europeo que ve arrugarse y ponerse amarillento su rostro, coge arroz, albayalde, carmín, lo reduce á polvo fino y sobre el rostro de otoño se pone una cubierta de primavera.

El negro se apoderará del primer retazo de tela que llegue á su alcance, lo arreglará, se lo pondrá y quedará tan contento. Dejad que avance la civilización, y ese negro, y sobre todo esa negra, se aficionará á las modas. En cuanto llegue á saber que en alguna parte hay una tela de percal, de lana, de seda, de ter-

ciopelo que está en boga, arderá en deseos de tenerla.

El blanco, la blanca... no quiero decir más...; pero vedlos vestidos y adornados para las grandes ceremonias, para las grandes fiestas...; fijaos bien en sus ojos... No parecen decir á semejanza del pavón: «¿Verdad que soy hermoso? ¿verdad que soy bello?»

Pero contempladlos bien de pies á cabeza... ¿Qué ostentan que no sea prestado y no les venga de fuera?... ¿El semblante tal vez?... ¡No siempre!

¡Y nos reímos de los pavos y de las pavas reales!

¡Y nos reímos de los pavos y pavas vulgares!

Ya es tiempo de que acabe, Señores; que por este camino daría por fin en ser malicioso!

SEÑORAS, SEÑORES:

No he podido hacer más que presentaros los huéspedes de los corrales de nuestras granjas; no he podido hacer más, dejando á vuestro cuidado el observarlos de cerca. No he podido

decir más—la falta de tiempo me lo vedaba—de los que visitan de paso el corral: los gorriones, todos los días, principalmente á las horas de la comida; el pitirrojo durante los tiempos fríos; y cuando se acerca el verano, la golondrina, que hace su nido bajo los aleros de los tejados ó en las ventanas, y mezcla su gorjeo parlero y sin melodía con los cacareos de las gallinas y el *glu-glu* de los pavos.

Ya os he dicho el fin que me proponía al tratar ante vosotros estos asuntos tan sencillos.

Una persona, cuyo parecer aprecio y estimo, los calificaba más severamente; los llamaba asuntos fútiles.

¿Fútiles?... Yo no lo creo así.

Es de notar que Dios—que entiende bien estas cosas—no había dado al hombre para distracción y solaz, fuera de la compañía de los otros hombres, nada más que esa naturaleza, á cuyo estudio y observación os invito.

Al hombre, en su origen, antes de la caída, la naturaleza le bastaba. Después, habiéndose rebelado contra Dios, la naturaleza se rebeló contra él y le ha sido preciso violentarla para que le sirva, y por eso le parece menos encantadora.

Se ha dado á imaginar goces y placeres á su manera: el teatro, el circo, el baile, los concier-

tos, la ruleta, los naipes, la pelota... ¿qué sé yo?... ¡Ah, Señores, se me olvidaba la lotería!...

Pues bien, francamente, ante esos descubrimientos magníficos, prefiero la naturaleza, aun rebelada.

Cierto, entre los placeres convencionales del mundo hay algunos que emocionan, que excitan, que sacuden los nervios del hombre, que le alegran y le embriagan.

La naturaleza es más tranquila y más dulce. Pero al volver de contemplarla, Señores, no sentiréis ni tempestad en vuestro corazón, ni fiebre en vuestros sentidos!

La naturaleza no es ni tan bullanguera, ni tan agitadora; pero nos da la paz... la paz, única forma bajo la cual es dado al hombre gustar de la felicidad en este pícaro mundo!

Y, ciertamente, si esta insignificante conferencia lograra encender en vosotros el deseo de gustar las alegrías de la naturaleza, no la consideraría yo como fútil.

Si, siguiendo mi consejo, llegarais á gozar sólo un instante, por rápido que fuera, de esa dicha y de esa paz; creería suficientemente recompensado mi afán.

Yo, Señores, cuando cansado del trabajo dejo divagar mi pensamiento, me forjo mis castillos en el aire.

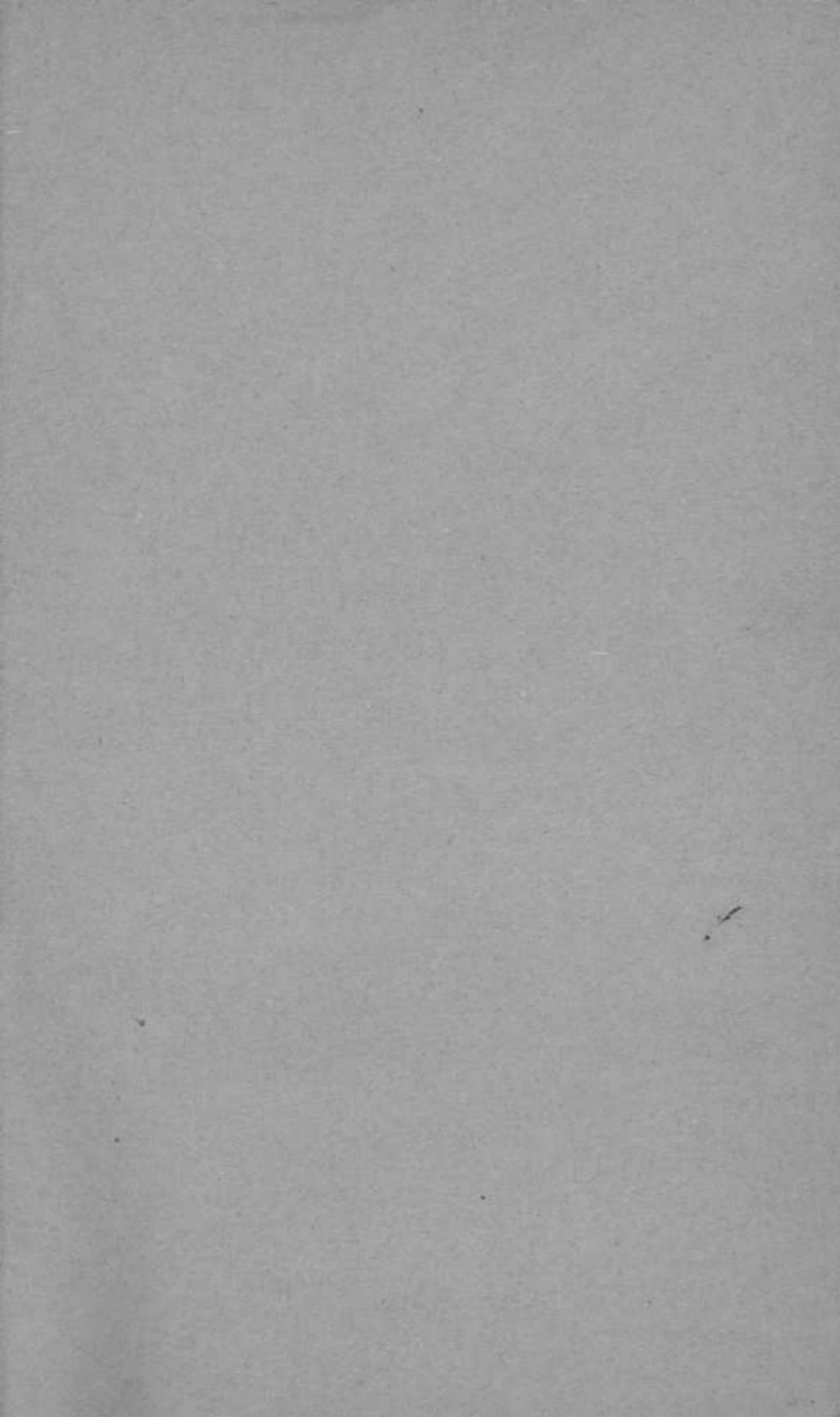
Me figuro estar en plena campiña, con un círculo de amigos escogidos, poco numerosos por consiguiente, pero íntimos; un aire vivo y penetrante nos orea; los árboles de los grandes bosques ostentan sus relucientes hojas, heridas por los rayos de un sol esplendoroso; bajo las ramas se oye ruido incesante, el volar de las aves; canta el ruiseñor en la cercanía y á lo lejos le responde un pretencioso mirlo; en la verde pradera esmaltada de blancas margaritas se percibe el canto de la alondra y de la perdiz; óyese el cloqueo de la gallina con sus polluelos entre las rubias espigas que al soplo del céfiro se balancean; en un remanso donde se rizan con suave murmullo las ondas, se entrecruzan los patos, los gansos y los cisnes; las ranas sacan al sol la achatada cabeza con sus ojazos redondos; al pasar de las auras voladoras siéntense en ellas, mezclados con el cantar de las aves, todos los perfumes de las flores.

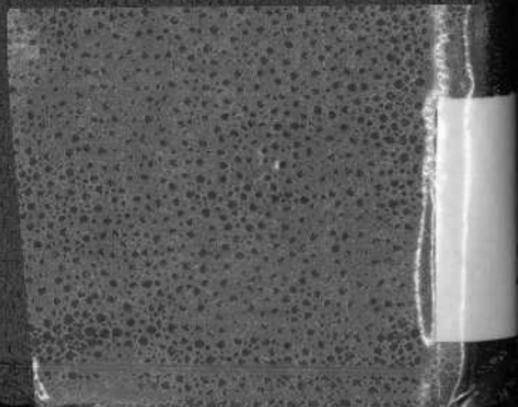
Á lo lejos, en el viejo y elevado campanario de una iglesia, toca la campana el *Angelus*, y se elevan mil voces de la tierra al cielo, de nuestros corazones á Dios: «¡Oh, Dios mío, qué buenas habéis hecho todas las cosas!...» *Et erant valde bona!*

Es el *Te Deum* de la naturaleza, el himno perpetuo del mundo á su Creador.

Mignón cantaba: «¿Conoces tú el país do florece el naranjo?...» El naranjo no es indispensable, y nuestros hermosos manzanos floridos valen tanto como él con sus mezquinas flores; pero como ella cantaría yo: «¡Allí es donde yo quisiera vivir y morir!... ¡Allí, sí, allí!»

A. M. D. G.







D-2

23611